

USA TODAY BESTSELLER

LAUREN
& SMITH

SEDUCIENDO
A UNA
HEREDERA
EN UN
TREN

SEDUCIENDO A UNA HEREDERA EN UN TREN

LAUREN SMITH

TRADUCIDO POR
L. M. GUTEZ

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

[Nota del autor](#)

[Tentando al Lacayo](#)

[Acerca del Autor](#)

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. Gutez

Copyright Traducción 2023

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-960374-73-8 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-960374-74-5 (edición papel)

L *ondres, diciembre de 1888*

El tictac del reloj situado en un rincón de la sala de espera contaba los segundos que faltaban para la perdición de Oliver Conway. Cada segundo sonaba como la caída de un martillo en el interminable silencio. Apretó sus desgastados guantes negros con una mano y sujetó su sombrero con la otra mientras esperaba a ser llamado. Finalmente, la puerta del despacho del presidente del banco se abrió y un hombre corpulento de ojos amables miró hacia el vestíbulo para encontrarlo.

Lord Conway, lo veré ahora.

Oliver tragó saliva y se puso en pie, luego enderezó los hombros y entró en el despacho del señor Kelly, presidente de Drummonds Bank.

Por favor, siéntese, Lord Conway el señor Kelly hizo un gesto hacia el par de sillas de cuero que estaban frente al escritorio.

Se sentó, con las manos temblándole un poco. A la edad adulta de treinta y un años tenía pocas razones para tener miedo, pero hoy este hombre tenía en sus manos el destino del futuro de su familia.

El señor Kelly sacó un par de gafas del bolsillo de su abrigo y se las colocó en el puente de la nariz. Le acercó una pila de papeles.

He revisado todas las cuentas esta mañana, milord, y me temo que los préstamos que su padre concedió hace dos años están vencidos. He recibido los pagos que ha estado enviando, pero apenas cubren los intereses que se deben actualmente.

Su corazón se hundió, y un sabor amargo llenó su boca.

¿Y las acciones que compró? Autorizamos al banco el permiso para vender. ¿Qué cantidad ingresó?

El señor Kelly suspiró, y sus ojos grises, que seguían mostrando esa maldita sinceridad y amabilidad, no hicieron más que aumentar sus temores.

Las acciones no valían nada después de que los negocios en los que invirtió su padre quebraran. Pude recuperar una pequeña cantidad, pero sólo cubría los intereses adeudados para el pago del mes siguiente.

El pánico se apoderó de él. Llevaba más de un año luchando por salvar a su familia y su hogar de la ruina tras la muerte de su padre, y ahora lo único que tenía era su nombre y el título de vizconde Conway, que en ese momento era una carga casi más allá de lo que podía soportar.

Señor Kelly, ¿no hay manera...?

El banquero se quitó las gafas y las dejó sobre el escritorio. Se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

Tengo muy pocas opciones, Oliver. Tu padre era un amigo muy querido y... hizo una pausa, recuperando la compostura. Pero mis manos están atadas por las regulaciones bancarias y las expectativas de los inversores.

Entonces, ¿eso es todo? Astley Court, todas las propiedades en arrendamiento y todo lo que poseemos...

Serán propiedad de Drummonds en treinta días terminó él. Has hecho un trabajo admirable, pero las deudas eran simplemente demasiado grandes. La única manera de... se detuvo y sacudió la cabeza.

¿Qué? insistió. ¿Qué estaba a punto de decir? Haré lo que sea

La única opción que veo para salir de este embrollo es, digamos... ¿casarse ventajosamente?

No terminé de comprender las palabras del banquero por lo inesperadas que fueron.

¿Perdón?

Una heredera, querido muchacho dijo, olvidando por un momento su diferencia de posición social, aunque no es que a Oliver le importara.

Una heredera murmuró, encontrando desagradable la insinuación.

Sí. Encuentra una joven bonita con una fortuna a su nombre y asegúrate su mano en menos de treinta días, y tendrás acceso al dinero. Podría eludir parte de la resistencia de aquí si volvieras antes de mediados de enero con una novia rica al lado tuyo.

Oliver miró sus guantes raídos y su sombrero de copa, que descansaban sobre su regazo. Así que había llegado a esto. Venderse a la dama de Londres que hiciera la oferta más alta y tener que cargar con una esposa que tal vez no le gustara y mucho menos amara, todo para salvar su hogar y su familia.

Hazlo por Astley Court. Hazlo por tu madre.

El pensamiento de su madre, su hermano menor Everett, y su hermana Zadie, todos dependiendo de él. Fue todo lo que necesitó para decidirse.

Treinta días dijo Oliver, como si sellara el pacto.

Sintiéndose aún como un hombre condenado y enfrentado a la horca, le dio las gracias al señor Kelly y estrechó su mano antes de salir de la oficina. Se puso los guantes y maldijo al encontrar otro pequeño agujero en el cuero. Se había pasado el último año invirtiendo cada céntimo que tenía en las deudas comerciales que habían acumulado las inversiones de su padre. El coste de sus esfuerzos, aparte de su orgullo, había sido una vestimenta tres años demasiado vieja, y cada día se le notaba más.

Su madre y su hermana habían sufrido más, viéndose obligadas a llevar vestidos pasados de moda. Él y Everett pudieron arreglárselas con lo que tenían, ya que la moda masculina cambiaba mucho menos y más lentamente que la femenina. Zadie había mantenido la cabeza alta, incluso cuando otras chicas se habían burlado de ella durante su debut esta temporada al llevar un vestido pasado de moda.

Su familia también había reducido el personal de su finca a la mitad y había vendido su gran casa adosada de Londres hacía seis meses. Ahora sólo alquilaban habitaciones cuando estaban en la ciudad por la temporada. Oliver no quería pensar en los recortes que tendrían que hacer si no era capaz de salvar Astley Court. Un hombre sin tierras y sin fortuna... Se estremeció, pero se propuso la idea de aprender un oficio. No se oponía a ello, pero los círculos sociales en los que se movía su familia seguramente lo encontrarían desagradable, lo que significaba que ponía en riesgo el futuro de Everett y Zadie.

Pero si pudiera encontrar una heredera...

No. *Encontraría* una heredera. Cumpliría con su deber, de la forma que fuera.

Cuando dejó Drummonds y salió a la calle, alguien lo llamó por su nombre.

¡Conway!

Se giró y vio a un hombre que se dirigía hacia él agitando el brazo. El hombre alto y de cabello oscuro tenía los mismos ojos verdes que él.

¡Primo! se rio mientras estrechaba la mano de Devon St. Laurent. Devon era el segundo en la línea de sucesión para convertirse en duque de Essex. El bisabuelo de Oliver, Godric St. Laurent, y su esposa Emily habían tenido cuatro hijos, y el abuelo de Devon, el segundo mayor de la prole era el actual duque.

¿Te apetece una copa? Me dirigía a Berkley's.

Me encantaría, pero renuncié a mi membresía hace tres meses fue uno de los muchos lujos frívolos que tanto él como Everett habían eliminado para reducir los gastos de su familia.

¿Qué? ¿Por qué?

Oliver suspiró.

Es una larga historia ahora le dolían los hombros. Había estado esperando más de una hora para ver al señor Kelly y había estado más tenso que el arco de un flechero todo el tiempo.

Devon sonrió y dio una palmada en el hombro de Oliver.

Vamos, tomaremos algo en un pub cercano y podrás contarme esta larga historia.

Media hora más tarde, los dos llevaban dos pintas en una tarde agradable.

Muy bien, Oliver, dime qué pasa la expresión de Devon volvió a ser de preocupación. Y como lo habían hecho de niños, Oliver encontró confianza en su primo cuando lo hizo partícipe de la grave situación económica de su familia.

Dios, Oliver, eso es terrible. ¿Por qué no hablas con mi abuelo? Estoy seguro de que no le importaría ayudarte. Ya sabes cuánto le gusta Astley Court.

Lo sé admitió. Su tío abuelo, el duque de Essex, era un hombre cariñoso, de corazón abierto y amable, pero ni siquiera él poseía los fondos para ayudar a los Conway a salir de su enorme deuda.

¿Por qué no? insistió. Hizo rodar su pinta medio vacía entre las manos.

No sería suficiente. La cantidad que tenemos que pagar... Pondría a Essex House en peligro. No puedo pedir eso.

Los ojos de Devon se oscurecieron.

¿De verdad es tan grave?

Lo es respondió, sintiéndose entumecido. Echó un vistazo alrededor del pub, observando a los hombres que intentaban escapar del frío invernal. La mayoría reía y hablaba, todos aparentemente de buen humor. Eso sólo sirvió para aumentar su melancolía.

Siento que he fracasado susurró Oliver.

No lo has hecho se inclinó hacia delante y dejó su vaso sobre la mesa. Las deudas ocurren, los negocios fracasan. Tu padre tomó estas decisiones, que en su momento parecieron buenas y acertadas. No es culpa tuya que fracasaran. El mundo ha cambiado y todos seguimos intentando ponernos al día.

Oliver bebió el resto de su ale, dejando que se le subiera a la cabeza. Tenía el estómago vacío y le dolía la cabeza por la falta de comida. Había hecho todo lo posible por no comer en demasiados restaurantes durante su estancia en Londres. El gasto era una cosa más que no podía permitirse.

El banquero me ha dicho que tengo que encontrar una heredera. ¿Te lo puedes creer? Fue su consejo *profesional*.

¿Una heredera? el deleite estalló de repente en el rostro de Devon mientras sonreía. Eso

puede ser algo en lo que podría ayudarte.

¿Oh?

¿Recuerdas a Adelaide Berwick?

¿La hija del conde de Berwick? asintió. Había pasado gran parte de su juventud cerca de la chica. Parloteaba sin parar y a veces podía ser bastante mezquina.

Todavía te quiere, Oliver. Sé que no te ofreciste por ella cuando se presentó el año pasado, pero sigue esperando que cambies de opinión. Su padre le ha dado una fuerte suma como dote y una gran suma como herencia si aprueba el matrimonio. Siempre le agradaste al viejo Berwick.

El conde de Berwick era un buen tipo, pero tanto su esposa como su única hija podían resultar insoportables. Aun así, lo consideraré.

Adelaide es un poco... demasiado, ¿no crees? preguntó a su primo.

Devon se encogió de hombros.

Sí, supongo que lo es. Pero es tan rica como Creso, y eso es lo que necesitas, ¿no? soltó una risita. Además, si de verdad te volviera loco, siempre podríais vivir separados en casas separadas. Eso parece ser bastante aceptable hoy en día con los que se casan por necesidad.

Supongo que tienes razón. Podría soportarlo. Por Astley Court.

Ahí lo tienes entonces. Anímate. Vendrás al baile de Lady Poole esta noche, ¿verdad? Adelaide estará allí. Proponle matrimonio, e iré contigo a conseguir una licencia especial. Estarás casado para Navidad.

Casado con Adelaide Berwick para Navidad... sacudió la cabeza, intentando no reírse del loco giro que había dado su vida.

Casado, al menos replicó. Eso debería servir de consuelo.

Terminaron sus bebidas y Devon pagó al camarero. Luego se pusieron los guantes y los sombreros antes de abrazar el frío exterior.

¿Nos vemos esta noche?

Sí Oliver estrechó la mano de Devon y se separó de su primo. Se dirigió al hotel en el que su familia había alquilado habitaciones durante su estancia en la ciudad. El Hotel Grosvenor, en Buckingham Palace Road, era una impresionante estructura modelada según la interpretación barroca del estilo arquitectónico renacentista francés. Su padre había sido un buen amigo del actual propietario del hotel y, siempre que se quedaban en la ciudad, podían alquilar una habitación mucho más barata que la mayoría de los huéspedes, por lo cual Oliver estaba sumamente agradecido. Además, el hecho de que un lord se alojara allí despertaba el interés de otros huéspedes, lo que el propietario consideraba bueno para el negocio.

Cuando Oliver caminó por la opulenta entrada, sus ojos se posaron en las columnas estriadas y retorcidas y en el modo en que la luz de los candelabros tornaba el mármol blanco en un suave dorado. Media docena de grandes jarrones de cristal estaban llenos de rosas de un rojo intenso y un grupo de jóvenes damas vestidas con vestidos coloridos cotilleaban mientras se ponían sus capas de terciopelo, probablemente para ir a la ópera o a un baile. Más de una dama del grupo llamó la atención de Oliver y le dedicó una sonrisa sonrojada antes soltar risitas junto con sus amigas al verlo pasar.

En otra vida, Oliver habría disfrutado de la atención. No era tonto. Tenía la belleza de su madre y de su padre, y más de una joven se le había insinuado a lo largo de los años. Había disfrutado mucho seduciendo a algunas, aunque nunca demasiado, sólo lo suficiente para complacer su ego y darle a la dama un recuerdo impresionante.

Pero ahora era mayor y una parte de él deseaba sentar la cabeza. Quería lo que tuvieron su madre y su padre, un matrimonio basado en el amor y el respeto.

Pero no tendré eso con Adelaide. Ella me tendrá a su disposición, y nunca me dejará olvidarlo.

Subió las escaleras hasta el tercer piso y luego se dirigió por el pasillo a la suite que había alquilado. Al abrir la puerta, vio a su madre y a su hermana en el salón, hablando con entusiasmo de lo de esta noche.

¡Oh, Oliver! exclamó su madre con alegría al verlo. Se levantó y fue a abrazarlo. ¿Cómo fue todo con el señor Kelly? ¿Nos ha dado una prórroga muy larga?

Se le hizo un nudo en el estómago mientras planeaba cuidadosamente su respuesta. Vio a su hermana pequeña, Zadie, quien sólo tenía dieciocho años, observándolo con ojos ansiosos.

Ella lo sabe. Siempre ha sabido leerme como un libro abierto.

Madre, quizá deberías sentarte.

Su madre, todavía encantadora a los cincuenta y dos años, se preocupó.

Oliver... ¿Qué pasa? ¿Qué dijo el señor Kelly?

Zadie condujo suavemente a su madre a una silla, y luego se colocó detrás de ella, tan fuerte como un soldado del ejército de Su Majestad.

¿Dónde está Everett? preguntó.

Aquí su hermano salió de la habitación más cercana. Everett podría ser el gemelo de Oliver, aunque era tres años más joven. Se había quitado el abrigo y esperaba a que Oliver hablara. Todos lo hacían.

El señor Kelly no pudo concedernos una prórroga. Se ha reclamado la totalidad de la deuda y estamos en la miseria. Tenemos treinta días para poner nuestros asuntos en orden y organizar la venta de Astley Court y todas sus subpropiedades, así como el mobiliario de la casa.

Aquel sabor amargo había vuelto, y le rompió el corazón ver a su madre secarse las lágrimas de los ojos. No importaba lo que Devon hubiera dicho, sabía que le había fallado a su familia.

No me he rendido les dijo Oliver. Tengo una última oportunidad. El señor Kelly la sugirió y me esforzaré por hacerlo lo mejor posible.

¿De qué se trata? preguntó su madre. Aunque su marido había fallecido hacía más de un año, ella, al igual que Su Majestad, seguía llorando a su marido y no se había despojado de su ropa negra. Su vestido de seda negra susurraba contra las alfombras cuando se puso de pie frente a él con una fuerza que lo hizo sentirse orgulloso.

Si consigo casarme con una heredera antes de mediados del próximo enero, podremos salvar la casa, las tenencias... todo.

¿Una heredera? Oh, Oliver, no su madre negó con la cabeza. No permitiré que te conviertas en un espantoso cazafortunas.

No lo seré, madre. Ya conozco a la mujer que voy a elegir, y no requerirá ninguna caza intentó sonreír, pero supo que la expresión no se reflejó a sus ojos. Incluso podría decirse que ella me ha estado cazando a mí.

¿Quién sería...? preguntó Zadie, y entonces sus ojos se abrieron de par en par con horror. Oh no, Oliver, ella no. Cualquiera menos ella.

Zadie levantó una mano, tratando de tranquilizarla. Ella no es tan terrible.

¿No es tan terrible? Me cubrió el cabello de alquitrán cuando tenía doce años, Oliver. Madre tuvo que cortármelo. ¡Lucí como un niño durante casi un año!

Maldita sea dijo Everett, y luego silbó. Había olvidado que Adelaide hizo eso.

Entonces sólo era una niña dijo Oliver.

Everett sacudió la cabeza con disgusto.

Elige a cualquiera menos a ésa. Debe de haber otras herederas.

Everett, las herederas no crecen en los árboles dijo su madre con frialdad. Si Oliver cree que Adelaide es nuestra única opción, entonces debemos soportarlo cuando Everett hizo un ruido de arcadas, ella añadió. O tú podrías casarte con ella en ese momento, Everett se puso tan blanco como el alabastro.

Zadie se hundió en la silla que su madre había dejado vacía, mientras Everett lanzó una mirada compasiva a Oliver cuando su madre cogió sus manos entre las suyas y le dio un suave apretón.

¿De verdad quieres esto? le preguntó Margaret.

Oliver le devolvió el apretón.

Madre, no es lo que quiero, pero es lo que hay que hacer. No perderé nuestro hogar y no pondré en peligro el futuro de Zadie y Everett. Necesitan una vida estable y una reputación no mancillada por la indigencia si quieren encontrar parejas decentes.

Durante un largo momento, nadie dijo nada. Entonces su madre le acarició la mejilla e intentó sonreír.

Eres un hijo maravilloso por hacer semejante sacrificio. Daría cualquier cosa para que no lo hicieras.

Lo sé, madre cerró los ojos, respiró hondo e intentó esbozar una sonrisa. Ahora, tenemos el baile de Lady Poole esta noche, y por mi parte me gustaría disfrutar esta noche antes de declararme.

No se permitió pensar en lo que podría ser su futuro. Ciertamente no esta noche, ya que sería su última velada de libertad antes de encadenarse a una heredera no deseada.

Rayne Egerton trató de sofocar los nervios que se agitaban en su vientre mientras su padre la ayudaba a bajar del carruaje. Su padre, Douglas Egerton, le sonreía con orgullo. Intentó devolverle la sonrisa.

Respira, querida. Lo harás muy bien. Ninguna de estas damas es más especial que tú.

Rayne deseó que las palabras de su padre pudieran reconfortarla, pero lo cierto era que se sentía fuera de lugar en Inglaterra. Acababan de llegar de un barco de vapor procedente de Nueva York, y Londres estaba resultando ser más intimidante de lo que Nueva York había sido nunca. Por mucho que le gustara el país, la gente le parecía mucho menos acogedora de lo que esperaba. Ni siquiera los americanos con todo su dinero eran siempre bien recibidos... ¿o quizás era por eso?

Es mi primer baile inglés, padre. ¿Y si no sé los bailes correctos o le digo algo equivocado a alguno de los pares? Los títulos aún me confunden había pasado el último mes leyendo un ejemplar de *Debrett's Peerage* mientras intentaba comprender el complicado sistema. Rayne seguía sintiéndose completamente incómoda con todos los modos de dirigirse a alguien. En casa, una mujer era *señorita* o *señora*, y un hombre era simplemente *señor*. No había condes, duques, vizcondes, barones ni caballeros. Aquí todo era *Lord esto* o *Muy Honorable aquello*. E intentar mantener su orden de importancia... Era demasiado.

Un lacayo en la puerta les hizo pasar a la extravagante casa de Lady Poole. Grandes candelabros iluminaban el vestíbulo mientras ella y su padre se unían a los demás invitados recién llegados. Se quitó su dolman de seda y terciopelo color marfil, algo parecido a un abrigo y una capa con sus mangas sueltas. Se desabrochó el broche del cuello y dejó que el lacayo se lo quitara y lo guardara. Su padre había insistido en comprar un costoso guardarropa nuevo antes de que zarparan a Inglaterra. Había encargado los vestidos de la House Worth de París. Le había avergonzado tener cosas tan caras, pero su padre dijo que serían juzgados muy duramente por su vestimenta. Le había recordado que tendrían que esforzarse el doble para encajar en la sociedad londinense durante la temporada.

Para causar la mejor impresión, había elegido un vestido de noche rosa pálido con escote cuadrado y mangas que se ceñían a los hombros. El vestido estaba adornado con rosas naturales, cuidadosamente cosidas sobre los capullos de seda bordados de la falda, que se extendían desde el alto escote de la espalda hasta la parte delantera del vestido. Un lazo de seda roja salía del centro del polisón, llamando la atención del espectador sobre el vestido rosa pálido. Era exquisito, pero Rayne no estaba acostumbrada a este tipo de cosas y, desde luego, no se sentía cómoda en él.

En su casa de Nueva York, había llevado ropa más práctica y sensata porque pasaba mucho

tiempo ayudando a su padre en la oficina. Tenía suerte de tener un padre que creía que las mujeres eran capaces de trabajar junto a los hombres, pero él era la excepción. La mayoría de los hombres de Nueva York se habían reído de sus intentos de hablar de negocios y política, y ella temía que Londres no sería diferente.

Cuando ella y su padre entraron en el salón de baile, docenas de mujeres ya la miraban, susurrando detrás de sus abanicos, con ojos brillantes de curiosidad o malicia. Ella sabía por qué: era una heredera americana y todos los hombres solteros de la sala encontrarían pronto la forma de presentarse. Era una práctica común entre los hombres con título de Inglaterra casarse con ricas herederas americanas. Y eso era lo último que Rayne quería, que un hombre la viera simplemente como una cuenta bancaria. No le importaba que el hombre fuera un duque; si era un cazafortunas, no quería tener nada que ver con él.

Mantuvo el brazo entrelazado con el de su padre y la otra mano aferrada a sus faldas mientras avanzaban entre la densa multitud. Debía de haber cerca de setenta personas dentro de la sala. Los músicos tocaban en un rincón distante y los camareros se movían por los bordes de la multitud, ofreciendo champán a los que no participaban en el baile. Rayne observó a los bailarines, tratando de reconocer los pasos, preguntándose cuál sería la mejor forma de igualarlos. El único baile con el que se sentía cómoda era el vals.

¡Señor Egerton! Lady Poole se acercó, sonriéndoles a ambos. Había conocido a su padre hacía unos meses, durante su estancia en Nueva York, y les había enviado invitaciones en cuanto supo que visitarían Inglaterra.

Su padre se inclinó y Rayne hizo una reverencia.

Lady Poole la elegante inglesa rondaba los cuarenta años y seguía luciendo bastante impresionante. La suave sonrisa que dirigió a Douglas no pasó desapercibida para Rayne. Durante el último año se había preguntado si las frecuentes cartas entre su padre y Lady Poole podrían estar conduciendo a algo más. Si él volvía a encontrar la felicidad tras perder a su esposa, Rayne estaba dispuesta a apoyar su decisión de volver a casarse. Más aún si elegía a Lady Poole.

¿Cómo te sientes, Rayne, querida? preguntó. Rayne sonrió con genuino alivio por tener al menos una aliada aquí.

Un poco nerviosa, lo admito.

Es normal golpeó su abanico cerrado en la palma de la mano. Veamos si puedo hacer algunas presentaciones cogió a Rayne del brazo de su padre y luego la llevó rápidamente por la sala, presentándola a todas las damas que habían asistido. Los nombres y los títulos se volvieron confusos al final.

Quédate aquí mientras busco a algunos caballeros para llenar tu carné de baile, querida dejó a Rayne en un lugar cerca de la pared con un grupo de otras jóvenes. Todas la miraron con simpatía.

Rayne trató de no sentirse avergonzada al ver a varios jóvenes apuestos merodeando junto a ella y las demás que se habían quedado fuera del baile.

Cielos... Me he convertido en la fea del baile muy pronto.

Oh cielos la chica a su lado movía los pies ansiosamente. Ya viene. Ánimo, señoritas siseó la chica advirtiéndole a sus compañeras.

¿Quién? preguntó Rayne a la chica, con un nudo en el estómago.

Adelaide Berwick. Hagas lo que hagas, no muestres ningún atisbo de debilidad respondió la chica y levantó la barbilla desafiantemente mientras una atractiva joven de más o menos la edad de Rayne se acercaba al grupo de solteras. Un trío de chicas le seguía los talones a Adelaide,

todas parloteando detrás de sus abanicos.

Bueno, es una pena que lady Poole no haya invitado a más jóvenes. Es una tontería que queden tantos deseando pareja. No hay *nada* peor que ser el feo del baile declaró. Su vestido de suave seda azul, observó Rayne, parecía tan caro como el suyo, pero carecía del estilo de las rosas. Adelaide pareció darse cuenta y la miró con desdén.

Creo que te estás marchitando apuntó con su abanico hacia el vestido de Rayne. Estuvo a punto de bajar la mirada, pero no lo hizo. Aunque las rosas recién cortadas se estuvieran marchitando, no quería darle a la chica esa satisfacción. Sabía cómo respondería en Estados Unidos, pero ¿aquí? Estaba fuera de su alcance.

Adelaida cambió de tema.

Me temo que no nos conocemos. No me eres familiar. Déjame adivinar... ¿Una prima del campo de Lady Poole? Siempre es tan caritativa las amigas de Adelaide soltaron una risita.

Rayne se mordió un lado de la mejilla. *No respondas. Avergonzarás a papá.*

Oh, vaya. ¿Has perdido la lengua? Adelaide continuó. El ratón de campo es demasiado tímido.

Enroscó los dedos alrededor de su propio abanico, imaginándose interiormente haciéndolo caer sobre la cabeza de Adelaide.

Tengo una lengua, señorita Berwick. Sencillamente, no vale la pena usarla para hablar con usted.

Las chicas detrás de Rayne jadearon. Los ojos marrones de Adelaide se entrecerraron hasta convertirse en furiosas rendijas. Sacudió sus rizos castaños con malicia.

Eres americana, por supuesto. Debes de ser la hija de ese viejo rico por el que todo el mundo se alborota esta noche. Bueno, primera lección, *americana*. Soy la hija de Lord Berwick, así que te dirigirás a mí como Lady Adelaide, no *señorita* su suficiencia duró poco, porque Rayne estaba furiosa por la indirecta de la chica hacia su padre. Nadie lo insultaba, y menos una imbécil como ella.

Rayne se acercó un paso y esbozó una sonrisa.

Mis disculpas, Lady Adelaide. No vi aquí a la hija de un conde, sólo a una mocosa malcriada. Adelaide enseñó los dientes mientras preparaba una respuesta, pero Rayne no había terminado. Levantó un poco la voz para que las chicas que estaban detrás de ella la escucharan. Tenga cuidado con lo que dice a continuación, Lady Adelaide, o podría pedirle a mi padre que compre todo lo que usted posee. Como usted ha dicho, soy hija de un americano muy rico. Mi padre podría comprar medio país en un santiamén si le conviniera.

El rostro de Adelaida se puso fantasmagóricamente pálido, y luego sus mejillas se tiñeron de un rojo vivo.

Todo el dinero del mundo no arregla la mala educación espetó.

Supongo que lo sabrás, ya que la mayoría de las familias antiguas de Inglaterra son endogámicas replicó Rayne sin pensárselo dos veces.

Adelaide parecía estar lista para escupir fuego, pero el trío de chicas que tenía detrás la apartó y la dirigió hacia la mesa de los refrigerios. Rayne soltó un suspiro de alivio.

Los americanos sois tan descarados como dicen dijo la chica que estaba a su lado. Tenía unos impresionantes ojos verdes y cabello castaño oscuro.

Me doy cuenta de que puede que eso haya sido muy tonto Rayne se sonrojó. Su temperamento se estaba enfriando y, al hacerlo, volvieron la racionalidad y la duda, además de la vergüenza. Acababa de amenazar a la hija de un conde. Eso no iba a salir bien.

¿Podrías hacerlo de verdad? preguntó la chica.

¿Hacer qué? respondió Rayne.

¿Comprar el patrimonio y las propiedades de su familia de esa manera?

Tal vez. ¿Cuánto gana su padre al año? volvió a sonrojarse ante la inoportuna pregunta. A los ingleses les parecía una grosería hablar abiertamente de dinero.

Unos cuarenta mil al año.

Rayne ni siquiera dudó.

Oh, sí, sin duda. Podría comprarlo hasta dos veces, creo.

Las chicas se reunieron a su alrededor, todas jadeando y haciendo preguntas a la vez.

Damas, déjenla respirar exclamó la chica de ojos verdes. Me llamo Zadie, por cierto. Es un placer conocerte.

Lo mismo digo respondió Rayne, relajándose un poco ante la cálida sonrisa de Zadie. Soy Rayne Egerton.

Rayne, has puesto en su lugar a Lady Adelaide, y eso te convierte en mi nueva amiga favorita.

¿Supongo que las intimida a menudo?

A menudo aceptó Zadie frunciendo el ceño. Es la peor clase de aristócrata. No todas las damas de su posición son así. Espero que no juzgues al resto de nosotras según su comportamiento.

Desde luego que no prometió. Dejo que la gente demuestre su valía antes de juzgarla. Y creo que Adelaide ha demostrado que no vale nada.

Todas las chicas que la rodeaban se rieron. Zadie le presentó a la mayoría de las ellas, y Rayne sintió la esperanza de hacer algunas amigas esta noche.

Así que, ¿Cuánto tiempo vas a estar en Inglaterra? preguntó mientras ambas recogían el champán de un lacayo que pasaba por allí.

Unos meses. Mi padre está aquí para comprar acciones de algunas empresas siderúrgicas.

Oh, ¿Y tus planes para Navidad? ¿Se quedarán en Londres?

No, nos vamos mañana en tren a Inverness. Lord Fraser nos ha invitado a una velada allí durante las fiestas.

¿La finca de Lord Fraser? sonrió. Yo también iré para allá. Sólo que nos vamos dentro de unos días, no mañana.

A Rayne se le aceleró el corazón.

¿Estarás allí? Gracias a Dios, al menos tendré una amiga.

Zadie soltó una risita.

No te preocupes. Te ayudaré a sobrevivir al final de la temporada y a las vacaciones.

Gracias.

¡Oh! Zadie miró de repente hacia una multitud en el extremo opuesto del salón de baile. Debo irme, me temo. Pero te veré en Inverness la abrazó y salió corriendo. Sólo cuando vio marchar a su amiga se dio cuenta de que Adelaide y las otras chicas que estaban cerca se reían de Zadie.

Escuchó a Adelaide decir:

No hay muchas maneras de cambiar el mismo vestido viejo antes de que un caballero decente se dé cuenta de que no puedes comprarte uno nuevo.

Rayne respiró hondo. Si no tenía cuidado, Adelaide podría acabar con la cara empapada en champán. Dios, esa mujer estaba poniendo a prueba la fuerza de su autocontrol.

Lady Poole la apartó de las chicas y la envió a la pista de baile. Había alineado a una docena de jóvenes para conocerla. Entre giro y giro, hablaron de su padre y de sus planes para las

vacaciones. Rayne se esforzó al máximo por ser inteligente, encantadora y entretenida, y descubrió que no era un completo fracaso.

Un hombre, Devon St. Laurent, se burló de ella sin piedad hasta que se echó a reír. Laurent, se burlaba de ella sin piedad hasta que se echaba a reír. Le recordó a la prole de primos que tenía en casa y que trabajaban para el negocio petrolero de su tío Gerard. Aquellos chicos Egerton eran encantadoramente malvados cuando se trataba de mujeres, pero la protegían ferozmente como a una hermana pequeña.

Al cabo de una hora, se refugió del baile en un rincón detrás de la mesa de refrigerios. Fue un alivio tener un momento a solas para ordenar sus pensamientos. Nunca le habían gustado demasiado las multitudes. Prefería la soledad y el estudio tranquilo siempre que fuera posible. Su padre decía que en eso se parecía a su madre. Le dolió el corazón al pensarlo. La habían perdido hacía dos años, y su muerte había hecho que ella y su padre se aferraran el uno al otro en un dolor compartido.

La sacó de sus pensamientos el creciente sonido de los odiosos cotilleos de Adelaide.

No sé por qué Lady Poole invitó a esos *espantosos* americanos. Son tan... bajó la voz para decir algo a sus amigas que las hizo reír. Quiero decir, mira su vestido. Es más apropiado para una pocilga. ¿Quizás ahí es donde creció? ¿Revolcándose con los cerdos? Y su cabello, de un castaño tan deslucido. Su cara es bastante fea, ¿no creen? Y esos ojos, del color del barro.

Aquella no era una conversación privada de susurros silenciosos. La mujer había querido que ella lo escuchara. Había querido hacerle daño. Rayne se mordió el labio, conteniendo las lágrimas. Adelaide no merecía verla llorar. Pero se sentía tan indefensa y sola. Necesitaba aire; necesitaba tranquilidad.

Corrió hacia la puerta más cercana que conducía fuera del salón de baile de Lady Poole y se sujetó del brazo de un lacayo que pasaba por el oscuro pasillo.

Por favor, ¿hay una biblioteca aquí?

El joven asintió y la condujo a una habitación situada unas puertas más abajo.

¿Puedo traerle algo, señorita?

No, gracias. Sólo necesito un momento a solas entró en el silencioso santuario y al instante se sintió más en paz.

Una biblioteca era el último lugar al que alguien acudiría en pleno baile. Era un truco que su madre había utilizado cuando debutó en sociedad y necesitó un momento a solas. También fue así como su padre y su madre se habían conocido. Habían hablado durante toda una noche y se habían perdido todo el baile. Había sido amor a primera vista.

Sólo de pensar en aquella historia se le dibujó una sonrisa en los labios y su corazón se calmó. Se secó los ojos, ocultando cualquier rastro de lágrimas que amenazaran con aferrarse a sus pestañas. No debería haber dejado que Adelaide la afectara, pero la chica sabía muy bien cómo herir a alguien como ella, donde su confianza era más débil. Al menos sólo estarían aquí unos meses. Podía soportarlo, ¿no?

Por el bien de papá, debo hacerlo.

La puerta de la biblioteca se abrió de repente y Rayne se giró, con el corazón latiéndole con fuerza. Temía que Adelaide la hubiera seguido hasta aquí, con la intención de terminar lo que había empezado.

3

Un hombre alto y de cabello oscuro estaba parado en la puerta, una silueta oscura que contrastaba con el ruido y la luz del pasillo que conducía al salón de baile.

Se aclaró la garganta.

Mis disculpas. Creí que la habitación estaba desocupada su voz era agradable, profunda y suave. Le hizo pensar en una copa de brandy y en el calor que le producía. Esbozó una sonrisa cortés.

Oh... No, por favor, no me importa.

El hombre dudó un instante más antes de entrar. Cuando entró en la habitación, la luz de las lámparas de gas del pasillo exterior lo iluminó y eso le quitó el aliento. Con sus intensos ojos esmeralda y su apuesto, parecía un príncipe perdido de algún cuento de hadas de la infancia que su madre solía leer. Sus ojos recorrieron sus anchos hombros y bajaron hasta su afilada cintura, contemplando su traje de noche, entallado y un poco pasado de moda, justo cuando los acordes de un vals comenzaron a sonar a lo lejos.

¿Fue así como se sintió mi madre la primera vez que vio a mi padre? Un pequeño escalofrío la recorrió, como un relámpago que ondulaba bajo su piel.

Él la miró fijamente durante un largo momento bajo las lámparas de aceite colgantes, y ella se preguntó si había sido un error dejarlo entrar. Había una intensidad en él que le aceleraba el corazón. Sus ojos verdes la hicieron pensar en Zadie, pero él era mayor, tal vez en sus treintas, y sus rasgos, bueno... Era llamativo, si ésa era la palabra adecuada para referirse a un hombre.

Podría irme, si se siente incómoda. Sólo vine aquí para encontrar un momento de paz murmuró, su tono fue muy cortés a pesar de la intensidad de su mirada de ojos verdes.

Sin embargo, la idea de que él se fuera la dejó sintiéndose extrañamente sola, a pesar de que la soledad era la razón por la que había venido aquí.

Por favor, quédese. Supongo que no es del todo apropiado, pero... no terminó.

El hombre se rio.

Supongo que no, pero no se lo diré a nadie si usted no lo hace tomó asiento junto a la chimenea, donde las llamas crepitaban sobre los troncos, y se quedó mirando la luz resplandeciente.

Rayne esperó un momento antes de unirse a él. Se arregló cuidadosamente las faldas y se sentó en una segunda silla, no lejos de la suya. Estar a solas con un hombre extraño como él era excitante, y también un poco aterrador. No hizo ningún movimiento hacia ella, ni entabló conversación. Se limitó a mirar el fuego como si las llamas contuvieran las respuestas que buscaba. La luz del fuego enmarcaba sus apuestos rasgos, proyectando un brillo melancólico sobre él que le advirtió que estaba sumido en sus propios pensamientos. No quiso molestarlo, así

que se tomó su tiempo para estudiar los rasgos nítidos de su rostro. Nariz recta, mentón noble y una mandíbula cincelada en mármol. Posiblemente era uno de los hombres más apuestos que había conocido.

¿Te parezco interesante? dijo de repente el hombre.

Ella se sobresaltó un poco y se sonrojó al ser atrapada estudiándolo secretamente.

Yo... dudó, pero luego se dejó llevar. Sí, es muy interesante mirarlo. Lo siento mucho se rio un poco, un sonido ligeramente nervioso. Sabía que debía ser descortés admitir algo así, pero este hombre tenía una forma de hacerla hablar con la verdad, a pesar de que acababan de conocerse.

La media sonrisa del hombre no hizo más que realzar su encanto.

Supongo que eso no es algo malo.

No, desde luego le aseguró.

¿Eres americana? preguntó.

Ella asintió. Su acento no era del todo americano, pero lo suficiente para que se notara. Su madre la había enviado a un internado cuando era más joven, lo que le dio un acento más transatlántico. Su madre había esperado que eso la hiciera más atractiva para los caballeros a la hora de conseguir una pareja adecuada.

Sin duda usted también necesitaba escapar dijo. Los bailes pueden ser maravillosos o espantosos.

Espantoso fue mi caso.

Lo mismo para mí dijo. Quería que esta noche fuera maravillosa, pero fracasé estrepitosamente... su voz se entrecortó y volvió a concentrarse en la chimenea. No terminó su pensamiento.

Lo comprendo respondió en voz baja. Me pongo nerviosa cuando no puedo decir o hacer algo, y los bailes parecen ser el lugar más limitante para una mujer.

Esto volvió a llamar su atención. Apoyó un codo en el brazo de la silla y la estudió con la barbilla apoyada en la palma de su mano.

¿Y qué es lo que quería decir o hacer esta noche que no ha hecho?

Se reirá de mí advirtió.

Puede que sí. ¿Acaso importa?

Rayne se mordisqueó el labio inferior, preguntándose cuánto debía decir.

Quería arrancarle los rizos de la cabeza a una mujer y golpearla con un abanico.

El hombre se echó a reír. En lugar de avergonzarse, ella también se echó a reír.

Déjeme adivinar: ¿Adelaide Berwick se ha creado un enemigo más?

¿Cómo lo ha sabido? preguntó Rayne.

Esa criatura es la perdición de muchos asistentes al baile. Puede ser despiadada y es cruel con sus víctimas.

Eso parece ser cierto murmuró. Todavía quería arrancarle los rizos de la cabeza a Adelaide.

Aparte de los desafíos que Lady Adelaide le presentó, ¿se estaba divirtiendo? por alguna razón, ella se sonrojó. Él seguía observándola con interés. Este hombre no sabía quién era ella, no conocía la riqueza de su padre... eran extraños a la luz de las velas. Un escalofrío de emoción la recorrió y le puso la piel de gallina en los brazos. Él notó que se los frotaba. ¿Tienes frío? se quitó el abrigo y se acercó a ella antes de que pudiera impedirselo. Le puso el abrigo negro sobre los hombros. Se sintió extrañamente tímida, ya que el aroma a bosque que desprendía el denso paño de lana de cheviot la hizo sentir como si fuera él quien la abrazara y no el abrigo. ¿Mejor? volvió a sentarse y ella miró abajo hacia la mezcla de tejidos, el abrigo oscuro contra el

vulnerable satén rosa pálido de su vestido. Algo en el pesado abrigo que llevaba encima la hizo estremecerse de nuevo. El hombre se dio cuenta, pero no volvió a moverse de su silla. Olvídese del baile dijo en voz baja. El rico barítono de su voz la hizo concentrarse en él, como si la hubiera hechizado.

¿Olvidar?

Sí. ¿Qué estaría haciendo ahora si no estuviera aquí?

Apretó sus faldas con nerviosismo.

Ahora sí que se va a reír de mí.

Sinceramente, dígamelo. Tenemos la suerte del anonimato entre nosotros. Nadie sabrá ni se reirá de lo que hablamos en este sagrado reino de los libros levantó una mano. Lo juro por el santuario de la biblioteca.

Rayne se rio de su expresión solemne, y la sonrisa que le respondió le robó el aliento. Nunca había visto algo tan hermoso. Vio el deleite en sus ojos mientras la miraba. Aparte de su padre, no estaba acostumbrada a que le prestaran atención como si importara. Como heredera, los hombres la veían como un premio a ganar, no como una mujer a la que amar.

Si pudiera estar en cualquier parte... pensó la respuesta cuidadosamente. Creo que me hubiera gustado ver la Feria Mundial en el Palacio de Cristal que estuvo aquí a principios de este año.

¿Oh? la cara del hombre se iluminó. Una exploradora del mundo, ¿verdad?

Ella le devolvió la sonrisa.

De las ciencias y las artes, desde luego.

Mi abuela y mi abuelo asistieron a la feria, o a la gran Exposición de 1851. Entonces estaba en Hyde Park, antes de trasladarse a Sydenham Hill. Era una ciudad de cristal y vidrio, según mi abuela.

Rayne se inclinó hacia delante en su silla, cautivada por él.

¿Qué fue lo que más les gustó de la feria?

Mi abuelo quedó fascinado con el telescopio trofeo que se utilizaba para ver las estrellas.

¿El telescopio trofeo? ¿Por qué lo llamaban así?

Dijo que era porque el telescopio se considera el trofeo de la exposición, pero mi abuela tenía en mente un objeto mucho más interesante los ojos del hombre centellearon con picardía.

¿Más interesante que el telescopio? no podía imaginar qué podría ser.

Un diamante captó su atención respondió en un susurro.

¿Un diamante? Qué tontería se rio. No tenía interés en las gemas ni las joyas. Era práctica y valoraba el conocimiento por encima de todo.

El hombre se inclinó un poco hacia delante, como si le contara el secreto más importante del mundo.

El diamante se llamaba Koh-i-noor, que significa *montaña de luz*. Es uno de los diamantes tallados más grandes del mundo y ahora descansa en la bóveda de la Torre de Londres con las joyas de la corona. Dicen que trae mala suerte a cualquier hombre que lo lleve.

¿Cómo lo adquirió la reina?

En el Tratado de Lahore, cuando Gran Bretaña se anexionó Punjab en 1849. Desde entonces, el diamante ha sido un desastre y su brillo se ha manchado de sangre. Ahora sólo una mujer de la casa real puede llevarlo el hombre siguió hablando en voz baja. Mi abuela me dijo que lo habían unido a un brazalete para que lo llevara la reina, con dos diamantes más pequeños flanqueándolo. Descansa en un estuche dentro de terciopelo negro con lámparas de gas encendidas a su alrededor para hacerlo brillar. Sin embargo, el diamante era defectuoso y asimétrico. El príncipe

Albert hizo que lo tallaran para Su Majestad un año después de la Gran Exposición, pero mi abuela dijo que aquel día, cuando lo vio, lo miró de frente, y la gema sin tallar la atrajo como un negro agujero cavernoso, y dijo... hizo una pausa.

¿Qué dijo? estaba pendiente de cada una de sus palabras. Dígamelo, *por favor* acercó su silla a la de él, hasta que sus rodillas se tocaron.

El hombre siguió mirándola fijamente, su mirada insondable mientras continuó.

Afirmó que el diamante le mostró medio milenio de derramamiento de sangre. Todos los hombres que tuvieron el diamante en sus manos sufrieron su maldición y murieron. Entonces mi abuela lo vio descansando en una corona.

¿Pero está ahora en la corona?

El hombre negó con la cabeza.

No, aún no. Todavía está en un brazalete que pertenece a la reina. Yo mismo lo he visto. Pero creo que mi abuela vio el futuro.

Rayne se quedó sin aliento.

¿Lo ha visto? sin pensarlo, alargó la mano para tocar la de él en el reposabrazos cercano al suyo.

Sí. La reina rara vez lleva el Koh-i-noor. Dice que le incomoda, pero aun así lo lleva en algunos actos de Estado. Lo vi en su muñeca hace unos años su mirada se tornó distante al recordar aquello. La manera en que la luz brillaba en él... Me sentí como un marinero atraído hacia las rocas por el canto de una sirena. Luego parpadeé y el deseo de poseerlo desapareció. Me sentí como si hubiera despertado de una oscura y terrible pesadilla.

Los labios de Rayne se entreabrieron de asombro ante la fantástica historia del hombre, queriendo creer que le estaba tomando el cabello, pero escuchó verdad en su voz.

Ojalá hubiera podido verlo. No porque me gusten los adornos bonitos. No me gustan, pero...

Soltó una risita.

No necesita joyas. La belleza de sus ojos y la brillantez de su mente son mucho más atractivas que un diamante en el cuello.

Sus francas palabras la sobresaltaron.

¿Cree que soy bonita? su rostro se sonrojó y una felicidad floreció en su interior como nunca antes había sucedido cuando un hombre elogiaba su aspecto. Aquellos hombres sólo habían buscado su dinero, pero ¿este hombre? No pretendía su fortuna; simplemente la miraba. El deseo se agitó en su interior y, por primera vez en su vida, se dio cuenta de que una dama podía verse fácilmente comprometida por el hombre adecuado en el momento adecuado... un momento como este.

No, en absoluto dijo rotundamente. La esperanza que florecía en su interior comenzó a marchitarse. Ella bajó la mirada, esperando ocultarle su consternación, pero él le levantó la barbilla con un dedo. Creo que es *impresionante* aquella voz potente la hizo estremecerse. *Bonita* es una palabra para chicas jóvenes con moños en el cabello. *Usted* es exquisita.

Levantó la mano para trazar sus cejas suavemente arqueadas y la curva ligeramente ascendente de su nariz, luego deslizó los dedos por sus pómulos y bajó hasta su barbilla antes de posarse en sus labios. Le rozó la boca con la yema del pulgar, y un hambre oscura que ella nunca había sentido cobró vida. Rayne reaccionó sin pensarlo, apretando los labios contra su pulgar y luego rozando la lengua contra él.

Él se quedó inmóvil e inspiró bruscamente. Sus miradas se clavaron. A Rayne se le revolvió el estómago y temió que su nuevo deseo la llevara demasiado lejos.

¿Puedo robarte un beso, dulce desconocido? preguntó el hombre, con voz grave e hipnótica,

irresistible.

Nunca me han besado admitió. Y en ese momento quiso que él fuera el primero. Lo deseaba más de lo que había deseado nada en toda su vida.

Su corazón se aceleró cuando la mirada de él se oscureció son deseo. Una sonrisa diabólica cubrió su rostro. Tenía una mirada posesiva, una que le decía que una vez que empezara a besarla, le rogaría que no parara nunca porque estaría para siempre bajo su hechizo.

La levantó fácilmente de la silla y la subió a su regazo. Rayne se sujetó a sus hombros, sintiendo el calor de su cuerpo sobre el suyo. No pudo resistirse a inclinarse más hacia él.

El hombre le cogió la nuca y ella se inclinó hacia él. Ambos se detuvieron a una pulgada de distancia, y Rayne saboreó esa creciente expectación hasta que sus labios tocaron los suyos. Sintió mariposas en el estómago cuando su cálida boca exploró la suya. Fue un beso de seducción en su justa medida. La deliciosa sensación de sus bocas moviéndose juntas hizo que su sangre palpitara y su cabeza se sintiera ligera. Su corsé se tensó casi dolorosamente mientras luchaba por respirar. Absorbió la dulzura de su sabor y una profunda necesidad se acumuló en su vientre cuando él lamió el borde de sus labios. Entreabrió la boca y jadeó de asombro cuando su lengua encontró la suya.

La intimidad de ensueño hizo que su corazón volviera a temblar. Su mente se sumergió en el beso. Los imaginó sentados así, ella en su regazo, un árbol de Navidad detrás de ellos y un muérdago encima. El hombre de su sueño la miró, y en sus ojos vio un futuro, una vida que nunca antes había soñado. Un intenso deseo la hizo estremecerse entre sus brazos, pero no se apartó. Un miedo repentino a perder todo esto casi la dominó.

El hombre la abrazó con fuerza, intensificando su beso, y Rayne se rindió ante el delicioso y oscuro dominio que ahora ejercía sobre su cuerpo. La ardiente posesión de sus labios la hizo sentir una excitación que nunca antes había experimentado. Su sangre palpitó con fuerza y le temblaron las rodillas. Agradeció estar en su regazo, aferrándose a él con todas sus fuerzas. Sus manos bajaron por su cuerpo y el calor de sus palmas se filtró a través de las capas de tela. Una docena de emociones que apenas podía registrar giraron en torno a su cabeza cuando sus labios finalmente se separaron, renuientemente.

El hombre respiraba tan fuerte como ella. Ambos sonrieron tímidamente mientras se miraron. Su mirada la recorrió, y hubo una suavidad en su expresión que hizo que su corazón diera un vuelco en su pecho.

Gracias susurró mientras le rozaba la mejilla con el dorso de la mano.

¿Por qué? preguntó Rayne.

Guardó silencio un poco más antes de responder.

Por enseñarme cómo podría haber sido.

Confundida, esperó una explicación, pero no la hubo. El gran reloj de pie de la esquina marcaba la hora.

Deberíamos irnos antes de que nos echen de menos dijo él.

Rayne se bajó de su regazo, con la cabeza todavía un poco aturdida por el embriagante beso del desconocido. No pudo encontrar palabras mientras se quitó el abrigo renuientemente se lo tendió. Sus manos se encontraron cuando él aceptó el abrigo de lana.

Desearía... empezó el hombre, y luego sacudió la cabeza con pesar.

Por favor... ¿Qué desearía? tuvo que resistir el impulso de estirar la mano y tocarlo de nuevo.

Ojalá nos pudiéramos haber conocido en otras circunstancias el hombre le cogió la barbilla y se inclinó hacia ella, rozando sus labios con un último beso fugaz. Luego pasó un dedo por su

corpiño y ella jadeó cuando arrancó una rosa fresca de su escote y lo acercó a su nariz, aspirando su aroma.

Una muestra. Para recordarte dijo con una sonrisa melancólica. Luego, antes de que pudiera detenerlo, se marchó.

Rayne se quedó mirando la puerta abierta, con el corazón acelerado por la alegría y, al mismo tiempo, extrañamente dolorido. ¿Podía enamorarse de un desconocido y tener el corazón roto al mismo tiempo? Había habido algo mágico, algo que los había unido, y ahora que se había ido se sentía desolada.

Sujetó con fuerza sus faldas e intentó calmarse. Esperó unos minutos antes de volver al baile. Todo a su alrededor parecía igual, pero ella había cambiado. Un gran cambio había comenzado en su interior, algo que no podía deshacerse, y que no deseaba que se borrara.

Sin tan solo...

Oliver sostuvo la rosa en la palma de su mano cuando se reunió con su familia en las escaleras afuera de la casa de Lady Poole. El aroma lo devolvió a aquel recuerdo de la misteriosa mujer en la biblioteca. Habría dado cualquier cosa por arrodillarse y pedirle, fuera quien fuera, que fuese su esposa en lugar de Adelaide. Había saboreado el deseo en los labios de la mujer, había vislumbrado su mente astuta y había visto un futuro con ella mientras hablaban. Un futuro que no podría ser. El remordimiento arañó un hueco en su corazón al saber que nunca volvería a verla, ni sabría quién era.

Apenas escuchó el parloteo de su familia mientras esperaban un coche de caballos que los llevara a Grosvenor Square. Se subieron en uno después de que se detuviera, y Everett le dio un codazo cuando se sentó junto a él.

Bueno, ¿cómo te ha ido?

¿Perdón? seguía repitiendo aquel beso interminable y demasiado perfecto. Ni siquiera sabía su nombre, y eso era lo mejor porque esta noche era todo lo que podían tener, un beso exquisito que les cambiara la vida.

¿Qué hay de Adelaide? ¿Le has propuesto matrimonio?

Oliver acunó la rosa entre sus manos mientras miró los rostros de su familia. El sentimiento de culpa apuñaló sus entrañas al darse cuenta de que les había fallado.

No lo hice. Hablamos brevemente, y tenía toda la intención de pedírselo, pero...

¿Pero...? preguntó Everett.

Necesitaba un minuto para aclarar mis ideas y *entonces conocí a la mujer misteriosa más encantadora en la biblioteca*. Y para cuando volví, ella se había ido.

Esa mujer lo había cambiado todo para él. Había encontrado un alma gemela en ella. La conexión entre ellos había sido intensa. Había hablado de diamantes malditos y viejos recuerdos y se había perdido en sus ojos.

Oliver su madre pronunció su nombre suavemente, pero la preocupación en su tono captó su atención, apartándola de los pensamientos de la chica americana con el vestido rosa pálido cubierto de rosas reales en flor.

¿Sostienes una rosa en tu mano? preguntó de repente Zadie.

Miró a su hermana y asintió, aun sosteniendo con fuerza los pétalos aterciopelados de la preciosa flor. Había sido incapaz de resistirse a reclamar la rosa que tan prominentemente lucía sobre unos pechos tan hermosos. Su respiración se había acelerado cuando él le había quitado la

rosa del vestido. Su deseo -sí, deseo, no simple lujuria- había sido insoportable, pero había encontrado el valor para alejarse cuando el reloj marcó la medianoche, aunque sólo fuera porque había reclamado esa muestra de ella. Zadie se habría burlado de él por estar atrapado en un cuento de hadas o cualquier otra tontería, pero la magia en aquella habitación había sido real. No lo negaría.

¿De dónde lo has sacado? preguntó Zadie, con los ojos aún fijos en la rosa.

Yo... balbuceó.

Oliver... ¿Se la has quitado a la señorita Egerton? hubo una extraña nota de esperanza en la voz de Zadie.

¿Qué? ¿A quién?

La señorita Rayne Egerton, la americana. Estaba en el baile con su padre esta noche. Llevaba puesto el más precioso vestido rosa pálido con rosas reales cosidas señaló la flor en su palma. Como ésa.

¿Pero qué hay de Adelaide? interrumpió su madre. ¿No deberíamos centrarnos en cómo Oliver encontrará una oportunidad para proponerle matrimonio?

Zadie ignoró a su madre mientras miró a Oliver con una mirada calculadora que lo molestó.

¿Estuviste con ella? ¿Con Rayne, quiero decir?

Nunca nos presentamos. Hablamos y... no quiso admitir que la había besado delante de su hermana y su madre, como si no fuese a vivir para ver el amanecer.

Oliver dijo Zadie, Rayne es una *heredera*, mucho más rica que Adelaide.

Los ocupantes del carruaje guardaron silencio cuando las palabras de Zadie se hicieron presentes.

Quieres decir... Everett empezó a reírse con deleite. ¿Tenemos a alguien más para elegir además de la vieja Adelaida? ¡Gracias a Dios!

Everett reprendió Margaret, y luego se volvió hacia Oliver. ¿Es verdad? ¿Has conocido a la heredera americana esta noche? ¿Es encantadora?

La más encantadora le aseguró, aunque seguía en estado de shock. Su bella desconocida era una heredera y podía ser la solución para salvar a su familia y su hogar. Seguramente la vida no podía ser tan amable como para bendecirlo de esa manera. Enterró el repentino sentimiento de culpa al pensar que podría llegar a odiarlo si llegaba a enterarse de lo desesperado que estaba por casarse con ella. Con Adelaida, ella habría sabido de su situación y lo habría entendido. Los matrimonios por riqueza eran comunes, pero ¿Rayne? Ella no procedía de un país que tuviera títulos o les diera mucho valor. Sólo le quedaba esperar que creyera que su interés por ella era sincero y que quería casarse con por algo más que su dinero.

Margaret suspiró.

¿Cómo volveríamos a encontrarla? Estos americanos siempre van y vienen por capricho, y tenemos que irnos a casa de lord Fraser dentro de unos días.

Zadie sonrió emocionada y le dio un codazo a Oliver.

Ella también asistirá a la fiesta en casa de Lord Fraser. Tomará un tren mañana por la tarde, y creo que deberías estar en él.

¿Qué? preguntó Oliver. Mi boleto es para dentro de tres días, por consiguiente, contigo.

Zadie negó con la cabeza.

No, tienes que estar solo, y tienes que cortejarla en el tren antes de que llegue a casa de Lord Fraser. No queremos que Adelaide arruine tu caza de fortuna.

Oliver hizo una mueca al escuchar el término. *Caza de fortuna*. No quería pensar en Rayne de ese modo, aunque atraparla en un minúsculo camarote a bordo de un tren para robarle una

docena de besos más... Ese era el tipo de caza que no le importaría en absoluto, siempre y cuando pudiera ignorar el sentimiento de culpa que lo invadía por atraer a Rayne al matrimonio.

¿Te gusta, Oliver? le preguntó su madre. Persíguela sólo si es así. Al menos con Adelaide sabemos con qué clase de persona estamos tratando.

Su hermano pequeño resopló y le guiñó un ojo a Oliver.

Cualquiera es mejor que Adelaide.

¡Everett! lo silenció Margaret.

Oliver sonrió, sintiéndose esperanzado por primera vez al mirar a su madre y a sus hermanos.

Sí que me gusta. Me gusta mucho.

Ahora todo lo que tenía que hacer era seducir a una heredera en un tren en dos días para salvar a su familia y su hogar. ¿Qué tan difícil podría ser?

Rayne echó un vistazo al imponente edificio de la estación de tren de King's Cross. A pesar de que llevaba un pesado vestido con un dolman de terciopelo negro que le cubría la parte superior del cuerpo, tenía bastante frío, y la brisa de la estación no hacía más que aumentar el escalofrío. Estaba de pie junto a su dama de compañía, Ellen Moore, una mujer de unos treinta años a la que su padre había contratado para que la asistiera durante su estancia en Inglaterra y Escocia. Era callada pero amable y fácil de tratar, y Rayne sintió que estaban entablando una amistad, algo que sabía que era muy americano, pero no le importaba. Le pasó un grueso manguito negro para que metiera las manos en él, y ella le sonrió agradecida a su criada.

¿Qué te parece, Ellen? Rayne se subió el dolman negro hasta el cuello, luchando contra el frío de la estación. Es una maravilla arquitectónica, ¿verdad?

Los ojos de la criada recorrieron el majestuoso templo que era King's Cross. Era una hermosa combinación de funcionalidad y elegancia arquitectónica. Albañilería y herrería se unieron para crear la inmensa estación. Los trenes silbaban, las vías emitían vapor y las máquinas despedían nubes de humo blanco. Algunas personas se apresuraban frenéticamente a subir a los vagones, mientras que otras se despedían con lágrimas en los ojos para marcharse por las fiestas.

Rayne ya había visto trenes antes, pero las bestias de acero rojinegras eran más majestuosas y menos feroces que sus homólogas americanas. Varios señores bigotudos con uniforme azul vigilaban a los pasajeros que subían, comprobando los talonarios de boletos y recogiendo el equipaje cuando era necesario.

Nunca me he subido a un tren confesó Ellen con los ojos muy abiertos. He estado aquí muchas veces, pero nunca para viajar.

Es muy divertido le aseguró. El silbato es un poco ruidoso si estás cerca en los primeros vagones, pero me gusta su movimiento, las vibraciones bajo los pies.

Ellen sonrió con picardía.

Mi madre decía que los trenes solían provocar locuras en su época.

Rayne y Ellen soltaron una risita ante aquel pensamiento. Treinta años atrás, los trenes eran bastante nuevos en Inglaterra, y había muchas creencias tontas de que viajar en tren podía causar locura e histeria, especialmente entre las mujeres.

Señoritas su padre se reunió con ellas. Nuestro tren sale en un cuarto de hora. Sugiero que nos retiremos a la sala de refrigerios de primera clase las escoltó a través de la multitud hasta una puerta roja con letras doradas que decían "Primera Clase".

La sala de refrigerios era una gran sala abierta con mostradores de caoba a lo largo de dos paredes. Detrás del mostrador, varios hombres uniformados esperaban para servir bebidas y bocadillos a los pasajeros. Rayne y Ellen pidieron cada una un vaso de limonada y unos

bocadillos de pepino, mientras que su padre compró una pinta de ale y un sándwich de ternera. Douglas era un hombre apuesto y en forma para su edad, y siempre le divertía verlo comer sin que aquello aumentara su cintura.

¿Cuál es nuestra ruta, padre? preguntó entre bocado y bocado.

Sacó un pequeño libro encuadernado en piel con las palabras *Guía Mensual de Ferrocarriles de Bradshaw's* inscritas en la cubierta y pasó a una página que había marcado con un trozo de papel.

Salimos de Londres y viajamos a Peterborough, lo que nos debería llevar tres horas y media. Luego vamos a Doncaster en dos horas. Después, de Doncaster a York en una hora. De York a Inverness serán unas trece horas. Así que tendremos dos noches a bordo del tren.

¿Qué te parece, Ellen? preguntó Rayne.

Su dama de compañía terminó su comida con una sonrisa de satisfacción.

Estaba bastante preocupada cuando escuché que la comida de tren eran solo pequeños cubos fibrosos y sándwiches cubiertos de serrín, pero estos estaban maravillosos.

Douglas soltó una risita.

Mi querida señorita Moore, está disfrutando de las ventajas de la comida de primera clase. Me han dicho que los pasajeros de tercera clase lo pasan mucho peor.

Oh... sus mejillas se llenaron de color. Entonces, estoy muy agradecida.

Espero que nuestros cocineros del comedor no sean tan terribles. Uno nunca sabe su padre terminó su ale y miró la hora en su reloj de bolsillo de oro. Bueno, será mejor que nos vayamos.

Rayne, su padre y Ellen salieron de la sala de refrigerios y cruzaron la bulliciosa estación en dirección a su tren. Rayne se detuvo a buscar unas monedas en su retícula al llegar al puesto de W. H. Smith. En el puesto habían periódicos y algunos libros. Compró un ejemplar de *Jane Eyre* y el *Morning Post* antes de alcanzar a su padre y a Ellen. Su equipaje había sido cargado a primera hora de la mañana y los seguiría hasta su destino final. Pero Ellen y su padre llevaban unas cuantas maletas pequeñas para poder cambiarse en sus camarotes durante los dos días siguientes.

Subieron al vagón de primera clase y Rayne se maravilló ante el costoso revestimiento de madera, el cual lucía brillante con pintura negra y roja. Las ventanas de cristal que enmarcaban los camarotes para el viaje diurno centellearon mientras caminó por el estrecho pasillo tras su padre y Ellen.

Aquí estamos, damas. Señorita Moore, usted está aquí en el 6A. Rayne, querida, tú en el 6C, y yo en el 6B. Me han dicho que los lavabos están al final del pasillo, y la cabina del comedor está dos vagones detrás de nosotros les entregó las llaves de sus respectivos camarotes.

Me instalaré y enseguida iré a ayudarla, señorita Rayne.

Gracias, Ellen Entró en su propio camarote. Tenía una cama pequeña, perfecta para una persona, o dos si dormían muy cerca. Enfrente, había un armario diminuto, donde se podía guardar el equipaje que se llevaba a bordo.

Se quitó el dolman, desabrochó el sombrero de su cabello y lo dejó a un lado, luego miró su vestido. Era un vestido de seda gris oscuro con polisón y encaje negro en las mangas y el dobladillo. El gris solía ser un color muy apagado, pero la seda de este vestido lo hacía lucir casi iridiscente. Rozó la seda con las puntas de sus dedos y cerró los ojos mientras los recuerdos de la noche anterior volvían a robar su atención.

Apenas había podido dormir tras regresar del baile. Se había sentido mareada y al mismo tiempo agobiada por la tristeza, porque el hombre que la había fascinado en tan poco tiempo se había ido, y nunca volvería a verlo. Ni siquiera sabía su nombre. Su corazón dolió al pensarlo.

¿Me lo he perdido? ¿El hombre perfecto y el momento perfecto?

Sus ojos se empañaron con lágrimas traicioneras. No era el tipo de mujer que lloraba, y ya eran dos veces en dos días. Sorbió y cogió el periódico que había comprado y lo dobló para leerlo más tarde. Entonces oyó el silbido del revisor, que señalaba los últimos minutos para subir al tren. Abrió la puerta de su compartimento para observar el bullicio en los andenes y se quedó boquiabierta.

Un hombre cruzaba apresuradamente el andén. ¡Era su apuesto desconocido de la biblioteca! Lucía muy elegante con un abrigo de lana azul oscuro forrado de piel dorada. El pesado trenzado de su abrigo estaba sujeto con una serie de botones a presión que denotaban su alta alcurnia y su buen gusto por la moda. El hombre hurgó en el bolsillo derecho de su abrigo, sacó su talonario de boletos y se lo mostró al revisor, quien le permitió entrar en el vagón de primera clase. El hombre se quitó su sombrero de copa y se sacudió una ligera capa de nieve, luego miró a su alrededor y comprobó de nuevo su boleto antes de dirigirse al camarote contiguo al de ella.

Se metió en su habitación justo antes de que él pudiera divisarla y cerró la puerta, su respiración acelerándose y su corsé se volvió demasiado apretado. Se estaba quedando a su lado, durmiendo a una puerta de distancia. La idea la hizo sonrojarse intensamente. ¿Qué debía hacer? ¿Presentarse? No, eso era demasiado atrevido, incluso para ella. ¿Organizar un encuentro en los pequeños confines del pasillo? Tal vez.

¿Qué estás haciendo, Rayne? No lo conoces. Podría estar casado o comprometido, ¿y aun así te permites tener pensamientos románticos sobre él?

Si está prometido o casado, se acabó, ¿no? argumentó dentro de su cabeza. *¿Y si no lo está?*

Sabía que estaba siendo muy tonta, pero algo en él la hacía querer correr ese riesgo. Aquel beso en la biblioteca la noche anterior había despertado algo en su interior, y no quería volver a caer en el sueño de lo que había sido su vida antes.

Dio un respingo cuando alguien llamó a su puerta. Se apresuró a mirar su cabello y rostro en el pequeño espejo que había junto a la cama antes de abrir. Su corazón se hundió al ver que era Ellen. Sí, claro. ¿De verdad esperaba que él llamara a su puerta?

La criada entró en su camarote, sus ojos miraron a Rayne con sospecha mientras dejaba una maleta con ropa.

¿Señorita? ¿Se encuentra bien? Parece sonrojada observó.

Oh, sí, estoy muy bien.

Sonó el silbato y el tren se puso en marcha. Ellen jadeó y se aferró a la pared, murmurando sobre malvadas máquinas endemoniadas, y Rayne se echó a reír, tirándola a su lado en la cama.

Tardarás un poco en adaptarte. Te acostumbrarás al movimiento.

Ellen se rio nerviosamente.

Supongo que hará falta un poco de práctica para caminar mientras se mueve. Su padre ha ido al compartimento diurno, por si quiere acompañarlo y leer un rato apoyó una mano en la puerta del armario mientras se levantaba.

Puede que me apetezca, sí cogió sus libros y el periódico. Me reuniré con él allí en un momento.

Su criada dejó que Rayne se ocupara de su maleta y de su contenido en el armario. Cuando terminó, cogió su libro y su periódico en brazos y salió del camarote. Se dio la vuelta y chocó con algo -no, con alguien- y cayó de espaldas al suelo.

¡Dios, lo siento mucho! la voz dolorosamente perfecta la hizo levantar la vista para ver a su desconocido de pie sobre ella.

Se había quitado el abrigo y ahora llevaba unos pantalones azul oscuro y un chaleco gris a

juego con su vestido. Por alguna razón, la idea de que sus ropas hicieran juego la hizo soltar una risita. Cuando se tapó la boca, avergonzada, se dio cuenta de que había tirado su periódico y su libro. Él se arrodilló y recogió los objetos mientras ella los alcanzaba al mismo tiempo.

Sus miradas se cruzaron, y ella vio una suave preocupación mezclada con deseo y fascinación a la vez cuando él la reconoció.

Tú... eres tú murmuró mientras le extendió el periódico y luego le rodeó la cintura con las manos y la levantó como si ella y su voluminoso vestido de seda no pesaran nada.

Yo... se quedó mirándolo, sin habla y fascinada. Olía de maravilla, como un hombre que había llegado de un paisaje nevado y hubiera traído consigo los aromas del invierno y del hombre. Sin colonias pesadas, sin pomadas. Sólo él y el aire fresco. Ese deleite femenino la mareó un poco, y no estaba acostumbrada a eso.

Por favor, perdóneme. Me he comportado como un tonto seguía sujetándola por la cintura y aún no parecía ser consciente de ello. Estaban demasiado cerca y a ella le gustaba demasiado. ¿Empezamos de nuevo? preguntó, y Rayne asintió con la cabeza, su mente y cuerpo aún concentrados en sus manos alrededor de su cintura. Parecía no darse cuenta de aquel gesto posesivo natural, y a ella le gustaba.

Por favor, no me sueltes, pensó.

Me llamo Oliver Conway, Lord Conway.

¿Lord? Vaya, ¿de qué clase es usted? preguntó. Él ladeó la cabeza, confundido.

¿Qué clase?

Lord, ¿qué clase de lord? Lo siento, me cuesta mucho entender los títulos.

Le sonrió mientras la comprensión apareció en su rostro.

Vizconde Conway.

Vizconde. ¿Así que, por encima de un barón, pero por debajo de un duque? asintió para sí misma. Podía recordar a un vizconde. Tendría que buscar su familia en *Debrett's*.

El hombre se rio.

Muy por debajo de un duque. Por encima de un barón y por debajo de un conde, si eso ayuda le sonrió y eso la golpeó detrás de las rodillas, mareándola con deleite.

Soy Rayne Egerton. Sin título.

Usted fue el tema de discusión la otra noche Oliver le dedicó una sonrisa de oreja a oreja que la hizo querer derretirse en un charco bajo sus pies.

¿No le importa que sea americana?

¿Por qué iba a importarme?

A algunos les importa. Nos consideran descarados, atrevidos, groseros y vulgares dijo, divagando avergonzada.

Tonterías. Decís lo que pensáis y, en general, tenéis corazones abiertos. Nosotros los británicos podemos ser demasiado cerrados y reservados aún no la había soltado, y la sensación de sus cálidas manos rodeando su cintura la hizo temblar de emoción. Sus dedos acariciaron un poco sus costados, y le habría hecho cosquillas si no llevara puesto un corsé. Se sintió como si estuviera jugando con ella, como un hombre lo haría con su amada, los contactos cómodos, las pequeñas caricias que había visto intercambiar a otros y que siempre había deseado experimentar ella misma.

Quería tocarlo de la misma manera.

Pero no podía. En lugar de eso, se aferró al periódico y al libro como si fueran un escudo, aunque estuvo tentada de dejarlos caer de nuevo para eliminar esa barrera entre ellos. Sus ojos se centraron en su boca, una boca que lucía tan perfecta a la luz del sol de la tarde como había

lucido la noche anterior iluminada por las lámparas de aceite y la luz del fuego. Una boca que le había dado el beso más divino.

Oliver Conway. *Lord* Conway. Y estaba atrapada en un tren con él. Pero ella se dirigía a Inverness. ¿Y si él se bajaba en Peterborough o Doncaster? ¿Cuánto tiempo le quedaba para estar con él?

¿Pensarás que soy un canalla terrible si admito que me alegro de haberte encontrado de nuevo, Rayne? el hombre susurró su nombre de un modo que hizo que su cuerpo temblara. No le había dado permiso para llamarla Rayne, pero tampoco quería que la llamara señorita Egerton. Su nombre nunca había sonado tan sensual, tan decadente, en labios alguien.

Yo también me alegro admitió mientras inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

Anoche era un recuerdo que había planeado atesorar y lamentar ya que no creía que volvería a verte murmuró. Pero parece que el destino tiene otros planes para nosotros.

Así parece respondió Rayne, sin aliento. ¿A dónde se dirige ahora, Lord Conway?

Oliver, por favor dijo. Y me dirijo a una fiesta de Navidad en Inverness.

¿De verdad? quiso saltar de emoción. Yo también. Mi padre y yo hemos sido invitados por Lord Fraser.

¿Qué maravillosa coincidencia! la soltó por fin de la cintura, y ella echó de menos la conexión al instante. Yo también soy invitado de Fraser miró su periódico y su libro. ¿Por casualidad te diriges al vagón diurno? Estaba a punto de ir allí.

Sí, pensé que podría leer un poco.

¿Puedo acompañarte? preguntó.

Su corazón dio un vuelco y asintió, sintiéndose como una chica que se había enamorado por primera vez. Y para ella así era. Nunca antes se había sentido tan atraída por un hombre, o había querido estar tan cerca de él. Todo esto era una experiencia nueva y bastante aterradora.

Sólo un momento desapareció dentro de su camarote y regresó un instante después, con un libro en la mano. Guíeme, señorita Egerton.

Rayne, por favor, insisto respondió ella.

Mientras comenzó a dirigirse hacia el vagón diurno, siguió mirándolo por encima del hombro, sintiéndolo cerca detrás suyo. La cola de su vestido fluía entre sus cuerpos, susurrando contra las alfombras azul oscuro y los paneles de madera del estrecho pasillo. Él la seguía con una lentitud que le aceleraba el corazón. Podría volver a cogerla por la cintura, estrecharla contra su pecho y besarle el cuello, la mejilla...

La ensoñación la distrajo temporalmente cuando el tren traqueteó y giró sobre las vías al salir de la estación de King's Cross. Tropezó y tuvo un breve momento para ver el rostro de Oliver reflejado en los cristales de la ventana, un apuesto dios iluminado por la luz del sol invernal mientras se lanzaba a atraparla.

Te tengo dijo Oliver mientras la sujetaba contra la pared hasta que el balanceo del vagón se suavizó y pudieron volver a caminar.

La sensación de su cuerpo alto y musculoso apretado contra el suyo, inmovilizándola contra

la pared del pasillo, la había dejado sin aliento de una forma que empezaba a comprender que era peligrosa. Uno de sus muslos presionó entre las sedas que cubrían la parte delantera de su vestido, e incluso esa ligera presión le produjo un ligero calor en lo más profundo de su vientre.

Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarlo y sonrió, pero su sonrisa se desvaneció al ver que algo más oscuro se apoderó de sus rasgos, algo totalmente masculino que le advirtió que la deseaba, que quería hacerla suya de la forma más primitiva. Todos sus instintos femeninos se estremecieron al pensarlo. Estaban solos aquí. Nadie podría detenerlo si... Esa idea debería haberla asustado, pero no lo hizo. Una parte de ella deseaba que Oliver la arruinara de la mejor manera, tanto que le produjo un dolor físico entre los muslos.

¿Estás bien? le preguntó él.

Sí... su tono fue un poco jadeante, pero no pudo evitarlo. Él dio un paso atrás y se dirigieron hacia el compartimento de día que había alquilado su padre, diseñado para que los pasajeros se sentaran en dos filas, una frente a la otra. Era perfecto para sentarse a leer o conversar con otros pasajeros, mientras que los coches cama Pullman estaban diseñados sólo para dormir.

Aquí estamos Oliver pasó el brazo rozando su corpiño de mientras abría la puerta del compartimento. Luego se inclinó hacia delante y le indicó a Rayne que entrara delante de él.

Su padre estaba sentado junto a la ventana, con un periódico en las manos. Lo dobló para mirarla.

Rayne, querida, ahí estás le sonrió, y luego su mirada se desvió con curiosidad hacia Oliver, quien estaba detrás de ella.

Padre, él es el Vizconde Conway. Lo conocí en el baile de Lady Poole anoche.

¿Conway? su padre se levantó y le tendió la mano. Un placer, milord. Por favor, únase a nosotros. Soy Douglas Egerton su padre señaló con la cabeza hacia los asientos vacíos frente a él.

Oliver le estrechó la mano.

Gracias, señor Egerton.

Guio a Rayne a uno de los dos asientos vacíos frente a su padre. Intentó ocultar un sonrojo cuando la mano de Oliver se posó en la suya antes de sentarse a su lado. Su padre los observó con curiosidad antes de hablar.

Así que, Lord Conway, ¿es usted amigo de Lady Poole?

Efectivamente respondió. Ella y mi madre son buenas amigas. Mi familia ya no vive en Londres, pero hicimos una excepción para visitar a Lady Poole en su baile.

Douglas se rio.

Esa mujer es bastante difícil de resistir. Me sorprende que ningún hombre se haya casado con ella todavía.

Rayne recordó que el marido de Lady Poole había fallecido hacía cinco años. Quizá disfrute la independencia sugirió. Las damas británicas tienen menos libertad que nosotras en América. No la culparía por elegir la libertad para controlar su fortuna y su destino supo que había sido demasiado franca por el silencio que se produjo en el vagón. A su padre no le importaba que hablara abiertamente, pero ahora estaba estudiando a Oliver, esperando que reaccionara negativamente.

Una cosa más que hace a Estados Unidos bastante progresista observó Oliver con una sonrisa sincera. Mi madre y mi hermana lo han dicho a menudo. Por supuesto, las mujeres de mi familia siempre han sido pensadoras y aprendices. Mujeres de mundo, podría decirse.

Rayne no pudo resistirse a indagar más sobre su familia.

¿Mujeres de mundo?

Él asintió y se recostó en el asiento de cuero negro de su compartimento.

Mi bisabuela era duquesa y se casó joven, a los dieciocho años, con mi bisabuelo. Era una brillante mujer de negocios y consiguió que el ducado de Essex fuera bastante rentable, además de fundar una organización que sigue viva sesenta años después. La llaman la Sociedad de Damas Rebeldes.

Suena encantador. ¿Cómo se ingresa? preguntó. Si alguna vez tenía que quedarse en Londres durante más tiempo, podría plantearse solicitar el ingreso.

Creo que debes escribir un ensayo sobre cuál crees que es el lugar de una mujer en la sociedad. La posición y la clase no importan. Desde duquesas hasta sirvientas son bienvenidas, al menos según mi hermana. Le he preguntado qué hacen en la sociedad, pero no quiere decírmelo. Algo sobre jurar guardar el secreto de una hermandad.

¿Tu hermana es miembro?

Lo es. Zadie es muy parecida a nuestra bisabuela, o eso me han dicho.

¿Zadie? ¿Zadie es tu hermana? La conocí en casa de Lady Poole anoche.

Sus labios se crisparon.

¿La conociste?

Sí le sonrió. Es maravillosa. Tuvimos un breve momento para compartir nombres, pero nunca supe su apellido. ¿Viaja contigo? Me encantaría volver a verla antes de llegar a la finca de Lord Fraser.

Ella, mi madre y mi hermano Everett partirán dentro de tres días. Tengo negocios con Lord Fraser que me hacen viajar al norte antes.

¿Oh? ¿Qué clase de negocios?

Su padre se aclaró la garganta y dio a su periódico un traqueteo delator.

Mis disculpas, Lord Conway, a veces me dejo llevar.

Oliver le recordó con suavidad, y ella no vio irritación en las profundidades verdes de sus ojos ante sus atrevidas preguntas.

Oliver repitió ella.

Para responder a tu pregunta, mi familia puede que abandone pronto nuestro hogar. Puede que nos traslademos al norte, a Escocia. Lord Fraser tiene algunas oportunidades comerciales para mí que deseo explorar.

¿Comercio, dices? su padre dejó el periódico y volvió a mirar a Oliver, esta vez más seriamente.

Sí. Fraser trata con empresas siderúrgicas, y eso me interesa bastante.

Al igual que a mí afirmó Douglas. El acero es un buen negocio. Le recomiendo que invierta ahora y compre acciones. Es una apuesta más segura que las acciones del ferrocarril, aunque los precios suben cada día. Puedes doblar el valor de las acciones en cuestión de meses.

Gracias, señor Egerton, haré todo lo posible por seguir tan acertados consejos respondió con sinceridad.

¿Dónde vives actualmente? preguntó Rayne.

Oliver esbozó una sonrisa divertida.

En North Yorkshire. ¿Lo conoces?

No, me temo que no. Lo he visto en los mapas, por supuesto. Está en el norte de Inglaterra. Mi padre dijo que nuestro tren pasará por York.

Así es. Mi familia vive cerca de West Burton, en un lugar llamado Astley Court.

¿Y cómo es North Yorkshire?

Una expresión de afecto se posó en el rostro de Oliver. Si hubiera sido una mujer, podría

haber calificado la mirada como soñadora.

Es un lugar salvaje, los paisajes dramáticos, entre los evocadores páramos y los valles. Es una tierra en la que dejaron su huella romanos, nórdicos y normandos. En invierno, puede parecer un lugar inhóspito e interminable, y me gusta la sensación que produce contemplar los páramos. Pero en verano, todo florece o se cubre de verdor. Mi hermano y yo solíamos correr por las orillas del Río Walden Beck antes de caer por las riberas boscosas hasta el borde de las Cataratas de Caldero. El agua fluye hacia abajo y hacia las rocas rotas, calentando un estanque cristalino resguardado por imponentes piedras que le dan aspecto de caldero.

Rayne casi cerró los ojos al imaginarse el idílico entorno.

Parece que te encanta estar allí.

Así es admitió. Astley Court, nuestra casa solariega, pertenece a mi familia desde hace doscientos años.

Ella se apoyó en el reposabrazos entre sus dos asientos.

Entonces, ¿por qué te vas?

Los ojos verdes de Oliver se oscurecieron hasta adquirir el color de un bosque inglés.

A veces uno tiene que dejar atrás el pasado para seguir adelante. Ha llegado el momento de que mi familia haga lo mismo.

Oh... por alguna razón su corazón se estrujó ante la idea de que Oliver abandonara un lugar que parecía adorar tan claramente. Siento que tengas que irte se acercó para tocarle la mano y, tras un largo momento, él la giró para que sus palmas se encontraran. Luego enroscó sus dedos alrededor de los de ella. Su corazón palpitó con una extraña excitación cuando los ojos de Oliver se centraron en sus labios y ella hizo lo mismo a su vez. Empezó a inclinarse hacia él y sólo se detuvo cuando su padre tosió, recordándoles a ambos que seguía en la habitación con ellos. El papel seguía ocultando su rostro, tal vez como una pequeña señal de su aprobación -dentro de lo razonable-, así que no apartó su mano de la de Oliver, ni él apartó la suya.

¿Qué has traído para leer, aparte del periódico? Oliver señaló con la cabeza el libro que yacía olvidado en su regazo.

Jane Eyre.

Ah. ¿Y qué te atrae de una historia así? ¿La atmósfera gótica? claramente se estaba burlando de ella, pero no pudo resistirse a demostrarle que no era sólo el aspecto gótico lo que le interesaba.

En realidad, me gustó el punto de vista íntimo del personaje en primera persona. Vemos que el desarrollo moral y espiritual de Jane está teñido de intensidad psicológica. La prosa revela su carácter a través de la conciencia privada mientras se enfrenta a cuestiones relacionadas con la clase social, la sexualidad, la religión y el hecho de ser mujer en un mundo dominado por los hombres.

Los ojos de Oliver brillaron.

Dios, y yo que pensaba que era simplemente una buena lectura. Esas hermanas Brontë, uno no debería sorprenderse.

¿Y tú? ¿Qué lees? miró el libro en su regazo.

Él levantó el libro de portada roja para que ella lo viera.

¿*La Flecha Negra*? la forma de una flecha negra estaba impresa en la portada del libro, como si hubiera sido lanzada por un arco imaginario para posarse sobre la cubierta.

Es un libro bastante nuevo. Zadie lo leyó hace un mes y pensó que podría gustarme.

¿De qué trata?

Oliver le frotó la mano con el pulgar mientras hablaba. Aquel roce tan íntimo la hizo

estremecerse.

Ocurre durante la Guerra de las Rosas, en la que el linaje Plantagenet de la realeza lucha contra los Tudor, quienes están usurpando el trono. Es la historia de un joven llamado Richard que rescata a su amada, se convierte en caballero y vengó el asesinato de su padre. Se une a una banda de forajidos llamada Flecha Negra.

Eso suena romántico suspiró. Como Robin Hood.

No hay nada mejor que una historia de forajidos que viven en lo más profundo de los bosques ingleses Oliver soltó una risita. ¿Te gustaría cambiar? ¿Al menos hasta que lleguemos a casa de Lord Fraser?

Le encantó la idea, porque le garantizaba tener que volver a verlo, y le entregó *Jane Eyre* mientras cogía su ejemplar de *La Flecha Negra*.

Durante las dos horas siguientes, Oliver y ella leyeron en silencio, lanzándose miradas cada pocas páginas. Él le acariciaba la mano con ligeros toques burlones, trazando líneas invisibles como si estuviera creando un mapa privado entre ellos. Ella se asomó un par de veces para ver qué parte estaba leyendo, pero cuando lo hizo esta vez, su falda se deslizó sobre la pierna izquierda de Oliver y sus rodillas se tocaron. Cuando su bota rozó la de él, estuvo a punto de apartarse de un tirón, pero cuando él se acercó, frotando su pie contra el suyo, pensó que podría desmayarse como una heroína gótica. Nunca en su vida se había desmayado y, sin embargo, aquí, en un vagón de tren, estaba teniendo problemas para respirar mientras la excitación se apoderaba de ella con cada roce, cada caricia juguetona de sus manos o sus pies. Cuando recuperó la concentración, se dio cuenta de que apenas había leído la última página en la que se había quedado.

Al cabo de un rato, su padre bostezó, dejó el periódico y se estiró. Rayne soltó con cuidado la mano de Oliver para evitar que su padre se diera cuenta.

Creo que voy a retirarme un rato a mi camarote le dijo a Rayne. Ha sido un placer conocerlo, Lord Conway. Por favor, acompáñenos a cenar esta noche en el vagón comedor.

Eso me gustaría, gracias respondió Oliver.

Ahora solos en el compartimento, una repentina tensión llenó la habitación. Ella se movió, inquieta, mientras intentaba concentrarse en el libro. Era bastante bueno, pero estaba demasiado distraída por estar a solas con Oliver.

Por primera vez, empezamos a comprender el juego salvaje que jugamos en la vida; empezamos a comprender que lo que se ha hecho una vez no se puede deshacer ni cambiar diciendo lo siento Oliver pronunció las palabras que ella había estado leyendo en la página.

Es un hermoso pasaje sobre el arrepentimiento cerró el libro y trató de no pensar en la advertencia que le transmitía.

¿Tienes algún arrepentimiento, Rayne? le preguntó mientras soltaba *Jane Eyre* y le cogía la barbilla para que lo mirara.

¿Arrepentimientos? dudó. Algunos.

Dime uno volvió a mirarla fijamente a los labios y ella sintió esa necesidad salvaje de la biblioteca surgir dentro de ella. La necesidad de conectar con él en todos los sentidos, como la luna que arrastra las mareas.

Dejarte marchar anoche sin...

¿Sin qué? preguntó, seduciéndola con su suave y profundo barítono.

Sin más de esto... se inclinó hacia él, lo besó, y luego se apartó, tímida y mortificada por su atrevimiento. Pero si no lo hubiera hecho, podría haber sentido que el mundo se congelaba bajo sus pies para siempre. Oliver se echó hacia atrás, con una mirada ilegible. Había sido un error

suponer que la locura que la invadía cada vez que él estaba cerca era compartida por él.

Lo siento susurró ella. No debería haber hecho eso.

Él se levantó y se volvió hacia la puerta del compartimento, y ella cerró los ojos, esperando escuchar el chasquido de la puerta cuando la abriera. En lugar de eso, escuchó un suave silbido. Abrió los ojos y vio que había bajado las persianas del compartimento, haciéndolo completamente privado. Luego se volvió hacia ella. Se miraron fijamente durante un largo rato.

Una persona debería hacer todo lo posible por vivir sin remordimientos dijo, dedicándole una sonrisa pícara que fue directo a su corazón.

Rayne se levantó, inclinándose hacia él. Estaba a escasos centímetros. Le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia sí. Atrapó su boca en un beso febril que hizo que sus sentidos dieran vueltas.

La besó como si fuera un hombre hambriento de vida y su beso lo fuera a sacar del borde de la muerte. Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa de placer mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos. La fuerza bruta de su atracción era asombrosa, pero no la cuestionó. Él era todo lo que quería, todo en lo que podía pensar en aquel momento. Oliver hizo girar sus cuerpos para aprisionarla contra la puerta cerrada del compartimento.

¿Puedo tocarte? le preguntó él antes de mordisquearle el suave lóbulo de la oreja.

Rayne soltó un pequeño gemido de intensa necesidad animal que la desgarró. Tenía que dejar que la tocara.

Sí. Dios, sí.

Apenas dejó de besarla cuando deslizó una mano entre sus cuerpos. Luego subió las voluminosas faldas de su vestido y deslizó la mano por debajo. Ella jadeó cuando acarició el interior de sus muslos, y gimió de sorpresa y placer cuando encontró su centro y pasó suavemente la punta de un dedo por sus pliegues húmedos.

Ahí... ¿Te gusta? le preguntó.

Inclinó la boca sobre la de él y le acarició la nuca con las uñas.

Más... le pidió. Siguió acariciándola y deslizó ese dedo en su interior, y ella casi saltó en sus brazos.

Tranquila, cariño se rio. Deja que te enseñe lo bien que puede sentirse. ¿Confías en mí?

Sí... confío.

Echó la cabeza hacia atrás mientras él metía y sacaba su dedo, despacio al principio, luego más deprisa. Usó el pulgar para rozar el pequeño capullo de excitación en su montículo. Todo pareció explotar a su alrededor. Podía sentir el mundo entero en ese instante. El estruendo del tren sobre las vías, el viento silbando contra las ventanas del compartimento. Inhaló el aroma de Oliver y sintió la sangre de sus venas se creciente en su interior.

Un ritmo frenético latía dentro de su pecho. Si le hubiera quedado aliento para gritar, lo habría hecho. Pero él volvió a besarla, su lengua se deslizó dentro de su boca y sus bocas se movieron, apareándose casi salvajemente mientras ella se dejaba llevar por la temblorosa perfección de aquel placer que él había creado en su interior. Retiró la mano y sus faldas de seda gris volvieron a caer sobre sus piernas. Contempló aturdida cómo él chupaba los jugos de sus dedos antes de volver a acercarse a su boca para darle otro beso.

Este era un hombre perverso, con un contacto perverso, y Rayne supo que se estaba perdiendo a sí misma ante aquel desconocido. Sus dientes rozaron su cuello por encima del escote de su vestido antes de volver a sus labios y rozar sus bocas. Finalmente, se apartó para poder mirarla.

Sus alientos se mezclaron en el íntimo espacio del compartimento del tren y Rayne supo que,

si la soltaba, tendría problemas para caminar con firmeza. La había debilitado por completo.

¿No tienes arrepentimientos? le preguntó él.

Miró directamente hacia sus ojos verdes y contestó sin dudar:

Ni una.

Bien le rozó la mejilla con el dorso de la mano.

Luces diferente a cómo lucías anoche observó Rayne.

Me siento diferente dijo. Gracias a ti.

¿De verdad? Yo...

Alguien llamó a la puerta del compartimento.

¿Señorita Egerton? la voz de Ellen los interrumpió.

¿Quién es? preguntó Oliver.

Mi dama de compañía casi lo dijo gruñendo.

Deberías ir con ella. No deberíamos quedarnos mucho tiempo aquí con las persianas abajo.

Yo iré primero. ¿Te veré esta noche para cenar?

No me lo perdería prometió.

Rayne se recobró la compostura y se pasó una mano por el cabello antes de salir del compartimento y entrar al pasillo.

Es hora de vestirse para la cena dijo Ellen. Su padre pensó que debía ir a buscarla.

Gracias, Ellen deseó que la mujer hubiera esperado unos minutos más, pero Oliver no iba a ir a ninguna parte. Al menos, todavía no. Estaban juntos en el tren y ambos se dirigían a Inverness.

Aún tenemos tiempo para descubrir lo que hay entre nosotros.

Oliver permaneció en el camarote unos minutos más, con el corazón acelerado. Se lamió los labios y sonrió. Aún podía saborear la dulzura de Rayne, y eso le produjo una sensación embriagadora. Everett se había burlado de él la noche anterior diciéndole que la atracción crecería a medida que la fortuna de la chica lo hiciera, pero estaba equivocado. Rayne era todo lo que Oliver había soñado tener en una esposa, y lo habría dejado todo por estar con ella. El que fuera una heredera fue simplemente suerte. Un destello de culpabilidad saltó en el fondo su cabeza por haber engañado a Rayne, pero tuvo que ignorarlo. Lo había deseado la noche anterior y se había mostrado tan interesada en como él en ella. Y habían sido unos completos desconocidos.

Era algo más que su belleza lo que le atraía de ella. Era real y tangible para él de una forma que otras jóvenes no parecían serlo. Presentaban una fachada de lo que *deberían* ser en lugar de ser simplemente quienes eran. Ella no tenía esas pretensiones. Era como si pudiera tocar su suave piel satinada y sentir sus sueños sólo con esa conexión.

Oliver sonrió mientras cogía su ejemplar de *La Flecha Negra* de donde ella lo había olvidado entre las páginas del periódico esparcidas por el asiento. Acarició el lomo del libro y en su mente revivió el dulce momento en el que la tuvo inmovilizada contra la puerta del compartimento. Estuvo a punto de derrumbarse cuando su rostro reveló la mirada íntima de una mujer en plena pasión. No había nada más hermoso que la forma en que sus pestañas se habían agitado o la forma en que un fuerte rubor había teñido sus mejillas. Se había preguntado entonces qué belleza habría en ver el resto de ella sonrojada de aquella manera cuando yaciera bajo él en una cama.

Se tomó un largo momento para dejar que su cuerpo se enfriara antes de coger su libro y regresar a su propio camarote en el vagón de los dormitorios. La cena era dentro de una hora y necesitaba tiempo para alistarse. Apenas había llegado a tiempo al tren. Había tardado más de lo que pensaba en cambiar su boleto, y luego había tenido que reunirse con los oficiales encargados del equipaje. Sólo tenía ropa para un par de días, pero le bastaría hasta llegar a Inverness.

Al llegar al camarote, escuchó voces femeninas procedentes de la puerta contigua y sonrió. Le había pagado a otro hombre en el andén casi el doble del precio del boleto para asegurarse de que su camarote estuviera junto al de Rayne.

Oliver entró en su camarote, sacó su maleta del armario y la dejó sobre la cama para buscar su ropa de noche. Su ayuda de cámara, Benjamin, lo alcanzaría en casa de Lord Fraser dentro de dos días, pero por suerte hoy no lo necesitaba. Se puso sus pantalones negros, de corte más estrecho que los habituales y acabados con una trenza negra en la costura. Luego se puso una chaqueta de salón que le caía hasta las caderas. Sería más adecuada para una cena en un tren que un frac y un abrigo. Sin duda, el señor Egerton luciría un esmoquin, el cual estaba de moda en

América en ese momento. Los británicos, sin embargo, eran reacios a adoptar ese estilo. Oliver sabía que su esmoquin sería un punto apropiado entre las dos tendencias de la moda.

Cepilló su abrigo con el cepillo para trajes y comprobó cuidadosamente su aspecto en el pequeño espejo. Sólo tenía un par de días para conseguir que Rayne se enamorara de él. Una mente más cínica o mercenaria podría centrarse en seducirla o intentar comprometerla para casarse con ella, pero esa no era su intención. Quería que lo amara para que, cuando le propusiera matrimonio, fuera feliz con él y no le guardara rencor por casarse por su fortuna. Si jugaba bien las cartas que le habían tocado, a Rayne no le importaría su falta de fortuna porque lo amaría y él se esforzaría por hacerla feliz. Aun así... no podía deshacerse de la pequeña nube oscura que se formaba en el fondo de su mente y que le susurraba que iba a hacerle daño cuando descubriera la verdad. Por eso tenía que hacer que se enamorara de él.

Aunque era demasiado pronto para que creyera que la amaba, ella lo había cautivado con su mente y su cuerpo, y realmente creía que su corazón pondría poca resistencia en los días venideros.

Abrió la puerta de su camarote y salió al pasillo. A través de las ventanas, vio que el sol se había ocultado tras las lejanas colinas, pero el tren continuaría su marcha durante la noche. Habían salido de Peterborough hacía una hora, y ahora el tren se dirigía hacia Doncaster y pasaría por York durante la noche.

¿Lord Conway? la voz lo paró en seco. Se giró y vio a una mujer vestida con un vestido de noche color malva. Miró fijamente a la mujer, con la preocupación revolviéndole el estómago ante esta complicación imprevista.

¿Ellen? ¿Qué haces aquí?

Ellen Moore lo miró confundida.

Acompaño a mi nuevo patrón a Escocia. ¿Y usted, milord?

¿Tu nuevo patrón? el pavor que se formaba en su estómago creció. ¿No estarás trabajando para los Egerton, ¿verdad?

Ella asintió.

Dios murmuró. Ven aquí señaló hacia su camarote.

Ellen se apresuró a seguirlo y él cerró la puerta. Luego se puso de frente a ella, una de las mujeres a las que había tenido que despedir en su propia casa sólo dos meses antes.

¿Cómo está la señorita Conway? preguntó esperanzada.

Está bien, pero te echa de menos.

Ellen había sido la dama de compañía de Zadie durante tres años, pero debido a su situación, Oliver se había visto obligado a prescindir de la mitad de su personal. Ahora Everett y él compartían un ayuda de cámara, y Zadie compartía una dama de compañía con su madre. Había hecho todo lo posible por proporcionar fondos suficientes para que todos los criados tuvieran una oportunidad de salir adelante hasta que encontraran un nuevo trabajo.

Gracias de nuevo por las referencias. Me ayudaron a obtener mi puesto dijo con una sonrisa triste. Los Egerton son personas encantadoras, especialmente la señorita Egerton.

Me alegra escucharlo vaciló. Ellen, debo rogarte una cuestión de discreción Respecto a la... situación de mi familia.

Ellen alzó las cejas, luego frunció el ceño.

Milord, nunca hablaría mal de usted, pero ¿por qué está tan preocupado?

Bueno, verás, estoy intentando cortejar a la señorita Egerton. Nos conocimos anoche, y estoy bastante impresionado con ella no diría que estaba cazando fortuna. Se negaba a llamarlo así.

Sin embargo, la perspicaz mirada de la criada le confirmó que ya había hecho la conexión.

Usted desea...

Casarme con la señorita Egerton.

Por su fortuna...

No del todo la interrumpió. Porque realmente me gusta. La conocí anoche antes de saber que era una heredera, y ahora, bueno, quizás el destino tenga una bondad planeada para mi familia después de todo.

Lord Conway, sabe cuánto afecto siento por su familia, pero seguro que hay otra manera.

No la hay. Fui a ver al banquero encargado de nuestros préstamos, y no pudo darnos más prórrogas. Estaba a punto de proponerle matrimonio a Lady Adelaide cuando conocí a su señorita Egerton.

Ellen hizo un gesto de horror.

Dios mío, ella no. Es la peor clase de criatura. Devastaría a la señorita Zadie.

Así es, pero es mi única otra opción. Por favor, Ellen, te lo ruego. Me encuentro ante una elección horrible: una transacción honesta con una mujer a la que no puedo amar, o una oportunidad de ser feliz que requiere que sea deshonesto durante un tiempo. No es un dilema que tome a la ligera. No deseo empezar un matrimonio así, me enfada siquiera pensar en hacerle daño a Rayne ocultando mi estado financiero.

Ellen se cruzó de brazos, mirándolo con una severidad totalmente inapropiada dada la posición de ambos, pero muy merecida dadas las circunstancias.

¿De verdad le gusta la señorita Egerton?

Así es prometió. Me hechizó anoche mucho antes de que supiera su nombre.

Entonces guardaré su secreto, milord, pero debe conquistarla usted solo. No tendrá mi ayuda, no porque no le desee lo mejor, sino porque ella merece un hombre que la valore como persona, no como una heredera. Ese es mi único consejo. Realmente gánese su corazón, milord. Se merece un matrimonio basado en la confianza y el amor, no debería tener que preocuparse de si se casó con ella por su persona o por su dinero.

Hasta ahora había conseguido evitar sentirse culpable por sus motivos para seducir a Rayne, pero Ellen le había recordado que lo que estaba haciendo era lo que hacían todos los cazafortunas. Pero a diferencia de esos individuos insensibles, él quería amar a Rayne, quería estar casado con ella no sólo por dinero. Seguro que eso importaba.

Siempre me habéis agradado usted y vuestra familia, milord, pero sé que la desesperación puede agriar hasta la fruta más dulce. Si llego a creer que sus intenciones son otras que las que dice, le diré la verdad a la señorita Egerton.

Eso es justo, y no esperaba menos de la mujer que alejó a mi querida hermana de más de un canalla en su momento abrió la puerta de su camarote y la dejó salir al pasillo, abriéndose paso un momento después.

Al entrar en el vagón comedor, su corazón se detuvo al ver a Rayne. Su belleza era embriagadora y sintió que podría emborracharse sólo con verla. Lucía exquisita con un vestido de noche de seda a cuadros azul y rosa. Las mangas de tres cuartos de color azul pálido hacían juego con el revés azul pálido que separaba el polsón de las faldas delanteras, decoradas con encaje de color crema pálido. Era la imagen de la perfección, tan deliciosa como un postre en el escaparate de una pastelería. Se dio la vuelta y la cola plisada se deslizó tras ella mientras se reía de algo que había dicho su padre.

No la había escuchado reír antes, y le gustó más de lo que podría explicar. Se balanceó mientras avanzaba por el vagón comedor del brazo de su padre y un dolor agri dulce se instaló en el pecho de Oliver.

Ellen los siguió y los tres se dirigieron a un grupo de mesas. Él se apresuró a alcanzarlos.

Oh, Lord Conway, parece que en el vagón comedor sólo quedan dos mesas, cada una para dos personas. ¿Supongo que no preferirá cenar con Rayne esta noche? Estoy seguro de que está bastante cansada de escucharme hablar y le encantaría tener un compañero de cena más joven y encantador.

Rayne soltó una risita.

Sabes que eso no es cierto, padre a Oliver no se le escapó la cariñosa mirada que le dirigió a su padre. Estaba claro que eran muy unidos, y eso le gustaba, aunque sabía que sería más difícil ganarse la confianza del hombre mayor.

Los ojos del señor Egerton centellearon.

Tal vez no, pero creo que te gustaría hablar con alguien nuevo. Estaría encantado de cenar con la señorita Moore.

Gracias, señor Egerton. Estaré encantado no podía creer su suerte. Su padre debía de haber intuido que había un gusto entre él Rayne y posiblemente lo aprobaba, al menos hasta el punto de darles tiempo para conversar durante la cena.

Oliver vio el par de mesas libres, que estaban una enfrente de la otra. Le ofreció su brazo y disfrutó del rubor de su rostro cuando ella deslizó la mano por su recodo y la condujo hasta su mesa. Retiró la silla para que ella se sentara y se sentó enfrente.

Luces magnífica le dijo en voz baja.

Bajó la mirada, claramente avergonzada.

Gracias. Normalmente no uso vestidos así, pero papá los encargó de París y, bueno, ha sido divertido llevarlos puestos.

¿Qué usas normalmente? preguntó.

Me encantan los vestidos bonitos, pero los que uso suelen ser un poco más prácticos reflexionó con una pequeña sonrisa, como si le divirtiera admitirlo. Trabajo en la oficina de mi padre algunos días a la semana, y así es más fácil.

¿Trabajas con tu padre? eso lo sorprendió, aunque no lo desaprobó.

Lo hago. La mayoría de los hombres lo encuentran poco atractivo, o al menos inapropiado lo dijo con un poco de frialdad, como si lo estuviera poniendo a prueba. Bueno, por suerte para ella, él creía que le gustaría su honesta opinión sobre el tema.

Lo encuentro muy atractivo. En mi opinión, la ociosidad es una tontería. Tanto los hombres como las mujeres son criaturas a las que les gusta estar ocupadas, ser útiles, ser innovadoras. ¿De qué servimos a nuestros semejantes si no aportamos nada? Sé que suena raro viniendo de un miembro de la nobleza, pero nunca he creído que debería sentarme y dejar que otros trabajen mientras yo no hago más que cosechar los beneficios.

Un camarero se acercó a su mesa y les sirvió una copa de vino a cada uno. Rayne cogió la suya.

¿Así que no te importa que una mujer trabaje?

Para nada prometió. Como hijo y hermano de dos damas muy inteligentes, impulsivas y apasionadas, sólo veo fuerza en las mujeres.

Rayne se relajó un poco, y él supo que había ganado una batalla importante esta noche.

Dime, ¿a qué tipo de trabajo te dedicas?

Ella se rio.

Mi padre me llama directora de oficina. Pero es más una mezcla de contabilidad, cobro de facturas y correspondencia con inversores y clientes.

Increíble lo dijo en serio. Esas cualidades la convertirían en una magistral señora de Astley

Court. Dirigir una finca requería habilidad, paciencia y determinación.

Me alegro de que pienses así admitió, y la timidez se reflejó de nuevo en sus ojos.

Como mi hermana me recuerda a menudo, no debería importar lo que piense un hombre.

Soltó una risita.

De todos modos, me alegro.

Rayne... pronunció su nombre suavemente. Teniendo en cuenta lo de anoche y lo de esta tarde, me siento cada vez más unido a ti. Podría... hizo una pausa, preguntándose si ahora era el momento adecuado para preguntar o si se estaba precipitando. Pero luego se armó de valor y continuó. ¿Podría cortejarte?

¿Cortejarme? susurró sorprendida.

Sí. Si no te interesa, lo entiendo, pero...

Sí lo interrumpió, lo que hizo que ambos se rieran ante su impaciencia.

¿Sí?

Ella asintió, con un rubor manchando sus mejillas, y luego tomó un gran sorbo de su vino.

Bien, entonces aprendamos más el uno del otro.

¿Cómo propones hacerlo?

Jugaremos a un juego de preguntas. Tú me haces una pregunta y yo te la hago a ti.

Ella le dio un sorbo a su vino, estudiándolo atentamente, y él se preguntó qué tipo de pregunta estaría preparando.

¿Cómo tomas el té? lo miró tan seriamente, que él quiso reírse de nuevo.

Una pregunta muy profunda. Un toque de nata, sin azúcar respondió. Mi turno. ¿Color favorito?

Verde.

Una elección sensata. ¿Algún tono en particular?

El color de tus ojos soltó abruptamente, y luego se tapó la boca.

Él no pudo evitar sonreír.

Hasta ayer me gustaba el rojo, pero ahora estoy hechizado por el color de *tus* ojos. Tienen un tono encantador, un azul gris diamante lo dijo en serio. Nada de lo que le dijera o le fuera a decir a ella sería falso. Necesitaba ganarse el corazón de Rayne y su mano, y no le mentiría para conseguirlo.

Anoche soñé con diamantes malditos dijo en un susurro escandalizado. Sus ojos, tan profundos y claros, estaban llenos de anhelo y deseo.

¿Eso es *todo* con lo que soñaste? dijo con un tono malicioso mientras el camarero colocaba delante de ellos los platos de codorniz y patatas.

Tal vez. Tal vez no respondió con una sonrisa pícaro. Casi se atragantó con el vino cuando ella le guiñó un ojo.

Creo que te adoro susurró, y ella se sonrojó.

Era una fascinante contradicción de una mujer. Claramente apasionada, pero tímida a la hora de expresarlo, excepto cuando no lo era. Dada la forma en que la sociedad trataba estas cosas, no podía culparla por ser incoherente en sus expresiones. Lo más probable es que fuera apasionada y franca por naturaleza, pero la sociedad no dejaba de insistir en que una mujer debía ser callada y sumisa. Él prefería lo primero en una mujer y no lo segundo.

No suelo ser tan atrevida, al menos en lo que se refiere al romance susurró. Ambos eran conscientes de lo cerca que estaban los demás comensales del vagón de primera clase y de que podían escuchar su conversación. Era frustrante y excitante al mismo tiempo.

Yo tampoco añadió. Al menos, no lo había sido en los últimos años. Había dejado atrás sus

días de picardía, pero esta mujer parecía sacar ese viejo demonio. Si no tenía cuidado, buscaría una invitación a su cabaña esta noche, y era demasiado pronto para eso.

Confieso que no parezco ser tan sensata a tu lado.

Yo también me siento un poco salvaje. ¿Quizás sea una señal de algo?

¿Quizás es simplemente lujuria a primera vista? preguntó, aun bajando la voz mientras comían el primer plato.

Lujuria, sí, pero también un deseo más profundo, espero se quedó callado un largo rato. Háblame de tu casa, de tu familia.

Los ojos de Rayne se oscurecieron hasta adquirir un color tormentoso que lo hizo pensar en la lluvia primaveral.

Mi madre falleció hace dos años. Mi padre estaba locamente enamorado de ella. Me involucré más en su empresa para ayudarle con su dolor.

Él sabía lo que significaba cuidar de un padre que había perdido a su cónyuge. Pero a diferencia de Rayne, él había tenido la suerte de compartir esa carga con sus hermanos.

¿Y quién te ayudó? Perder a un padre es un golpe muy duro para el corazón.

Nadie, en realidad. Soy lo bastante fuerte para soportarlo pero sus ojos dijeron otra cosa. Su mirada se volvió abatida, y sus ojos empezaron a brillar. Había asumido el dolor de su padre y lo había cargado con el suyo propio. Sólo eso ya le decía lo fuerte que era, y quería ser el hombre que la ayudara a llevar esas cargas de ahora en adelante.

Oliver estiró su brazo a través de la mesa para cogerla de la mano, olvidando que no estaban solos.

No hay nada malo en confiar en alguien cuando estás sufriendo.

Ella no apartó la mano; simplemente se encogió de hombros.

No hay nadie en quien confiar.

Le apretó la mano suavemente, esperando que ella pudiera escuchar su promesa silenciosa. *Lo habrá, si me dejas.*

Cuando el camarero trajo dos platos de manjar blanco para el postre, sus manos se separaron. El pudín blanco y lechoso había sido moldeado de una manera artística y estaba rodeado de fresas cortadas en finas rodajas. Oliver observó cómo Rayne hundía su tenedor de postre en el manjar blanco y probaba un bocado. Su rostro se iluminó con un placer resplandeciente que le robó el aliento.

Rayne, esto está muy bueno dijo el señor Egerton desde el otro lado del pasillo. Oliver volvió a ser consciente de que no estaban solos. Era tan fácil olvidarlo cuando estaba con ella.

Sí, está bueno respondió a su padre. Él asintió y volvió a su comida.

Háblame de tu hogar le preguntó Oliver, esperando que tuviera recuerdos felices que compartir.

Mi hogar es... Bueno, ya no es exactamente un lugar para mí. Los negocios de mi padre siempre nos mantuvieron en Nueva York, pero esa ciudad nunca se sintió como mi hogar. No tenía un lugar idílico que explorar de niña, ni cascadas encantadoras, ni viejos áticos polvorientos, ni un lugar al que llamar mío.

Nunca es tarde para encontrar un hogar imaginó que se enamoraría de un lugar como Astley Court y lo convertiría rápidamente en su hogar.

Sería lindo tener un lugar como el tuyo dijo ella, pareciendo leerle el pensamiento.

Tal vez puedes. Me encantaría invitaros a ti y a tu padre a quedaros con nosotros después de Navidad esperaba que se casara con él antes de esa fecha, pero no podía apostar por ello.

Me encantaría. Se lo preguntaré a mi padre esta noche.

¿Preguntarme qué? el señor Egerton y la señorita Moore habían terminado de cenar y se habían levantado de la mesa.

Lord Conway nos ha invitado a alojarnos en su casa, Astley Court, en Yorkshire, cuando terminemos nuestra visita a Lord Fraser.

Gracias por la invitación, Lord Conway. Estaríamos encantados de aceptar le ofreció una sonrisa, pero Oliver pudo ver que el hombre lo estaba evaluando. ¿Quizás había escuchado más de su conversación de lo que creía?

Damas, discúlpenme, voy a robarles a Lord Conway para tomar una copa de brandy.

Era como lo sospechaba. Era consciente del interés de Oliver por su hija, y ahora comenzaría el interrogatorio.

Oh... Rayne suspiró con evidente decepción.

¿Desayunamos mañana? se ofreció Oliver, y ella se animó de nuevo.

Sí, sería estupendo se levantó de la mesa, y ella y la señorita Moore se dirigieron en dirección al coche cama Pullman.

Por aquí, Lord Conway dijo Douglas Egerton.

Oliver sabía que ésta podría ser la batalla más dura por el corazón de Rayne. No deseaba perderla por la desaprobación de su padre. Lanzó una última mirada a la figura distante de Rayne, y eso le dio fuerzas para enfrentarse a su padre.

Debo ganarlos a ambos.

Oliver se sentó frente al señor Egerton al fondo del vagón comedor mientras un camarero les traía dos copas de brandy. Intentó mantener la calma, pero maldita sea, estaba un poco nervioso. El ambiente entre él y el padre de Rayne se había enfriado un poco, lo suficiente como para preocuparlo un poco por lo que estaba por venir.

Bueno, no soy de los que se andan con rodeos, esperando a ver qué se nos escapa. Vayamos al meollo de la cuestión. Usted está interesado en mi hija, Lord Conway no fue una pregunta.

Lo estoy, señor Egerton. Ella ha consentido mi cortejo.

¿Y qué hay de mí? ¿Le importa preguntarme si doy mi consentimiento? no estaba enfadado, pero había un brillo en los ojos del hombre que habría puesto nervioso a Oliver si hubiera sido un hombre más joven. Pero había demasiado en juego como para que tuviera miedo.

Tengo dos opiniones al respecto dijo con diplomacia, Rayne es una mujer dueña de su propia mente y sus propios deseos, y cree que no necesita la aprobación de ningún hombre para tomar decisiones en su vida. Lo respeto. Pero al mismo tiempo, busco su aprobación para mi noviazgo con ella. Respeto la necesidad de un padre de velar por los intereses de su hijo. Mi intención era acudir a usted si Rayne y yo decidíamos casarnos. Pero sólo hemos empezado nuestro cortejo, así que me pareció imprudente suponer que tal resultado estaba garantizado.

Douglas dio un sorbo a su brandy, permaneciendo en silencio el tiempo suficiente para que Oliver supusiera que el hombre seguía poniéndolo a prueba.

¿Cómo conoció a mi hija anoche? No la vi bailar con usted.

Un padre inteligente y observador. A Oliver ya le agradaba sólo por eso, aunque le hacía más difícil seducir a Rayne.

Ambos nos refugiamos del baile en la biblioteca de Lady Poole. Nos encontramos y conversamos durante un rato, pero no intercambiamos nombres. No pensé que volvería a verla, pero me causó una gran impresión.

¿La biblioteca? su mirada se suavizó. Las bibliotecas son lugares maravillosos, ¿verdad? Conocí a su madre en una biblioteca. A Jeanette nunca le gustaron las multitudes, y Rayne se parece un poco a su madre en ese aspecto.

Rayne dijo que ella falleció hace dos años. Mis condolencias por su pérdida.

La mirada de Douglas se volvió distante.

Gracias. Nadie prepara a un hombre para perder a una mujer que ama con todo su corazón. Sentí como si me arrancaran el corazón y lo arrojaran a un fuego voraz. Rayne es todo lo que me queda de ella.

Oliver lo miró y vio un destello de dolor.

Mi padre murió hace más de un año. A veces me preguntaba si volvería para acecharme.

Aquí en Inglaterra hay muchas historias de fantasmas, pero mi madre me contó algo que me tranquilizó. Dijo que el mundo tiene sus fantasmas, pero que no son los que imaginamos vagando entre las lápidas de los cementerios. Dijo que los espíritus de nuestros seres queridos nunca nos abandonan. Una vez que nace un alma, nunca puede perecer, sólo cambia de forma. Me dijo que los ojos de mi padre eran los míos, que su risa se puede escuchar en la voz de mi hermano y que su corazón honesto y cariñoso late en el pecho de mi hermana pequeña. Cuando mi madre nos mira, ve los pedazos separados de su marido, como si volviera a ser un solo ser.

El padre de Rayne esbozó una sonrisa agrisada.

Mi Jeanette está ciertamente dentro de Rayne. Para un hombre es difícil dejarla ir.

Sabía lo que quería decir. Sería difícil dejar marchar a Rayne porque se casaría con un hombre y viviría su propia vida lejos de su padre.

Si se casa con el hombre adecuado, no tiene por qué perderla nunca dijo, esperando que entendiera que sería un miembro bienvenido del a veces escandaloso clan Conway.

¿Y es usted ese hombre, Lord Conway? Si no lo es, entonces haría bien en dejar en paz a mi hija antes de que se encariñe demasiado.

El guante ha sido lanzado, pensó Oliver.

Me gustaría ser ese hombre. Como par del reino...

Los títulos significan poco para mí. Valoro las acciones de un hombre se bebió su brandy de un trago. Corteja a mi hija si quieres, pero si le rompes el corazón... le clavó una poderosa mirada. Sin embargo, la amenaza tácita le quedó muy clara.

Tendré en cuenta su advertencia, señor Egerton terminó su brandy. Ahora me retiraré.

Le dio las buenas noches a Douglas y regresó a su camarote. Miró hacia la puerta de al lado, pero no escuchó ningún ruido procedente del camarote de Rayne. Era difícil escuchar mucho dado el ruido del tren. Mientras se preparaba para acostarse, se puso su ropa de dormir de seda jacquard azul oscuro. Mientras se ceñía el cinto a la cintura, alguien llamó a su puerta.

Como el asistente de camarote aún no había pasado a comprobar el aceite de la lámpara, supuso que era él quien estaba allí. Abrió la puerta.

Qué bueno que vino, mi lámpara tiene poco... sus palabras cesaron cuando vio a Rayne en camisón con una bata negra y dorada por encima. La hacía lucir como una hermosa mariposa almirante roja con las mangas abullonadas cerca de los hombros. Llevaba el cabello amarrado sobre la nuca con una cinta negra y lo había colocado por encima de su hombro para que cayera en un espiral de ondas castañas.

¿Puedo entrar un momento? le preguntó.

Tenía la boca demasiado seca como para articular palabras mientras daba un paso atrás para dejarla entrar. Luego cerró la puerta. La mujer era demasiado encantadora como para mantener la cordura cuando estaba cerca.

¿Te ha visto alguien? preguntó él.

No, el camarero ha apagado todas las lámparas excepto las del pasillo entre los vagones. Esperé hasta que se fue.

Bien, no quisiera provocar ningún escándalo.

Rayne le dedicó una sonrisa pícaro.

Puede que el escándalo merezca la pena.

Oliver casi se echó a reír. Se suponía que él era el despiadado cazador de fortunas y, sin embargo, la pequeña heredera americana era la que se escabullía en su camarote vestida de forma tan tentadora. Sería tan fácil despojarla de su ropa y quitarle la vaporosa bata blanca que llevaba debajo. Y su cuerpo, con sus deliciosas curvas, borraría sin duda hasta el último resquicio de su

debilitado control.

Me doy cuenta de lo tonto que es esto dijo Rayne mientras cerraba su bata. Pero... no quería que se acabara la noche.

La dulzura de sus sentimientos le dejó atónito. Era increíblemente inocente, pero no ingenua. Ella lo había buscado porque sus corazones se llamaban. La necesidad de no separarse de él debía de ser abrumadora. Él también lo sintió, esa extraña y maravillosa atracción hacia ella como nunca había sentido por ninguna mujer en su vida.

Yo siento lo mismo, así que tal vez ambos seamos tontos señaló su cama. Ven y siéntate. Hablaremos.

Se sentó frente a ella en el pequeño sillón que había junto a la cama.

¿Cómo eras de niño? preguntó.

¿Yo?

Ella asintió, con los ojos llenos de emoción. Oliver no pudo resistir reírse mientras pensaba en su respuesta.

Problemático. Desde luego, problemático. Siempre me escapaba de casa para evitar la escuela. Una vez que Everett tuvo edad suficiente, nos escapábamos juntos al bosque para poner trampas a los conejos, o íbamos a pescar al río.

Rayne se echó a reír, claramente encantada con su afición a las travesuras. Eso le hizo sentir aún más curiosidad por ella.

¿Y cómo era la joven Rayne?

Miró hacia abajo a sus pantuflas de seda negras.

Problemática. Sin duda, problemática.

Oliver se rio.

¿Tú? ¿Problemática? No me lo imagino.

Deberías insistió con una sonrisa maliciosa. Yo también era bastante lista para escaparme de mi casa, sólo que yo bajaba a los establos y montaba en mi poni. De mayor, intenté ir a mi internado sin mis corsés. Puede que haya quemado uno o dos en señal de protesta.

¿Quemaste un corsé? ¿Por qué?

Porque es imposible respirar con ellos la mayor parte del tiempo. Te emocionas un poquito y ¡puf! hizo un gesto con las manos para mostrar que se desmayaba. Te desmayas enseguida. No me extraña que los hombres crean que somos tan delicadas. Si nos dejaran respirar normalmente, seríamos muy diferentes durante el día, te lo aseguro.

Seguro que no los llevas *todo* el tiempo. Sé que, durante los té de la tarde, las damas no llevan corsés; por eso a los hombres no se nos permite asistir a esos té sabía que las mujeres los llevaban la mayor parte del día, pero tenía curiosidad por ver qué decía.

No los llevamos siempre. No llevo puesto uno *ahora*.

Dios mío, mujer, ¿estás intentando matarme? estaba a segundos de armar el mismo escándalo que deseaba evitar.

Rayne se levantó de la cama, se acercó a él y se sentó en su regazo. Lo besó, con sus pequeñas y delicadas manos enmarcando su rostro. Él renunció entonces a luchar contra sus deseos. Nunca había sido un santo y no iba a convertirse en uno ahora.

Una pequeña parte de Rayne intentó advertirse a sí misma de que aquel comportamiento salvaje y temerario era una mala idea, pero el resto de ella estaba felizmente perdida besando a Oliver.

Cuando había abierto la puerta y lo había visto vestido con esos pantalones de dormir de seda y su chaqueta de salón, se había sentido sorprendida y excitada a la vez. Algo en Oliver con poca ropa lo hacía el doble de irresistible. Tal vez era que había desaparecido la fachada de caballero y en su lugar había un hombre de carne y hueso, un hombre de oscuros deseos carnales. Ése era el Oliver que quería ahora.

Él le cogió la cara mientras detenía sus agitados besos para mirarla. Ella intentó recuperar el aliento.

¿Estás bien? le preguntó mientras le acariciaba el labio inferior. ¿No te estoy asustando?

Ella negó con la cabeza y se lamió los labios.

Yo he venido le recordó. Lo rodeó con los brazos y jugó con los mechones de cabello en la parte baja de su cuello.

Lo sé, y por mucho que esté disfrutando de esto, amor, no quiero que pienses que tengo expectativas.

Pero tienes deseos, ¿o no? preguntó. Un repentino temor de ser la única que realmente se sentía así la hizo retroceder un poco.

Oh, los tengo. Grandes y *hambrientos* deseos sus ojos se volvieron oscuros, y ella vio lo que esperaba ver, que él apenas tenía control de sí mismo.

¿Podríamos... quedarnos juntos esta noche, sólo para dormir? No creo estar preparada aún para... era difícil explicar por qué, incluso a sí misma, pero quería recostarse a su lado esta noche y sentir el latido de su corazón contra su mejilla y escuchar el ritmo de su respiración. Su madre solía decir que las personas mostraban quiénes eran realmente cuando dormían. Si tenían el ceño fruncido, las preocupaciones los atormentaban; si sonreían levemente, sus sueños eran tan soleados como su carácter. Deseaba saber cómo era Oliver en su estado más vulnerable.

Gimió con aprobación ante su escandalosa petición y entrelazó los dedos en el cabello que le caía por los hombros.

Por supuesto.

Ella se inclinó para presionar su frente contra la de él.

Pero... primero me gustaría un poco más de esto... acercó su boca con la suya y se deleitó saboreando su risa antes de que él se apoderara de sus labios.

Oliver Conway era sin duda un maestro de los besos. Sabía cuándo frotar su lengua contra la de ella, cuándo profundizar el beso y cuándo hacer una pausa y dejarla recuperar el aliento. Mantenía toda su atención sólo con el poder de sus labios. No podía imaginar de lo que sería capaz si utilizara el resto de su cuerpo con ella.

Ella se estremeció de deseo y se acercó más. Era extraño y reconfortante sentir el traqueteo del tren en las vías bajo ellos. El sonido era hipnótico y la mantenía atrapada en aquel momento perfecto en el que ambos no tenían nada más que sus interminables besos. Cuando el tren se detuvo, miró confusa a su alrededor. Un silbido lejano resonó en la noche.

Doncaster murmuró Oliver antes de mordisquearle el lóbulo de la oreja, y su cuerpo volvió a quedar bajo su magnética esclavitud. Muy pronto el tren volvió a ponerse en marcha y ella supo que a continuación se dirigirían a York. York, donde vivía Oliver. Recordó su rostro cuando mencionó el tener que dejar atrás su hogar, y eso la entristeció. Su corazón dolió y su pena por él se vio reflejada en sus besos. Él pareció percibir sus emociones y tiró de ella para estrecharla, un abrazo que ahora era más reconfortante que sensual.

Cuando sus bocas se separaron, él respiró hondo y ella vio que su expresión sensual se desvaneció un poco.

¿Ya estás cansada? le preguntó.

No del todo... ¿Podemos jugar a las cartas y hablar? Si es que tienes.

Claro que tengo dejó que se deslizara fuera de su regazo y fue a coger una baraja de su maleta. Un caballero nunca sale de casa sin una baraja la miró con una sonrisa voraz. O un buen libro.

Es bastante agradable conocer a un hombre que lee. La mayoría de los caballeros que he conocido últimamente no parecen saber que los libros aún existen. Cuando hablamos, todo son carreras de caballos o mercados de valores.

Oliver sonrió, fue una expresión confiada y teñida de diversión.

Has estado conociendo a todos los hombres equivocados. Un buen hombre de Cambridge siempre lee. Son esos bastardos de Oxford los que no lo hacen.

No pudo evitar reírse. Había escuchado hablar más de una vez de la antigua rivalidad entre las dos elitistas universidades británicas.

Sacó las cartas de su caja y empezó a barajarlas en sus manos con la destreza de un hombre que conoce bien la baraja.

¿Sabes jugar al Bread and Honey? preguntó él.

Creo que sí. He jugado una o dos veces. Se reparten todas las cartas de una en una boca abajo. Y hay unas cartas llamadas blackbirds que determinan lo que cada uno de nosotros puede jugar tras la revelación de una carta de blackbird para que podamos ganar más cartas en nuestros respectivos montones...

Sí, exactamente. Gana quien se queda con más cartas.

Se sentaron en el suelo junto a la cama y Oliver repartió hábilmente las cartas entre los dos. Durante la hora siguiente, Rayne se rio mientras Oliver y ella jugaban. Hablaron de sí mismos, entre burlas por parte de él acerca de su espectacular habilidad para perder las partidas, y ella se aferró a los detalles de su vida, cómo había servido durante un tiempo a bordo de un barco de la marina cuando tenía veinte años.

Fue la única pelea de verdad que tuvimos mi padre y yo dijo Oliver mientras daba la vuelta a otra carta. En aquel momento pensé que intentaba controlarme, ya que yo era el hijo mayor y heredero, pero a medida que fui creciendo y haciéndome más sabio, me di cuenta de que tenía miedo de que me hirieran o me mataran.

Los padres pueden ser así. Quieren protegerte, pero no se dan cuenta de que necesitas vivir tu propia vida, cometer tus propios errores pensó en cómo su propio padre nunca intentó controlarla, pero había dejado claro que no la dejaría casarse con cualquiera.

Su herencia como hija única la colocaba en una clara posición para hacerse rica por encima de la mayoría de los hombres en América. Habían tenido muchas discusiones sobre los cazafortunas y el peligro de estar a solas con hombres. Rayne no era ingenua. Sabía que un hombre podía comprometer a una mujer e intentar forzar un matrimonio. Pero ella quería amor, quería encontrar a un hombre que la amara por quien era, aunque fuera tan pobre como un ratón de iglesia. Pero, ¿cómo encontrar a un hombre así?

¿Quizás en una biblioteca?

Por eso se había sentido tan atraída por Oliver. Él no había tenido ni idea de quién era y, sin embargo, le había gustado. Incluso ahora, parecía despreocupado por su riqueza, mientras que la mayoría de los caballeros la habrían presionado con preguntas sobre los negocios de su padre, que siempre llevaban a hablar de dinero. Sentía que también podía confiar en él, de una forma en la que no había podido confiar en ningún otro hombre, aparte de su padre.

Volvió a centrarse en el juego de cartas y maldijo cuando Oliver ganó la partida al girar su última carta y añadirla a su pila más grande.

¡Maldita sea! Rayne tiró las cartas que le quedaban. Tienes una ventaja injusta.

Supongo que sí. Llevo jugando a Bread and Honey desde que era niño.

¡Ves, ventaja! se burló y se recostó contra el borde de la cama. Bostezó, y entonces el calor subió por su cara por la vergüenza. Su madre solía recordarle que era de mala educación bostezar en presencia de otras personas.

¿Cansada? Su expresión fue amable, con una pizca de diversión, y su vergüenza se desvaneció.

Ahora sí había estado muy nerviosa al venir aquí esta noche, pero, como siempre, estar con Oliver era sumamente fácil.

En cierto modo, se sentía como si llevaran años juntos, jugando cartas hasta que oscurecía y susurrando sobre sus vidas mientras el aceite de la lámpara se consumía. Su corazón se estremeció con el deseo de que siempre fuera así, de tener a Oliver como marido y... de tener una vida junto a él.

Recogió las cartas y las devolvió a su maleta antes de apartar las sábanas de su estrecha cama como una silenciosa invitación.

Rayne se levantó, se quitó la bata negra y dorada y las pantuflas de satén antes de meterse en la cama. Oliver la observó durante un largo rato, dejando que la tensión aumentara de forma deliciosa, antes de quitarse su chaqueta de salón y dejar al descubierto su pecho desnudo. Se quedó aturdida al ver cómo la luz de la lámpara hacía que su piel luciera suave y dorada. Tenía una zona con pelo oscuro en la parte superior central del pecho y un rastro de vello oscuro que empezaba unos centímetros por debajo de su ombligo. Su mirada lo siguió hasta la cintura de su pantalón de dormir de satén. Tragó saliva cuando todo se volvió demasiado real. Estaba sola en el camarote de un hombre. Sola en su cama.

Oliver apagó la lámpara de aceite y la oscuridad los envolvió. Su corazón latió salvajemente contra sus costillas cuando él se le unió en la cama, pero se calmó cuando apretó su cuerpo contra el de ella y se relajó lentamente. El calor de su cuerpo desnudo la tranquilizó y apoyó la mejilla en su pecho. Los latidos de su corazón eran tan constantes que podría poner en hora un reloj de bolsillo.

Al cabo de un momento, él tocó su cabello, acariciándolo suavemente. Así supo que estaba perdida en él. Era una mezcla de dulzura y pasión feroz, y se preocupaba por su familia y su hogar. No tenía ningún problema con una mujer que trabajara que le gustara aprender sobre negocios. Era perfecto, *demasiado* perfecto.

Un repentino destello de duda se hizo presente. ¿Podría ser una actuación? ¿Era como los demás?

¿Aquellos hombres con trajes elegantes que llevaban flores y regalos a su puerta, todo en un intento de cortejarla, de quedarse con su fortuna y dejarla con el corazón roto? Si ese era el caso, entonces él era el más listo de todos hasta ahora, porque se estaba enamorando. Hasta ahora sólo había sido un caballero y había hecho todo lo posible para que no se viera comprometida. Cualquier otro cazafortunas habría tenido testigos preparados en la biblioteca o en el compartimento diurno para verlos besarse y exponerlos para intentar forzar un matrimonio, pero eso no había ocurrido con Oliver.

Él debe ser diferente. Debe serlo...

La mañana llegó con dulce y lenta consciencia. Rayne había olvidado en algún momento de la noche que había ido a la cabaña de Oliver y se había quedado allí en sus brazos. Al recordarlo, sintió su cuerpo acurrucado contra el de él y casi soltó una risita de placer por su propio comportamiento perverso. ¿Qué pensarían de ella esas aburridas señoras del Club Knickerbocker en Nueva York?

Oliver estaba recostado boca arriba, con un brazo cruzado detrás de su cabeza mientras dormía. Apoyó la barbilla en su pecho y lo estudió. Una barba nocturna sombreaba su mandíbula, haciéndolo tan humano, tan masculino y tan real en aquel momento. Levantó la mano y le pasó los dedos por la mandíbula, sintiendo el leve roce de la barba bajo su piel. El contacto fue tan íntimo, como algo que sólo una amante o una esposa podrían hacer. Sintió entonces el deseo de ser su amante, de ser su esposa. Aún se conocían muy poco, pero sabía más de él que muchas personas que se casaban.

Él se movió bajo sus caricias, giró la cara hacia su mano y le besó los dedos. Luego abrió los ojos, y su expresión soñolienta hacia ella fue increíblemente íntima.

¿Has dormido bien? murmuró.

Sí. ¿Y tú? susurró ella, aunque nadie pudiera escucharlos, dado el ruido del tren.

Maravillosamente colocó la mano que tenía libre en su espalda baja, bajo las mantas. La palma de su mano calentó su cuerpo, atravesando la fina tela de la bata que llevaba puesta. Le recordó la poca ropa que había entre ellos. Se recostó encima de él, abriendo un poco las piernas para poder apretar su cuerpo caliente contra las caderas de Oliver. Él siguió recostado debajo de ella, con un brazo apoyado detrás de su cabeza mientras la estudiaba.

Rayne le dio un beso en el pecho y le encantó sentir su cálida piel bajo sus labios mientras subía hasta su boca.

Lo que daría por tenerte debajo de mí susurró él entre sus besos. Su mano en la parte baja de su espalda se deslizó hasta su trasero, apretándolo de una forma que la inundó de un calor húmedo.

Ella le acarició la nariz y le robó un beso juguetón.

¿Por qué no lo haces?

Porque estoy *intentando* ser un caballero. Algo que usted está haciendo muy difícil, señorita Egerton pronunció su nombre formal con una densa capa de sensualidad. Sus ojos en esta luz eran de un verde oscuro que la hizo pensar en un bosque inglés en pleno verano.

Se rio de repente, lo que lo hizo reír a él también.

¿Qué? preguntó, con las dos manos posadas en su trasero de ella bajo las sábanas.

Estaba pensando en cómo serían las cosas en Nueva York si nos estuviéramos cortejando allí.

¿Ah, sí? acarició su trasero con los dedos, jugueteando con la fina tela del camisón que había entre su carne y sus manos.

Sí, todo el mundo en Nueva York es tan aburrido, las reglas de la sociedad tan rígidas.

¿Peor que aquí?

Escuchó una pizca de diversión en su pregunta.

Sí.

Oliver soltó una risita.

Me cuesta creerlo. ¿No se construyó América sobre las ideas de independencia y espíritus libres?

Oh, sí insistió ella. Pero hay una vena puritana bastante fuerte, al menos en el noreste, que tiende a controlar los modos de comportamiento. La mayor parte de la sociedad está dirigida por damas como la infame señora Astor, una de las mujeres más ricas e influyentes de América. Pertenecen a lo que mi padre dice que se llama el Club Knickerbocker. Son todas familias de dinero que se sienten a cargo de todo y de todos. Dictan quién puede asistir a los bailes cada año y cuándo hay que atender las visitas sociales. Las damas no tienen mayores aspiraciones que buscar un marido rico y poseer una casa de piedra rojiza en Washington Square o Gramercy Park y llenarla de una cantidad aceptable de hijos. Si pudieran verme ahora...

La señora Astor moriría de un infarto remató con una sonrisa voraz. He escuchado a mi madre hablar de ella. Hasta la sociedad neoyorquina llega a nuestros oídos ingleses. He escuchado que intenta controlar quién puede asistir a qué bailes.

Ciertamente lo hace. Pero siempre llega dinero nuevo a Nueva York, y ella no puede controlar las oleadas de los nuevos ricos volvió a ponerse seria mientras miraba a su tentador caballero inglés. Oliver... ¿Vamos demasiado rápido? Te juro que no soy una dama de virtud fácil, pero tú me pones hacer ser un poco salvaje.

Él le acarició la cara con una mano.

Sé que no lo eres, amor. Sea lo que sea que hay entre nosotros, nos domina a ambos. No diré que soy un santo, pero contigo lo he intentado.

No tienes que hacerlo dijo. Quiero que seas tú mismo.

Llevó la mano a su cuello y le rodeó la nuca con los dedos para acercar su cabeza.

¿Incluso si eso significa que soy *muy* perverso?

Sí, sé malvado para que yo no sienta que soy una tentadora murmuró contra sus labios antes de compartir un beso largo e increíblemente íntimo.

Muy bien, mi amor. Te lo advertí y esa fue la única advertencia que tuvo antes de que él envolviera su cuerpo bajo el suyo. Apartó las mantas de ellos y la besó hasta llegar a sus pechos. Rayne aún llevaba puesta la fina bata y él chupó un pezón rígido a través de la tela. La sensación del satén húmedo y sus labios hambrientos fue más erótica que cualquier otra cosa que hubiera experimentado en sus fantasías femeninas. Su mano acarició y amasó suavemente su otro pecho, pellizcando y rozando su pezón entre el pulgar y el índice. Sus pechos se sentían pesados y su cuerpo ardía de calor mientras él seguía jugando con ella. Luego bajó aún más por su cuerpo hasta arrodillarse entre sus piernas separadas y le subió el camisón.

Rayne se tensó, excitada y asustada a la vez por estar tan expuesta a él.

Tranquila, cariño la calmó. Sólo quiero probarte le acarició el interior de los muslos. Cierra los ojos. Concéntrate en el contacto de mis manos y mi boca.

Le besó el interior del muslo izquierdo hasta llegar a su centro, ahora húmedo. Ella casi gritó de sorpresa cuando pasó la lengua por sus sensibles pliegues. Se dejó llevar por las caricias de sus dedos y los lamidos de su lengua. Se sentía como si quisiera consumirla, *cada* parte de ella.

La exploró, la provocó y la dominó hasta que ella suplicó en frenéticos gemidos algo que necesitaba más que su propio aliento. A un audaz movimiento de su lengua se unió la inserción de dos dedos en su estrecho canal. La estiró, haciéndola arder lo suficiente para que jadeara. Luego deslizó esos dedos dentro de ella, aceleró el ritmo y ella mantuvo los ojos cerrados, sintiéndose salvaje y libre como nunca antes se había sentido. Entonces, lamió el capullo de su excitación y estalló de placer.

Incapaz de detenerse, se aferró a él, sus manos buscaron su cabeza y entrelazó sus dedos en los sedosos mechones de su oscuro cabello. Continuó lamiéndola y penetrándola con los dedos, provocando un segundo clímax más suave que le robó un gemido de placer exhausto.

Perverso... fue todo lo que pudo susurrar.

La risita de Oliver vino acompañada de más besos cuando volvió a deslizarse por su cuerpo y reclamó sus labios. Le mordisqueó el labio inferior con hambre antes de besarla con la boca abierta, un beso crudo y primitivo. También le pareció perverso, como si nadie debiera besar así, pero fue el mejor tipo de beso. La hizo sentirse hermosa, deseada. Sus bocas se encontraron una y otra vez de una forma húmeda y seductora que convirtió su placer en un bucle interminable durante horas. Pero la sensación del tren deteniéndose los sacó de las dulces secuelas de su pasión.

¿Hemos parado? Rayne aún tenía la cabeza confusa por el deseo mientras intentaba incorporarse.

Espera se levantó y se puso su bata. Salió al pasillo y volvió con el ceño fruncido.

¿Qué pasa?

Hemos parado en la estación Waverley de Edimburgo, en Princes Street.

Ella se incorporó y volvió a poner su camión por debajo de sus rodillas.

¿Es ahí donde deberíamos estar?

Sí, pero he visto al inspector de boletos en el andén, discutiendo algo con el jefe de estación.

¿Por qué no te vistes? Yo haré lo mismo y veremos qué ha pasado.

Rayne sintió una punzada de inquietud en su interior.

¿Crees que ha pasado algo?

Sí, pero no estoy seguro de qué.

Se levantó de la cama, se volvió a poner su bata y sacó la llave de su camarote de su bolsillo. Metió los pies en las pantuflas y se dirigió a la puerta, pero Oliver la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí para darle otro beso abrasador.

Gracias por dejarme saborearte rozó su nariz con la suya antes de presionar su frente contra la suya y abrazarla un momento más antes de soltarla. Sintiendo muy vulnerable, ella lo retuvo. Esperaba que él no pensara que era una mujer empalagosa, pero nunca se había entregado así a un hombre, y eso la hacía sentir especial.

Espero que él sienta lo mismo.

Luego se apresuró a volver a su camarote. Entró para lavarse los dientes y la cara. Un minuto después, Ellen llamó a su puerta.

¿Señorita Egerton?

Pasa, Ellen la llamó.

Su dama de compañía entró y empezó a preparar un vestido para el día.

¿Tuvo una buena velada anoche? preguntó.

Sí intentó no pensar en lo que Oliver y ella habían hecho, no fuera a ser que se ruborizara. ¿Y tú?

Oh, sí sonrió. Me puse al día con mi lectura.

Ellen la ayudó a ponerse un vestido de día de satén violeta. El corpiño, las mangas y la enagua de raso blanco estaban bordados con motivos de palmitos que parecían plumas de pavo real, hechos enteramente de hilo de plata. Las mangas eran largas y el escote cuadrado y bajo, lo que no le daría ni demasiado frío ni demasiado calor. Ellen le colocó un pequeño medallón de oro alrededor del cuello, uno que había pertenecido a la madre de Rayne.

Una vez vestidas, ella y Ellen salieron al pasillo. A través de las ventanas, pudo distinguir la silueta de Oliver junto a la de su padre. Ambos hablaban con el jefe de estación.

Es apuesto, ¿verdad? dijo Ellen a su lado.

¿Quién?

Lord Conway se rio.

Es bastante atractivo, ¿verdad? apretó la palma de la mano contra el cristal de la ventana para contemplarlo. Llevaba puestos pantalones marrón oscuro y su abrigo de lana azul marino forrado de piel mientras escuchaba al jefe de estación. Había dejado su sombrero de copa en el tren y se pasó despreocupadamente una mano por el cabello. Se sonrojó al recordar lo que había sentido al aferrarse a su cabello mientras su boca creaba un placer divino en su interior.

¿Es cierto que quiere cortejarla?

Sí, ¿cómo lo has sabido? miró a su criada, un poco sorprendida.

Su padre me lo mencionó.

Oh se relajó. Sí, estoy de acuerdo en que lo haga hizo una pausa, con los ojos fijos en Oliver. ¿Te parece muy tonto de mi parte? ¿Estar tan ansiosa por él que parece que no puedo pensar en otra cosa?

Ellen le sonrió.

En absoluto. Siempre que el caballero la trate bien y sea digno de usted. ¿Lo es?

Creo que Lord Conway lo es. Cuando estoy con él, me siento extraordinaria, como si todo fuera posible.

Parece que está enamorada de él. Pero si me permite el atrevimiento, a veces es fácil dejar que las emociones nos lleven más lejos de lo que pretendemos. ¿Podría ser ese el caso ahora? ¿O cree que se está enamorando?

Rayne se mordió el labio inferior.

No creo en el amor a primera vista, ni creo que pueda amar a un hombre tan pronto, pero hay algo ahí... pensó en cuando él le había hablado de su casa y su familia y en cómo había parecido tan comprensivo con su necesidad de independencia. Era difícil no amar a un hombre así.

Bueno, mientras no pierda la cabeza, yo diría que se debes a sí misma descubrir la naturaleza de sus sentimientos por él. Sólo tenga cuidado, señorita.

Oliver y su padre estrecharon la mano del jefe de estación antes de regresar al tren. Oliver subió primero.

Parece que las vías de camino a Inverness están cubiertas de nieve. Los ferroviarios están excavando, pero tardarán un día más. Nos quedaremos en Edimburgo esta noche.

Oh cielos. ¿Podremos viajar mañana por la mañana? preguntó Rayne.

Sí, si todo va bien Oliver miró a su padre. He hablado con el señor Egerton, y ambos hemos decidido que es menos cómodo quedarse en el tren esta noche. Le he recomendado un hotel en la base del castillo de Edimburgo. Ahora mismo nos están llevando allí el equipaje, y los cuatro tomaremos un carruaje hasta el hotel.

Prepararé su maleta, señorita Egerton dijo Ellen y volvió a entrar en el camarote de Rayne.

Adelántate con Lord Conway, Rayne. Me reuniré contigo afuera con Ellen en breve su padre regresó a su camarote, dejándola sola con Oliver.

Ella estrechó su brazo mientras salían a la plataforma. La pálida luz del sol invernal entraba por la ornamentada cúpula de cristal de la estación de Waverley e iluminaba la sala de reservas con diferentes toques de color. Rayne se maravilló ante su diseño único. Era más bonita que cualquiera de las estaciones que habían visto hasta entonces.

¿Dónde nos alojaremos? le preguntó a Oliver mientras salían de la estación para tomar un coche de caballos.

En un lugar llamado the Witchery by the Castle.

¿The Witchery? el nombre evocaba imágenes vívidas de mujeres inclinadas sobre calderos humeantes.

Se construyó cerca del lugar donde las brujas condenadas murieron quemadas en Castle Hill. El hotel está situado en lo que ahora se llama Boswell Court.

¿Las brujas solían vivir cerca? ¿O simplemente estaban prisioneras en the Witchery?

Cielos, no soltó una carcajada, y Rayne se debatió entre reír con él o darle un codazo en las costillas.

The Witchery era antiguamente la casa de un mercader en 1595. Luego se convirtió en una sala de comités para miembros de la Iglesia de Escocia, y más tarde en una rectoría. Dejaron de quemar brujas hacia 1720, y el hotel se construyó como recuerdo de las vidas inocentes perdidas. Se lo sugerí a tu padre porque tiene una cocina maravillosa y un ambiente jacobino melancólico, que no hay que perderse cuando se está aquí en Escocia.

¿Jacobino? el término me sonaba familiar.

Los jacobitas eran rebeldes escoceses que se resistieron al dominio inglés. Verás preciosos tapices llenos de historia escocesa colgados allí.

Su padre y Ellen pronto se reunieron con ellos, y Oliver le hizo señas a un carruaje. Rayne ocupó un asiento desde el que podía correr las cortinas y contemplar la antigua ciudad de Edimburgo. La ciudad era preciosa, con viejos edificios de arenisca y pequeños pasadizos estrechos entre ellos, que Oliver explicó que se llamaban quintas.

¿Cómo sabes tanto de Escocia?

Mi bisabuelo y sus amigos venían aquí a menudo. Tengo parientes en el sur de Escocia, en Castle Kincaid, y he pasado muchas Navidades viajando al norte desde Yorkshire.

Rayne se apoyó en su brazo.

Suena encantador.

Él sonrió, con una expresión infantil tan diferente del Oliver seductor con el que se había acostado en la cama aquella mañana, pero adoraba ambas versiones de él.

Lo era. Mis primos solían construir fuertes de nieve y luchábamos durante horas hasta que caíamos rendidos en la nieve.

La envidia punzó el corazón de Rayne.

Lo admito, estoy celosa de ti. No tengo hermanos. Sí tengo primos, que Dios me ayude sonrió al pensar en los líos en los que se meterían los chicos del tío Gerard.

Supongo que no son divertidos.

Lo son, pero son mayores y todos varones. A mí me dejaban fuera de casi todo, incluidas las peleas de bolas de nieve.

Qué decepción. Nosotros te habríamos dejado jugar de todas formas sus ojos brillaron con picardía.

Es una pena que ahora seamos demasiado mayores para peleas de bolas de nieve.

Tonterías. Nunca se es demasiado mayor. ¿Qué te parece esta promesa? ¿Una batalla en casa de Lord Fraser?

Oh, ¿podríamos? casi olvidó que los dos no estaban solos en el carruaje. Miró a través de los asientos para ver a su padre y a Ellen mirándolos, su padre con una expresión ilegible y Ellen con una de ligera preocupación.

Su padre carraspeó y Rayne soltó el brazo de Oliver y se apartó unos centímetros de él. Su padre gruñó en señal de aprobación.

Bueno, Lord Conway, ya que está tan familiarizado con Edimburgo, ¿qué hay que hacer mientras pasamos el día aquí? la mirada de su padre estaba fija en ambos. Rayne intentó no pensar en lo cerca que los estaba observando.

Sugiero que demos una vuelta por el castillo de la colina. Estaremos cerca de él cuando lleguemos a the Witchery.

Un castillo, ¿eh? su padre se acarició el bigote. Supongo que aún no hemos recorrido muchos de esos.

Padre, a ti te gusta toda la historia inglesa y escocesa le recordó Rayne. Leíste un juego de cuatro volúmenes de historia británica antes de irnos.

Los ojos de Douglas centellearon.

Así es, así es. Muy bien, señorita Moore, ¿podríamos convencerla de que nos acompañe a visitar el castillo?

Ellen se sonrojó y miró hacia Rayne.

Si le apetece.

Nos encantaría que nos acompañaras le aseguró Rayne.

Desde el momento en que habían contratado a Ellen, Rayne había insistido en convertirla más en una acompañante a sueldo que en una criada. Ellen se había resistido al principio, pero Rayne la había convencido para que adoptara un papel más activo mientras trabajara para ellos. Esto significaba que había cenado con ellos y asistido a óperas y ballets. Sólo en determinadas funciones sociales, como los bailes, no lograban traspasar las barreras sociales y permitir que Ellen se uniera a ellos.

Cuando el carruaje se detuvo en la calle empedrada de Castle Hill, Oliver saltó del carruaje y se dispuso a coger a Rayne por la cintura para ayudarla a bajar. Ella contuvo la respiración cuando él la acercó para susurrarle:

Te juro que eliges la ropa para volverme loco su mirada recorrió el cuerpo de Rayne, centrándose durante un largo rato en el escote cuadrado.

¿No te gusta? preguntó, buscando un cumplido.

Sabes que sí le guiñó un ojo mientras la dejaba en la acera, fuera del camino de la calle cubierta de barro y nieve. Luego ayudó a la señorita Moore a bajar y Douglas lo siguió.

Entraron en el hotel, donde unos jóvenes elegantemente vestidos los saludaron antes de salir a recoger su equipaje del carruaje. Oliver y Douglas se dirigieron a la recepción y recogieron las llaves de sus habitaciones.

¿Nos reunimos aquí dentro de media hora? sugirió Douglas.

Todos estuvieron de acuerdo y subieron las escaleras hasta sus habitaciones. Rayne estaba al final del pasillo, y la habitación de Oliver estaba al lado de la suya. Sus miradas se cruzaron cuando introdujeron sus ornamentadas llaves de latón en las cerraduras de sus puertas y las giraron al mismo tiempo. Los labios de Oliver se curvaron en una sonrisa lenta y dulce, pero también sensual, antes de desaparecer dentro de su habitación.

Cuando ella entró en la suya, se quedó boquiabierta. La habitación era nada menos que palaciega. El empapelado de damasco rojo y los muebles de madera de caoba oscura hicieron que la habitación pareciera al instante cálida y seductora.

Las lámparas de aceite junto a la cama y el fuego en la chimenea hacían aún más acogedor el alojamiento. La cama, alta y con dosel, tenía cortinas de brocado dorado corridas contra los postes, sujetas por cuerdas doradas con largas borlas. Una colcha de terciopelo rojo cubría la gran cama. El cuerpo de Rayne se calentó al pensar en ella y en Oliver compartiendo la cama.

¿Era tan atrevida como para invitarlo a pasar la noche aquí? Sí, lo era. Sonrió, sintiéndose un poco tonta al enfrentarse al hecho de que no tenía remedio cuando se trataba de Oliver. Él la volvía salvaje, irresponsable y desesperada por cosas que una mujer soltera no debería tener ni idea que existieran.

Pero, ¿qué importaba? Ahora estaban cortejándose y, si era sincera, quería que le propusiera matrimonio, cuanto antes mejor. Lo que sentía por él no era simple lujuria. Había emociones más suaves, más profundas, más puras en su corazón. No se atrevía a llamarlo amor todavía, pero tal vez lo era. Ellen tenía razón en que debía descubrir cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia Oliver.

Su madre y su padre se habían enamorado enseguida y se habían casado al cabo de un mes. Ninguno de los dos había dudado del otro ni de su rápido matrimonio. Eso le dio esperanzas de que ellos pudieran compartir la misma suerte.

Se quitó el sombrero y los guantes y se sentó en el borde de la cama. Observó los alrededores de la habitación. De repente, una parte de la pared empezó a moverse y ella casi gritó. Entonces, la visión del rostro de Oliver asomándose por el borde de la puerta la hizo soltar una carcajada.

Cogió la almohada más cercana y se la tiró a la cabeza.

¡Me has asustado!

Él cerró la puerta lo suficiente para protegerse del proyectil y, cuando estuvo seguro de que ella no lanzaría otro, entró en la habitación.

¿Sabías que la puerta estaba ahí? preguntó mientras él cerraba la puerta tras de sí. Apenas podía ver la línea en la pared, se había sellado a la perfección.

Puede que lo supiera cuando tu padre y yo pedimos las habitaciones admitió con una risita diabólica. Luego caminó en su dirección, y Rayne soltó un grito de risa cuando intentó abalanzarse sobre ella en la cama. Se puso sobre sus manos y rodillas y se arrastró lejos de él.

¿Cómo diablos puedes moverte tan rápido con tanta ropa? le preguntó mientras rodeaba la cama y la cogía por la cintura, tirando de ella hacia sus brazos.

Práctica le sonrió mientras se abalanzaba sobre ella y la besaba hasta dejarla sin aliento. Luego simplemente la estrechó entre sus brazos y sus labios rozaron la coronilla de su cabello.

Quizá podamos saltarnos la visita al castillo murmuró.

Por mucho que me encantaría, seguro que mi padre notaría nuestra ausencia.

Oliver soltó una risita.

Eso significa que debo casarme contigo cuanto antes para poder llevarte a la cama cuando queramos sin temor a provocar la ira paterna.

Ella lo miró, con la esperanza surgiendo en su interior. Pero, ¿y si sólo estaba bromeando?

Oliver... empezó, sin tener la menor idea de lo que quería decir.

Demasiado pronto, supongo sonrió con pesar. Te mereces una propuesta fastuosa en la cima de alguna montaña majestuosa, o en medio de un salón de baile resplandeciente...

Oliver dijo, interrumpiéndolo, por favor, no te burles de mí con esas cosas, no cuando yo...

Él le cogió la barbilla.

¿Cuando tú qué?

Apartó la mirada, queriendo ocultar desesperadamente su vergüenza.

Dime, amor.

Se acercó más a él, preguntándose si se apartaría si le decía la verdad.

Cuando lo desee hizo una pausa. Eso, y la verdad. Una dama no debería decirle eso a un hombre, pero yo lo siento así, y sólo quiero que haya honestidad entre nosotros. Sólo hace dos días que nos conocemos y ya me siento un poco enamorada de ti. Espero que esto lleve a más *mucho más*, pensó.

Oliver guardó silencio durante un largo rato y, cuando Rayne por fin volvió la cara hacia él, su mirada era suave y de un color verde que le recordó a la hierba recién cortada en el césped de una hermosa finca. La hizo pensar en las fiestas veraniegas en el jardín, donde las damas vestían vestidos blancos de encaje y Rayne jugaba al tenis con sus primos y disfrutaba del resplandor del sol.

No estaba bromeando, Rayne dijo. Desde el momento en que nos conocimos, te he deseado *completamente*. Tengo en mente el matrimonio, y mientras te guste, seguiré cortejándote con ese fin, mi amor.

¿Hasta el matrimonio? ¿Y si decides que soy demasiado fastidiosa o aburrida o...?

La silenció con otro beso que la dejó ardiendo de la mejor manera.

De algún modo, no creo que eso sea posible jugó con un mechón de cabello que le caía sobre el hombro. Ella era demasiado consciente de que estaban muy cerca, y estaba atrapada contra la alta cama.

Me tientas, mi amor. Me tientas mucho le advirtió, y luego dio un paso atrás. Pero, por desgracia, tu padre vendrá a buscarnos si no nos reunimos con él abajo.

Necesito un momento. Nos vemos en el pasillo.

Oliver le robó un último beso delicado y la dejó sola.

Rayne se llevó las manos a su cara sonrojada y sonrió... sonrió como una tonta enamorada.

Oliver se deleitó enseñándole a Rayne el castillo de Edimburgo. Una espesa niebla cubría los terrenos nevados y, en más de una ocasión, había tenido la suerte de poder llevársela a un rincón, sin que ni su padre ni la señorita Moore los vieran, para darle un beso rápido y apasionado en más de una ocasión. Se había convertido en un juego para ellos, ver cuántas veces podía arrinconar a su pequeña americana antes de que tuvieran que reaparecer y actuar como si nada escandaloso hubiera ocurrido.

No podía apartar las manos de ella. Era adictiva. Su sonrisa, su risa, la forma en que se concentraba tan intensamente en aprender la historia de este lugar... todo eso le fascinaba. Aunque su fortuna le había permitido la posibilidad de perseguirla, esa fortuna no influía en lo que él sentía. Si fuera él quien tuviera la fortuna y ella no tuviera un céntimo, la habría elegido como esposa sin pensárselo dos veces. No quería pensar en cómo habría sido su vida si nunca la hubiera conocido en el baile de Lady Poole. Era esclavo de sus circunstancias, pero la buena fortuna le había deparado a Rayne como posible pareja, y la deseaba desesperadamente.

Su familia la adoraría. Zadie ya se llevaba muy bien con ella, y su madre admiraría su inteligencia y dulzura. Everett apreciaría su ingenio y jovialidad. ¿Y Oliver? Amaba todo de ella.

Soy un hombre bendecido.

La siguió a ella y a Ellen hasta una tienda de ropa en Royal Mile, donde se vendían artículos confeccionados. Las dos damas se reunieron alrededor de un estante de bufandas de lana de tartán en una variedad de coloridos cuadros escoceses.

Oliver, ven a probarte una bufanda. Lucirías muy elegante cogió una bufanda de la estantería y se volvió hacia él.

Se unió a ellas renuientemente. No podía comprar nada. Ya había gastado demasiado en su habitación de hotel, pero había necesitado impresionar a Rayne y a su padre. Si sospechaban que era un desahuciado, podría perder a Rayne para siempre. Y no podía soportar eso, porque, como ella, se estaba enamorando. No había otra forma de describirlo. Siempre que estaba cerca de ella, era como si estuviera cayendo en órbita alrededor de una estrella brillante y hermosa.

Sin embargo, la engaño con cada aliento. El oscuro pensamiento invadió su felicidad.

Rayne rodeó su cuello con una bufanda de cuadros rojos y verdes y lo miró de manera crítica.

Ellen, ¿no crees que esto resalta sus ojos?

Desde luego que sí, señorita Egerton respondió, pero lanzó una mirada preocupada a Oliver. Él intentó quitarse la bufanda, pero Rayne lo reprendió y la mantuvo alrededor de su cuello.

La compraré para ti.

Rayne, no debes... protestó él.

Por Navidad replicó en un tono que no admitía discusión.

Rayne, *no*. No necesito regalos la cogió de la muñeca, odiando la expresión de dolor que vio en sus ojos. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Cuando ella se enterara de su situación económica, no quería que recordara este momento y lo viera como si él la hubiera utilizado. No quería su fortuna para él. Su familia y su hogar la necesitaban, pero él no. Podía seguir vistiendo ropa vieja y no renovar su membresía del club e incluso seguir compartiendo el ayuda de cámara con su hermano si eso significaba mantener a Rayne en su vida.

Ella volvió a doblar la bufanda y la dejó sobre la encimera. Se apartó bruscamente de él. Esto iba mal. Empezó a acercarse a ella, pero se llevó la mano al costado. ¿Qué podía decir para corregir su estupidez? Miró a Ellen, quien lo miraba con el ceño fruncido, no en señal de desaprobación, sino de decepción.

Sólo quería decir... No quiero que pienses... pero no encontró la forma de terminar su pensamiento de una manera que funcionara. Salió de la tienda y se quedó en la intemperie junto a Douglas, quien admiraba las calles de Edimburgo.

¿Todo bien? preguntó Douglas.

Sí, por supuesto. Simplemente tenía que excusarme antes de que Rayne me comprara media tienda. Creo que quiere verme con falda escocesa no estaba dispuesto a admitir que había disgustado a Rayne.

Douglas se rio.

Eso sí suena a Rayne, siempre un poco romántica.

No tiene nada de malo. Simplemente hace demasiado frío para que un hombre lleve una falda escocesa con toda esta nieve observó a Rayne y a Ellen pasar por la tienda desde su posición ventajosa en la calle, desde donde él y Douglas podían mirar a través de los escaparates.

Cuando las damas salieron de la tienda, la sonrisa de Rayne parecía haber desaparecido. Pasaron el resto del día recorriendo museos y galerías cerca de Royal Mile, que conducía desde el castillo colina abajo. Ella parecía estar de mejor humor para cuando cenaron. Douglas era un hombre de gustos, y le dijo a Oliver que deseaba probar la cocina de Escocia, por lo que se dieron un festín de sabrosos pasteles de carne y bebieron whisky en un pequeño y acogedor restaurante. Estaba situado frente al cementerio Greyfriars Kirkyard, que no era tan macabro como cabría pensar. Fue un alivio ver cómo recuperaba su sonrisa natural mientras les explicaba a todos la historia de Edimburgo durante la cena.

A medida que caía la tarde, pudo ver que las damas estaban cansadas de caminar. No podía imaginarlas cargando con sus faldas todo el día para mantenerlas alejadas de los charcos nevados de las calles y las aceras sin quedar exhaustas.

¿Deberíamos terminar por hoy? ya que mañana por la mañana tendremos que estar listos en la estación planteó Douglas cuando los cuatro entraron en el vestíbulo del hotel.

Sí suspiró Rayne. Me duelen mucho los pies, padre. Lo único que quiero es meterme en la cama y dormir arrugó la nariz mientras se quitaba los guantes y el dolman de terciopelo rojo. Oliver quería cogerla en brazos y llevarla a la bañera más cercana, desnudarla y darse un baño caliente con ella. Pero sabía que seguía enfadada y tenía que explicárselo, al menos lo suficiente como para decirle por qué no podía gastar dinero en él.

Volvió a su habitación y se quitó los guantes y el abrigo antes de abrir la puerta que comunicaba sus habitaciones. La encontró sentada sola ante el tocador de palisandro, mirándose en el espejo con una expresión perdida. Las lágrimas cubrían sus mejillas y su piel húmeda brillaba a la luz de las velas.

Rayne, mi amor ella se tensó al escuchar sus palabras y sus ojos buscaron los de él en el reflejo. Se secó las lágrimas y lo miró a la cara, con la misma falsa alegría que lo hizo doler.

Lo siento, estaba soñando despierta se concentró en alisarse el vestido, sin mirarle. Oliver se acercó, se arrodilló a sus pies y estrechó sus manos entre las suyas, calmando ese frenético movimiento nervioso de sus dedos sobre el satén.

Quiero disculparme por lo de hoy. Pero no puedo dejar que me compres cosas.

¿Por qué no? ¿Es alguna tonta costumbre inglesa que desconozco? trató de sonar como si no le importara, pero no pudo ocultar el dolor en su tono.

No tomó aire. Mi familia no es tan rica como la tuya. Vivimos de forma más frugal, y no quiero que pienses nunca que quiero que tengas que comprarme cosas. Ya odio no poder hacerlo por ti, por mucho que me gustaría.

Oliver... le soltó las manos y le cogió la cara. Lo siento, no lo sabía dijo, y para su sorpresa, se inclinó para besarlo. No fue la reacción que él había esperado.

Me daba vergüenza decírtelo. Significas mucho para mí, y temía que pensaras mal de mí porque no puedo comprarte lujosos regalos del mismo modo.

Se bajó de la silla y se puso de rodillas frente a él.

No necesito regalos lujosos. Sólo te necesito a ti.

Puso las manos en sus mejillas de la misma forma que ella lo hizo con él.

Espero que eso nunca cambie.

No lo hará juró.

Dios, quería creer eso. Pero una cosa era admitir que no era rico y otra muy distinta que estaba desahuciado.

Oliver, quédate conmigo esta noche se levantó y tiró de él. La mujer era un tentador manojito de dulzura y satén.

Si eso es lo que deseas atrapó sus labios con los suyos, deseando gruñir de deseo embriagante al ver cómo se derretía entre sus brazos.

Sí, y quiero *más*.

Él deslizó las manos por su espalda.

¿Más?

Mucho más lo miró con esos ojos suaves. Lo quiero todo.

Entonces déjame dártelo.

Oliver la besó profundamente, una sensual promesa perdurando entre ellos. Rayne se estremeció. Lo deseaba, lo *necesitaba* esta noche. Y él había prometido estar con ella. Su cabeza se sintió un poco mareada y soltó una risita. Fue como la primera vez que, a los dieciséis años, cogió una de las botellas de jerez de su padre y probó demasiado.

Mientras seguían besándose, Oliver empezó a desabrocharle los cordones de la espalda. Cuando el vestido se aflojó, ella se lo quitó y se bajó de la cama para colocarse frente a él. Luego, con un latido nervioso en su corazón, le dio la espalda para que pudiera desatarle el corsé. En cuanto empezó a soltar los cordones, sintió que podía respirar por primera vez en mucho tiempo. El corsé de varilla cayó al suelo y ella se volvió para mirarlo justo cuando él empezaba a quitarle la fina camisola que llevaba puesta.

Ahora estaba desnuda ante él, excepto por las medias y las botas. Su mirada recorrió su cuerpo y ella sintió una oleada de calor en lo más profundo de su vientre. La estrechó contra él y sus pechos desnudos rozaron su chaleco de satén.

No hay nada más excitante que tener a una hermosa mujer desnuda entre mis brazos le besó

el lóbulo de la oreja de un modo que la hizo estremecerse. Luego se arrodilló y empezó a bajarle las medias y a desabrocharle las botas. Para cuando estuvo completamente desnuda ante él, había calmado sus nervios temblorosos con besos y caricias. Era un experto en esto. Sabía exactamente qué hacer con las mujeres.

Oliver, ¿con cuántas otras has estado? fue más una cuestión de curiosidad que de celos. No había manera de que pudiera ser tan versado en la seducción sin práctica.

Oliver le cogió la barbilla y le puso la mano que tenía libre en la parte baja de la espalda.

Ha habido unas cuantas, pero siento que tú eres la que he estado esperando toda mi vida sus labios marcaron un camino desde su cuello hasta sus hombros, y sus palabras envolvieron su corazón en suave terciopelo. Se puso de puntillas para devolverle el beso y tiró de los botones de su chaleco. Dejó que lo desnudara, que explorara su cuerpo, y todo el tiempo la acarició, la tocó y dejó besos ardientes en su piel.

Rayne nunca había tocado a un hombre así. Subió las palmas de sus manos por su pecho e inclinó la cabeza para pasarle la lengua por un pezón. Sonrió complacida al ver cómo él gemía y la abrazaba para alentarla.

Voy a hacerte el amor esta noche juró mientras se desabrochaba los pantalones y los dejaba caer al suelo.

Será mejor que lo hagas se acercó a él, deslizándolo una mano desde sus abdominales hasta su dura erección. Lo acarició con fuerza mientras él inclinaba la cabeza hacia la suya para besarla. Luego enroscó los dedos alrededor de su muñeca y retiró suavemente la mano de su pene.

Pero si me tocas así, mi amor, me temo que no duraré.

Oh... ella se sonrojó y luego chilló de sorpresa cuando la levantó y la puso sobre la cama. Cayó de espaldas mientras él trepaba por su cuerpo y la aprisionaba bajo él.

Separó las piernas, aunque le dio un poco de miedo dejar que su enorme cuerpo se acomodara entre ellas. A pesar de su tamaño comparado con el de Rayne, no la aplastó cuando se recostó encima de ella.

Tócame ahora, de la manera que deseas dijo Oliver. Inclinó la cabeza hacia su cuello y besó un punto que la hizo retorcerse bajo él.

Oh, Oliver... arqueó la espalda y se apretó contra él. Su miembro rozó su entrada, pero aún estaba demasiado nerviosa para dejarlo entrar.

Él no la apresuró. Simplemente la besó, y pronto ella se relajó bajo su tierna seducción. Antes de que pudiera siquiera pensarlo, inclinó las caderas hacia arriba al mismo tiempo que él se dirigió hacia ella y la penetró. Se sintió natural, bien, y luego gimió al sentir un dolor punzante en lo más profundo de su ser.

La boca de Oliver siguió obrando su magia de medianoche en ella y el dolor se desvaneció en la memoria. Su suave aliento le acarició la cara mientras se retiraba, dejando tras de sí un profundo deseo de más. Luego volvió a penetrarla y compartieron un momento de profundo placer. Ella no quería que su cuerpo abandonara el suyo nunca. Su conexión se sentía casi mística. Sus paredes internas se estrecharon a su alrededor mientras él entraba y salía, despacio al principio y luego más deprisa, hasta que ella apenas podía recuperar el aliento y su corazón galopaba a toda velocidad. Oliver continuó aprisionándola mientras la hacía suya. Ella lo acogió, se aferró a él y disfrutó de la salvaje pasión, sabiendo que él también le pertenecía en ese momento.

Oliver, te... te amo pronunció las palabras y no pudo retractarse. Los ojos de Oliver se abrieron de par en par y volvió a introducirse en ella. Las estrellas estallaron ante sus ojos. Él maldijo y susurró su nombre, su cuerpo se puso rígido mientras se vaciaba dentro de ella. Ella se

relajó bajo él, saciada de un modo que desafiaba toda razón. Cuando volvió a hablar, sus palabras la dejaron atónita.

Cásate conmigo, Rayne.

Sus dedos se clavaron ligeramente en sus hombros mientras se aferraba a él.

¿Lo dices en serio?

Tú me amas, y yo siento lo mismo. ¿Por qué deberíamos esperar? sus ojos aún estaban ensombrecidos por la pasión, pero ella percibió sinceridad en su voz.

¡Entonces, sí! la alegría revoloteó en su interior y lo besó. Un beso que hablaba de la emoción y el tierno anhelo que habían brotado en su interior.

Me has hecho el hombre más feliz le besó la punta de la nariz. Quédate aquí un minuto.

Se apartó de su cuerpo y ella echó de menos su calor al instante. Entró en su cuarto de baño y ella escuchó el sonido de los grifos abriéndose. Luego regresó, la levantó en brazos y la llevó al cuarto de baño, donde la dejó junto a la enorme bañera de patas de garra. Probó el agua y, cuando estuvo lo bastante caliente, se metió dentro y le indicó que se uniera a él. Se estremeció un poco, pues aún le dolía la parte inferior del cuerpo después de hacer el amor, y él la acunó contra su pecho mientras el agua tibia caía sobre ellos. Rayne cerró los ojos y se dejó llevar por la sensación de pura felicidad.

No te he hecho daño, ¿verdad? preguntó Oliver. Nunca había estado con una mujer virgen.

Me dolió sólo un momento, y luego hiciste que se sintiera de maravilla cogió una de sus manos, la llevó hasta sus labios y besó sus largos y elegantes dedos.

Lo digo en serio, Rayne: quiero que te cases conmigo. Pero no quiero que respondas cuando estés abrumada por la pasión. Piénsalo le pasó una mano por el vientre y le acarició su montículo bajo el agua. Gimió cuando él deslizó un dedo en su canal aún adolorido.

Sí. Te deseo, Oliver sí, estaba abrumada por la pasión, pero conocía su propia mente y su corazón.

Dímelo otra vez por la mañana. No me enfadaré si necesitas tiempo.

Oliver, sólo nos conocemos desde hace un par de días, y sin embargo siento como si te hubiera amado toda mi vida. No necesitaré tiempo.

Yo siento lo mismo le besó la mejilla y la rodeó con sus brazos. Ella no pudo evitar pensar que todo era perfecto. Iba a tener un matrimonio como el de sus padres, uno lleno de amor.

Oliver llevó a Rayne de vuelta a la cama. Se había quedado dormida en la bañera con él. Ahora yacía desnuda en sus brazos, en su cama, y le rozó la mejilla con el dorso de sus dedos, observándola dormir antes de bajar la intensidad de las lámparas de aceite.

Pero no podía conciliar el sueño. Se le escapaba mientras su mente se llenaba de preocupaciones. Mañana tendría que hablar con Douglas y obtener su bendición. Y tendría que encontrar la manera de asegurarse de que Rayne aprobara que su dote se utilizara de una vez para su familia y su hogar. Pensar en ello le dio dolor de cabeza. No quería pensar ni preocuparse por el dinero con Rayne. Quería casarse con ella, declararle su afecto y llevársela a Astley Court, donde podría darle un hogar y una familia.

Pero, ¿y qué si todo salía mal? ¿Y qué si, cuando supiera la verdad, lo considerara un cazafortunas desalmado? Este y otros pensamientos lo atormentaron mucho después de que el fuego se extinguiera y el amanecer apareciera en el horizonte.

Rayne se enamoró de las Tierras Altas escocesas al descender del tren esa tarde y pisar la ciudad de Inverness. El viaje en tren de Edimburgo a Inverness había durado cinco horas, pero había disfrutado cada minuto. El campo estaba definido por altas cumbres, brezales y serenos lagos -o lochs, como los llamaban los lugareños- que se extendían por el paisaje. La nieve cubría la mitad de los campos y coronaba las altas colinas. El tren los había llevado a través de pueblos que tenían nombres tan encantadores como Boat of Garten y Feshiebridge. Oliver le había contado que a estas alturas del norte de Escocia había un montón de pueblecitos metidos en una jungla de pinos y brezos donde los inviernos amargos y los veranos calurosos se repartían el año.

Rayne se encontraba ahora en High Street, en Inverness, con un viento frío que acariciaba sus pesadas faldas de terciopelo rojo mientras contemplaba la ciudad. Oliver se le unió mientras observaba la imponente construcción del castillo de Inverness. Era una voluminosa obra de piedra. Una estatua de una hermosa joven se encontraba en la explanada. El rostro de la mujer parecía ansioso mientras miraba hacia el suroeste.

¿Qué está mirando? preguntó Rayne, acercándose a ella.

La isla de Skye. Esa es Flora MacDonald.

¿Quién es?

Oliver le rodeó la cintura con un brazo.

Una mujer muy valiente. Ayudó a Bonnie Prince Charlie a huir del campo de batalla de Culloden y navegar hasta la isla de Skye.

Rayne se quedó mirando a la mujer de piedra, preguntándose cómo se habría sentido al ayudar al hombre que casi había gobernado Escocia, pero que en lugar de eso había huido para salvar su vida.

¿Qué fue de ella?

Fue arrestada después de que Charles escapara. Fue una causa solidaria para muchos en Inglaterra y finalmente fue liberada de la Torre de Londres. Se casó con un capitán del ejército británico y vivió en la isla de Skye durante un tiempo.

Rayne miró una vez más las torrecillas señoriales del castillo de Inverness y sus muros de arenisca rosada.

¿Estamos muy lejos de Culloden?

No muy lejos, en realidad dijo. Es un viejo páramo, un lugar tranquilo. Lo visité de niño con mi padre. Juro que podía sentir los espíritus de la gente del clan que había caído ese día. Sus gritos de angustia parecían salir del inquietante terreno y me costaba respirar. No me sentí orgulloso de ser inglés aquel día, te lo aseguro. Ver el solitario lugar donde el modo de vida de

las Tierras Altas se perdió para siempre es suficiente para romper el corazón de cualquier hombre hizo una pausa, contemplando silenciosamente antes de continuar. Aunque me gusta venir aquí cuando puedo. Las Highlands tienen una paz silenciosa y natural. Me recuerda a Yorkshire.

Rayne rodeó su brazo con el suyo mientras se daban la vuelta y se dirigían al carruaje que los esperaba. Su padre les hizo un gesto con la mano mientras cruzaban la ajetreada calle y se unió a ellos en el carruaje.

El trayecto hasta la casa de Lord Fraser no duró mucho y, sin embargo, su inminente llegada despertó en Rayne una nueva emoción. Oliver le había dicho que pensaba pedir la bendición de su padre una vez que se hubieran instalado.

La casa solariega de Lord Fraser estaba ubicada en un viejo bosque. A Rayne le pareció un lugar en el que uno encontraría a un dios del bosque dormido acechando en el corazón de uno de sus enormes árboles. Tal vez era una idea fantasiosa, pero le gustaba la sensación mágica de los bosques escoceses.

La casa de Lord Fraser era una encantadora mansión de la época georgiana que parecía haber sido moldeada a partir de un castillo medieval. Cuando el carruaje se detuvo, un lacayo vestido con la librea del conde de Fraser salió a recibirlos. Rayne y Ellen fueron conducidas a sus habitaciones, y Rayne se cambió su húmeda ropa de viaje por un agradable vestido de día de brocado de faya azul adornado con encaje color crema. Era un vestido más delicado, más apropiado para llevar dentro de casa. El azul y el dorado del brocado la hacían sentir cálida, como si el verano estuviera encima de ella. Al salir de su habitación, se encontró en el pasillo con un hombre alto y apuesto de unos cuarenta años.

¿Señorita Egerton? preguntó con acento escocés.

¿Sí?

Soy Lord Fraser. Siento no haber podido recibirlos a usted y a su padre cuando llegaron. Estaba atendiendo unos asuntos se inclinó sobre su mano y besó ligeramente sus nudillos. Ella admiró su cabello castaño oscuro, cortado un poco demasiado largo para estar a la moda, y el brillo color avellana de picardía en sus ojos. Era soltero, según todos los cotilleos de Londres, pero muy solicitado. Había escuchado rumores de que la mujer a la que Fraser había amado se había casado con otro, y él había jurado no volver a amar. Era una lástima que un hombre tan encantador no quisiera saber nada más del amor.

Es un placer conocerlo, Lord Fraser. No puedo decirle lo honrados que estamos de estar aquí para las fiestas.

Lord Fraser sonrió y le ofreció su brazo.

Permítame llevarla abajo habló de su casa y de su vasta historia, de cómo su familia había ayudado a esconder al Príncipe Carlos una noche. Levantó la barbilla con orgullo mientras hablaba. Cuando llegaron a la sala de estar, donde algunos de los otros invitados pasaban la tarde, Rayne estaba de muy buen ánimo.

Hasta que vio a Adelaide Berwick.

En el momento en que los ojos de Adelaide se cruzaron con los suyos, toda su alegría y el entusiasmo se evaporaron. El rostro de Adelaide estaba marcado con un evidente disgusto, como si ella también estuviera sorprendida por la aparición de Rayne.

Echó un vistazo a la docena de invitados y su corazón se hundió aún más. Zadie aún no había llegado, pero entonces recordó que Oliver había dicho que se retrasarían unos días. ¿Qué haría sin una amiga que la ayudara a mitigar el escozor de cualquier cosa cruel que Adelaide le tuviera preparada? Había lidiado con ella en el baile de Lady Poole, pero no le había gustado ser tan dura con otra mujer. No estaba en su naturaleza ser mezquina, ni siquiera con alguien como Adelaide.

Ahora más que nunca, deseaba que su madre estuviera viva para aconsejarla sobre cómo manejar esta situación. No veía a su padre por ninguna parte y no tenía ni idea de adónde había ido. No conocía a nadie más en la sala, excepto a Lord Fraser, quien ahora conversaba con sus otros invitados. Incluso Oliver estaba ausente. Sintióse incómoda y sola, cogió un libro de la mesa más cercana y se sentó junto a la ventana. No leyó, sino que observó los reflejos de las personas de la sala como débiles espectros en el cristal.

Adelaide y su madre hablaban, con las cabezas juntas mientras susurraban. Rayne intentó no moverse inquieta en su silla, pero era difícil ignorarlas. Estaba casi segura de que estaban hablando de ella. Cuando ya no pudo más, se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero Adelaide se interpuso entre ella y la salida.

He escuchado que has llegado aquí con Lord Conway su tono fue demasiado dulce para ser genuino.

Sí. Tuvimos el placer de contar con su compañía. ¿Lo conoces? estaba orgullosa de sí misma por sonar cortés. No era fácil. Esta mujer parecía sacar lo peor de ella.

¿Conocer? sonrió. Oh, sí, bastante. Su finca linda con la mía. Hemos sido amigos desde niños. Su padre y el mío eran viejos amigos. Nos hace ilusión unir pronto a nuestras familias.

Tardó un momento en entender lo que quería decir.

¿Te vas a casar con Everett?

Adelaide rio, el sonido fue tan agudo como un cristal roto.

¿Everett? Cielos, no. No, *Oliver* y yo hemos estado comprometidos desde hace años. Ya tengo edad suficiente para que mi padre me deje casarme. Deseaba que esperara hasta que tuviera veinte.

Tú y... el nombre de Oliver se hizo ceniza en su lengua. El terror se instaló en su pecho como una nube oscura que sofocaba toda luz y vida.

Sí, claro se encogió de hombros como si lo que había dicho fuera completamente obvio. Después de todo, necesita elegir bien con quién se casará, ya que su familia está en una situación tan desesperada.

Una *situación desesperada*... Las palabras resonaron en la mente de Rayne. Oliver había dicho que vivían frugalmente, pero eso no era lo mismo que una situación desesperada.

Rayne intentó comprender lo que ella decía. Adelaide la miró con astucia, como si supiera que había encontrado su punto débil.

No se va a casar por amor, sólo por dinero. Y yo lo quiero, así que mi padre está más que encantado de pagarle la dote que necesite jugó con el lazo de encaje de su muñeca izquierda mientras sonreía con demasiada dulzura. Dicen que su familia perderá Astley Court en un mes si no se casa pronto.

Sintió como si Adelaide la hubiera empujado a una tumba recién cavada y ahora estuviera echando tierra sobre ella.

Estás demasiado pálida. Quizá deberías descansar hasta la cena le dio una palmada a la mejilla de Rayne con condescendencia. Apartó la mano de un manotazo y retrocedió tambaleándose, casi tropezando con la cola de su vestido en su prisa por escapar del contacto venenoso de esta vil mujer.

Huyó del salón, con la esperanza de escapar de las miradas de los demás invitados. Pero al llegar a la entrada, se quedó helada al ver a Oliver en el vestíbulo saludando a Zadie, a un hombre que se parecía demasiado a Oliver para no ser su hermano y a una encantadora mujer mayor. ¿Su familia había llegado pronto? Hace unos minutos se habría alegrado muchísimo, pero ahora le parecía estar escuchando el tictac de un viejo reloj de pie que anunciaba su perdición ya

que tendría que enfrentarse a la familia de un hombre con el que ya no podía casarse.

¡Rayne! Ven a conocer a mi familia Oliver le sonrió, esa sonrisa cálida y acogedora en la que tanto deseaba confiar. Ahora, una parte de ella quería quitarle esa sonrisa de la cara.

Dos días, sólo hace dos días que lo conoces. ¿Cómo pudiste ser tan tonta como para enamorarte de un cazafortunas?

Entonces se dio cuenta de que el amor no llegaba rápido, sólo la lujuria. Había confundido las dos cosas tontamente y había caído en su juego. Oliver quería su dinero, no a ella. Debió descubrir que ella era un premio mayor que Adelaide.

Rayne se acercó a ella y le cogió las manos. ¿Te encuentras bien? Luces pálida.

Yo... no se atrevió a hacerle saber que le había arrancado el corazón del pecho.

Ven a conocer a mi familia.

Todo en su interior le gritó que huyera. Pero estaba atrapada. Zadie y los demás se acercaron a ella.

¡Rayne! ¡Qué alegría volver a verte! Zadie la abrazó y Rayne le devolvió el abrazo, pero no sintió nada. ¿Había sido ella quien le dijo a Oliver que era rica? ¿Había estado recorriendo los bailes de Londres en busca de alguien exactamente como ella? Una docena de preguntas flotaron sobre negras alas de desesperación, pero no las formuló. No quería saber las respuestas.

Ella es mi madre, Margaret, y mi hermano, Everett Oliver sonrió a su familia. Rayne deseó con todo su corazón poder haber tenido este momento de verdad, sin mentiras, sin secretos.

Es maravilloso conocerla, señorita Egerton. Oliver nos estaba hablando de usted dijo Margaret.

¿En serio? preguntó débilmente.

Oh, sí. La ha estado elogiando Everett le sonrió y Rayne intentó sonreír, pero ya era demasiado tarde.

Encantada de conocerlos, pero tengo que subir a descansar. Me siento un poco débil.

Por favor, déjame ayudarte Oliver se acercó, pero ella retrocedió.

No, por favor, ocúpate de tu familia subió corriendo las escaleras, dejándolo atrás. Cuando llegó a su habitación, tenía la vista nublada por las lágrimas. ¿Qué iba a hacer? No podía casarse con él ahora, no podía. No cuando él se había convertido en lo que ella siempre había temido.

Ahora todo estaba tan claro. Oliver la había buscado en el tren. ¿Por qué otra razón habría viajado solo mientras su familia llegaba más tarde? Y Zadie sabía que era rica, mucho más rica que Adelaide. Y él ya la había estado elogiando, según Everett, pero ellos acababan de llegar. Todas las temidas piezas de un espantoso rompecabezas encajaron en su lugar. Todo había sido planeado. La había cazado con la astucia del más talentoso cazador de fortunas.

Debería partir hoy. Abordar el tren y regresar a Londres con Ellen.

Las mujeres viajaban solas en tren todo el tiempo. Podía esperar en Londres a que su padre terminara sus negocios con Lord Fraser y regresar. Sería descortés abandonar la fiesta de la casa, pero no podía quedarse aquí, no con ese hombre quedándose aquí.

Oliver miró hacia las escaleras en dirección a donde se había ido Rayne, y no le gustó el repentino nudo de temor que se formó en su interior. No había estado tan contenta como de costumbre. No es que no esperara que ella, como todo el mundo, tuviera un momento malo. Pero lo que había visto en su rostro... había sido dolor de otro tipo. Lo había mirado con una agonía que él no podía imaginar haber causado. ¿Qué podía haber pasado en la hora que la había dejado

sola mientras se instalaba y programaba una reunión con Lord Fraser?

¿Está bien? preguntó su madre. Estaba muy pálida.

Sí, creo que sí respondió, pero las palabras tuvieron el persistente sabor amargo de una mentira. Algo terrible había sucedido, pero no estaba seguro de qué. Su madre lo observó con ojos ansiosos.

Sé que te sientes presionado, pero dos días es poco tiempo, Oliver. No deberías precipitarte, no si ella te importa tanto como dices.

La amo, madre. Sé que suena ingenuo decirlo tan pronto, pero la amo. La amo de una manera que nunca pensé que amaría a ninguna mujer. Es inteligente, apasionada y dulce pero era más que eso. Rayne hacía que la vida pareciera llena de infinitas emociones. Había una constancia en ella, una sensación de que podría pasar su vida con ella y que incluso los momentos suaves y tranquilos tendrían su propia emoción íntima.

Si tú la amas, sé que nosotros también lo haremos su madre lo abrazó antes de mirar a Zadie y Everett. Vamos a instalarnos. Nos reuniremos aquí antes de cenar.

Oliver los vio marcharse y luego revisó su reloj de bolsillo. Debía reunirse con Lord Fraser en breve, pero antes tenía que encontrar al padre de Rayne y pedirle su bendición.

¿Oliver? una voz femenina lo detuvo justo cuando llegó a la parte baja de la escalera.

Se dio la vuelta.

Adelaide se dio la vuelta para irse, pero ella volvió a hablar.

Oliver... lo sé.

Ese nudo de temor en su interior no hizo más que crecer.

¿Saber qué?

Sobre la desafortunada situación de tu familia sus ojos parecían inocentes, pero él vio un leve atisbo de cruel victoria rondándolos.

Se acercó a ella, tratando de refrenar su temperamento.

¿Y cómo lo sabes?

Porque mi padre es amigo del señor Kelly de Drummonds. Él sabía que nuestros padres siempre esperaron que fuéramos pareja. Bueno... sonrió de manera encantadora. Estoy dispuesta a aceptar su propuesta.

El frío triunfo en su mirada le revolvió el estómago. Por eso la había evitado, por eso había huido a la biblioteca de Lady Poole, desesperado por evitar este momento, por evitar convertirse en su peón.

Adelaide, lo siento. Ya me he declarado a otra, y ella ha aceptado.

La sonrisa desapareció de su rostro.

Es esa americana, ¿verdad? Temía que tuvieras un escarceo con ella, pero pensé que quizá tenías más sentido común. La crianza es al menos tan importante como el dinero, después de todo habló más para sí misma, pero luego su mirada volvió a centrarse en él. Menos mal que le advertí sobre ti. Ella no tenía ni idea de que eras un cazafortunas. Afortunadamente, parece que la salvé de ese destino.

Una oleada de pánico hizo que la sangre de Oliver palpitara dentro de su cabeza. Casi se tambaleó por el mareo.

¿Que hiciste *qué*?

Le dije la verdad. Que necesitas dinero. Que necesitas una heredera. No necesitas amor, pero sí cuentas bancarias llenas sonrió con satisfacción. Creo que la muy tonta creyó que estaba enamorada de ti su tono se volvió acusador. Qué cruel de tu parte engañarla así. Al menos yo entiendo cómo funcionan estas cosas. Ella es una extraña en estos lugares, y bastante vulnerable

a alguien como tú.

Lo es, y estoy enamorado de ella quería coger a Adelaida y sacudirla.

Un destello de asombro apareció en su rostro ante la mención de su amor por Rayne, pero se disipó demasiado rápido.

No puedes estarlo. En nuestro mundo no hay lugar para el amor, sólo para la obligación. Sabías que ella tenía más dinero que mi familia, así que no puedo culpar tu elección, pero honestamente. ¿Amor? No puedes amar a una extraña en sólo dos días. Algunas personas no pueden enamorarse ni siquiera después de toda una vida.

No es una extraña para mí. Ya no se pasó una mano por el cabello. Adelaide, ¿cómo pudiste hacerme esto?

¿Cómo *pude*? espetó. Se suponía que eras mío, Oliver. Desde el momento en que nací, mi padre y el tuyo esperaban que nos casáramos. ¿Y me dejas de lado por una americana sin pedigrí?

Oliver miró horrorizado a Adelaide.

¿Quieres saber por qué no te propondría matrimonio? Porque eres egoísta y rencorosa. Rayne es todo lo que tú no eres, y me casaría con ella aunque no tuviera ni un chelín.

¡No me engañas! estalló. Necesitas su dinero. *Eso* es lo que amas.

Oliver sacudió la cabeza, su mente daba vueltas. No era por el dinero, ya no. En ese momento se dio cuenta de que lo que había dicho era cierto. Lo único que le importaba era Rayne, y no podía permitirse perderla.

No tengo tiempo para esto. Tengo que arreglar el desastre que has hecho giró sobre sí mismo y corrió hacia el pasillo de las habitaciones preparadas para los invitados. Llamó la atención de una criada que tenía los brazos llenos de sábanas limpias.

Disculpe, ¿en qué habitación se aloja la señorita Egerton?

La última habitación a la derecha señaló detrás de ella.

Gracias corrió hasta el final del pasillo y llamó a la puerta de Rayne. Esperó y escuchó el susurro de un vestido sobre las alfombras.

¿Quién es? su voz sonaba amortiguada, pero pudo escuchar una aspereza desconocida en su tono. ¿Había estado llorando? La idea lo destrozó.

Soy yo, Oliver.

Hubo un largo silencio y luego:

Por favor, vete. No me encuentro bien y no quiero ver a nadie.

Rayne, por favor suplicó en voz baja, apoyando la frente contra la puerta cerrada.

No la respuesta fue firme y lo golpeó como una bofetada en la cara.

Por favor. He hablado con Adelaide. Si me dejas entrar, te lo explicaré.

La puerta se abrió tan rápido que tropezó y se sujetó al marco. Rayne estaba de pie ahí, con las mejillas manchadas de lágrimas y los ojos hinchados.

No hay nada que explicar. Quieres casarte conmigo por mi dinero, y yo no quiero eso. Nuestro compromiso ha terminado, Lord Conway. Eres libre de casarte con tu amor de la infancia. Estoy seguro de que su familia tiene suficiente para tus necesidades.

¿Mi amor de la infancia? trastabilló con las palabras en estado de shock. ¿Adelaide? Nunca fuimos... Ella no era...

Me da igual lo que sea o no sea. Me alegro de haber sabido la verdad antes de atarme a ti para siempre cerró la puerta de un golpe y escuchó cómo la cerradura encajaba en su sitio.

Oliver se apoyó en la puerta durante lo que se sintió una eternidad, con una opresión pecho. Había perdido a la única mujer con la que había querido hacer una vida.

¿Oliver? la voz de Everett lo hizo levantar la cabeza.

Everett suspiró. Lo siento. No estoy de humor no podía soportar las burlas de su hermano justo ahora, no cuando sentía que le habían abierto el pecho y alguien le había robado el corazón de entre las costillas. Apenas podía respirar. Todo había ido tan bien, y ahora todo estaba perdido. La había perdido.

¿Qué ha pasado?

La he perdido, Everett. Adelaide le dijo que la quería por su dinero murmuró esta confesión contra la puerta cerrada de Rayne, sintiéndose más atrapado que nunca en su vida. Atrapado porque había perdido lo único que de verdad le importaba.

Everett se cruzó de brazos.

¿No es así?

Había que tener en cuenta la necesidad, por supuesto, pero *nunca* quise sólo el dinero. También quería a Rayne se apartó de la puerta y dejó caer la mano, derrotado. Aferrarse a su puerta no la haría cambiar de opinión. Nada podría hacerlo.

Oliver, si la amas, ¿estarías dispuesto a renunciar a Astley Court, a renunciar a todo lo que tenemos?

Lo estaría, pero no podría hacerles eso a ti, a mamá y a Zadie.

Everett se acercó y puso las manos sobre sus hombros.

Olvídate del resto de nosotros y piensa. Tú y la señorita Egerton. ¿Lo darías todo por ella?

Sí respondió sin vacilar. Si ella me quisiera sin fortuna, viviría en una pequeña cabaña con una sola habitación sólo para estar a su lado.

Entonces hazlo esbozó una sonrisa como la del gato Cheshire. Elígela a ella, no al dinero. Su padre podría redactar un acuerdo legal que transfiriera la mayor parte de su dinero a otra parte y le diera a ella una pequeña prestación para vivir. Luego puedes ir a ella y demostrarle que no es el dinero lo que quieres y que quieres casarte con ella sin él.

¿Pero qué hay de ti? ¿Y mamá y Zadie? se quedó mirando a Everett, asombrado de ver a su libertino hermano anteponiendo las necesidades de los demás a las suyas propias.

Créeme, estaremos bien. Todos preferiríamos vivir en la pobreza a que tengas el corazón roto y te obliguen a casarte con la temida Adelaide Berwick. Para ser sincero, no tenía muchas ganas de pasar las fiestas con ella.

El corazón de Oliver se hinchó de amor por su hermano menor.

Gracias, Everett había tantas cosas más que quería decir, pero no podía formular las palabras.

Ahora vete. Tienes que hablar con un hombre acerca de una novia río y empujó suavemente a Oliver hacia las escaleras. Se apresuró a bajar en busca de un lacayo que pudiera indicarle dónde estaba Lord Fraser. Una vez que tuviera asegurado su futuro como administrador de Fraser en Londres, buscaría al señor Egerton. Rezaba para que pudiera tenerlo todo arreglado para esta noche y poder volver a tener a Rayne en sus brazos, donde pertenecía.

Rayne y Ellen tenían listo su equipaje y llamaron a un lacayo para que lo llevara hasta el carruaje de Lord Fraser.

¿Está segura de que desea marcharse? preguntó Ellen mientras esperaban en la entrada a que les trajeran sus dolmans.

La vieja mansión escocesa estaba llena de alegría navideña, con guirnaldas de hoja perenne cubriendo la barandilla de las escaleras y muérdagos colgadas sobre más de una puerta. Los suelos de madera crujían y los tapices susurraban secretos navideños. Rayne habría dado cualquier cosa por quedarse aquí, por abrazar la magia de las fiestas en un hogar como este, pero no podía ver de nuevo a Oliver.

Ellen, no puedo quedarme susurró. Todo lo que creía sobre Lord Conway era mentira.

Le había confesado a su criada lo que había ocurrido entre ella y Oliver. No todo, pero lo suficiente como para que supiera que Oliver había sido en secreto un cazador de fortunas, como todos los demás hombres que habían deseado cortejarla en el pasado y no habían conseguido ganarse su mano. Pero esta vez, se había enamorado perdidamente. Antes había tenido mucho cuidado de no dejar que un hombre jugara con su afecto para conseguir su dinero, pero de algún modo Oliver lo había hecho a la perfección.

Ellen se quedó callada mientras se ponían los dolmans y caminaban hacia el carruaje. Rayne había escrito una carta a su padre, así como otra para Lord Fraser, disculpándose por su abrupta partida. Las dejó en su habitación para que la criada se las entregara cuando llegara a limpiar. Sabía que su partida provocaría cotilleos entre las damas, pero no estaría allí para preocuparse. Regresaría a Londres y esperaría a que su padre se reuniera con ella. Luego regresarían a Nueva York. La vida seguiría como antes, de alguna manera.

Llegaron a la estación de tren antes de lo previsto. Durante un rato ninguna de las dos habló, dejando que Rayne rumiara en su dolor y Ellen la observara incómoda. Finalmente, Ellen habló y rompió sus dolorosos pensamientos.

Señorita Egerton, siento que debo decirle algo. Espero no perder mi puesto por ello, pero creo que es importante tocó suavemente su mano.

Había algo que claramente había estado molestando a Ellen durante todo el viaje en carruaje, pero había asumido que era preocupación por ella.

¿De qué se trata?

El ceño de Ellen se frunció.

Antes de que usted me contratara, trabajé como dama de compañía de la hermana de Lord Conway.

¿Zadie? se quedó boquiabierta.

Sí Ellen palideció de ansiedad.

¿Conocías a Lord Conway todo este tiempo? ¿Por qué no me lo dijiste? miró fijamente a su criada, preguntándose si había estado trabajando con Oliver de alguna manera, ayudando a unirlos o a engañarla.

Lord Conway me pidió que no lo hiciera cuando descubrió que estaba en el tren y que trabajaba para usted. Le advertí que tuviera cuidado, no porque él no fuera un buen hombre, lo es, sino porque quería que ambos se enamoraran. Pensé que debía guardar su secreto durante un tiempo hasta que pudiera decírselo él mismo.

Otra mentira murmuró y cerró los ojos. Se sentía tan herida que parecía que su corazón estaba a carne viva. Incluso Ellen, una mujer a la que había llegado a considerar su amiga, había participado en este horrible engaño.

No, no lo entiende insistió Ellen.

¿Qué hay que entender? Ha metido a todos a su alrededor en su plan para casarse conmigo por mi herencia.

Simplemente deseo que lo entienda, señorita. El padre de Lord Conway murió hace un año y medio. Ocultó sus malas inversiones a su familia, y fue un duro golpe. Los Conway no eran de extravagancias antes, pero después, cuando Lord Conway, Oliver, quiero decir, empezó a desentrañar el desastre que su padre había dejado tras de sí, casi lo quebró. Su familia tuvo que hacer recortes inmediatos en su estilo de vida. No han tenido ropa nueva en más de un año y no han podido permitirse reparaciones en Astley Court. Incluso redujeron el personal a la mitad, incluyéndome a mí. Han hecho todo lo posible para evitar la ruina.

¿Lo han hecho? se sintió cruel por preguntar eso, pero de donde ella venía, una persona tenía que trabajar para ganarse su lugar. Casarse con ella parecía una solución fácil para Oliver, pero no justa para ella.

Ellen asintió.

Lord Conway vino aquí no para celebrar la Navidad, sino para rogarle a Lord Fraser que, como amigo de la familia, le ofreciera un puesto como administrador de hacienda. Lord Fraser tiene un hombre en Inverness para manejar sus intereses aquí, pero ha estado buscando contratar a un hombre en Londres.

¿Cómo sabes todo esto?

Antes de que Lord Conway me dejara marchar, escuché que planeaba venir aquí estas Navidades con ese objetivo. Nunca tuvo intención de vivir de la fortuna de nadie. Planeaba trabajar, pero la deuda de Astley Court era demasiado alta, y necesitaba dinero rápidamente para salvar a su familia, así como su casa.

Entonces me conoció, y ahora cree que no tendrá que hacerlo sabía que sonaba rencorosa, pero aferrarse a su ira era la única forma en que podía evitar que el dolor la ahogara.

Le pregunté cuáles eran sus intenciones hacia usted y le dije que tenía que ganarse su amor. ¿Qué le dice su corazón sobre él?

Rayne pudo sentir cómo las lágrimas volvían a formarse en sus ojos.

Ellen, no lo entiendes. Nunca sabré si fui yo o mi fortuna. Esa no es forma de empezar un matrimonio.

La mirada de Ellen cayó al suelo cuando el carruaje se detuvo y bajaron.

Vamos a comprar los boletos Rayne se dirigió a la taquilla. Llegó al principio de la fila, donde un hombre con gafas de montura de alambre revisaba los horarios de los trenes.

El próximo tren sale dentro de hora y media, señorita.

¿Cuánto cuesta?

Diez chelines por boleto.

Sacó las monedas de su retícula y le pagó al taquillero. Él relleno dos talonarios y se los entregó.

Ellen y ella fueron a esperar a la sala de refrigerios de primera clase. No le pasó desapercibida la forma en que su criada la miraba de vez en cuando, separando los labios y volviéndolos a cerrar como si quisiera hablar, pero no se atreviera.

Señorita... dijo finalmente Ellen.

¿Sí? comenzó a sentir un dolor de cabeza detrás de los ojos, un indeseable pulso latiendo a un ritmo intenso que no tardaría en enfermarla si no conseguía disiparlo. Quería fingir que los últimos días nunca habían ocurrido.

Si nunca lo hubiera conocido, si nunca hubiera compartido un beso, o una cama... Si nunca me hubiera enamorado...

¿Realmente podía arrepentirse de haberse enamorado? Los momentos que había compartido con él, los besos acalorados, los susurros nocturnos, leer el uno al lado del otro, la sensación de sus cuerpos fundiéndose el uno en el otro, las historias de sus pasados... No quería olvidar nada de eso. Pero cada minuto que pensaba en ello la sofocaba.

Señorita, a veces la vida es una cosa complicada. El amor, el verdadero amor, puede existir, incluso cuando hay dinero de por medio. Usted es hermosa, inteligente y amable. Un hombre como Lord Conway podría enamorarse fácilmente de usted. Trabajé en su casa durante siete años, y lo conozco bien. La forma en que fue con usted... Nunca ha sido así con nadie.

¿Qué hay de Adelaide Berwick?

Ellen frunció el ceño.

¿Lady Adelaide?

Sí, era su amor de la infancia. Se suponía que se casarían antes de que él me conociera.

Qué tontería dijo, y luego se ruborizó. Perdóneme, señorita. Pero Adelaide era sólo una niña cuando Lord Conway ya era un hombre joven. Estaba enamorada, pero siempre fue una niña para él. E hirió los sentimientos de Lady Zadie más de una vez, gastándole terribles bromas. Si se casara con ella, sería por desesperación por su familia y su hogar. Ama Astley Court.

Rayne recordó cómo había hablado de Astley con un cariño que enterneció su mirada. Había hablado de un hogar y de compartir el suyo con ella. Le había encantado la idea. Un hogar lo bastante especial como para pertenecerle de verdad siempre había sido el deseo secreto de su corazón, justo después de encontrar a un hombre que la amara por sí misma y no por su fortuna. Todas las historias de Oliver sobre Astley le habían parecido cosa del destino. Pero ahora esos soleados sentimientos se veían ensombrecidos por su engaño.

¿Por qué mintió, Ellen? ¿Por qué no decirme la verdad desde el principio?

Su criada la miró.

¿Le habría dado una oportunidad? Cualquier hombre que la cortejara se daría cuenta enseguida de que no se casaría si no fuera por amor, y evitaría a cualquier hombre que pareciera incluso un poco desesperado. No es que nadie pudiera culparla por esa cautela, pero la pondría en un aprieto.

Rayne quiso negarlo, pero no pudo. Ellen decía la verdad. Lo habría mandado por donde había llegado en cuanto se hubiera enterado de que necesitaba una fortuna para su casa y su familia.

Aun así, me mintió dijo, aunque con menos convicción.

Lo hizo convino Ellen. Pero dados sus motivos, eso no lo convierte en una persona terrible. Cuando me habló de usted, no quería engañarla. No es un hombre que busque dinero para sus

propios deseos egoístas, ni es un hombre propenso a los vicios. Sus necesidades son desinteresadas.

Deseo tanto creer que lo que compartimos fue real... lágrimas frescas recorrieron sus mejillas.

Ellen le tendió un pañuelo.

Podría haberlo sido, pero se fue antes de poder saberlo con certeza. El amor a veces requiere un acto de fe.

Le vino a la memoria un pasaje del libro de Oliver, *La Flecha Negra*.

“Empezamos a comprender el juego salvaje que jugamos en la vida; empezamos a comprender que lo que se ha hecho una vez no se puede deshacer ni cambiar diciendo 'lo siento'”.

¿Podría perdonar a Oliver? ¿Podría seguir adelante y ver si lo que había entre ellos era realmente amor?

Nuestro tren sale dentro de veinte minutos dijo Ellen en voz baja. Deberíamos subir.

Rayne se levantó de su asiento en la sala de refrigerios y se dirigieron hacia el tren. Pero cada paso parecía más y más difícil, pues una atracción invisible intentaba retenerla aquí, en Inverness, con Oliver.

Oliver salió del estudio de Lord Fraser con el corazón palpitándole de emoción. Fraser había accedido a darle el puesto de administrador en Londres. Le pagarían decentemente el primer año y, si Fraser consideraba satisfactorio su trabajo, al año siguiente recibiría un aumento de sueldo del veinticinco por ciento. Sería suficiente para mantener a su familia en una casa pequeña pero decente en Londres. Se había resignado a perder Astley Court y todo lo que había entre sus muros, pero si eso significaba conservar a Rayne como esposa, renunciaría a lo que fuera necesario.

Después de verla tan disgustada hoy, de ver cómo la había herido más allá de lo imaginable con su engaño, sabía que haría cualquier cosa por conservarla, por hacerla feliz y amarla. Ella era un regalo más valioso que cualquier casa solariega, más valioso que cualquier otra cosa aparte de su familia. Y quería que formara parte de esa familia. Iba a recuperarla.

Entró en la sala de billar, donde varios caballeros bebían y charlaban, entre ellos el señor Egerton.

Ah, Conway lo saludó Douglas. ¿Nos acompañas a tomar una copa?

En realidad, señor Egerton, ¿podría hablar con usted?

Por supuesto lo siguió fuera de la sala de billar y entró en la habitación del otro lado del pasillo, que resultó ser la biblioteca.

Fue directo al grano, sabiendo que el padre de Rayne prefería eso.

Señor Egerton, le he pedido a Rayne que se case conmigo.

¿Y necesitas mi bendición?

Bueno, me temo que es más complicado que eso. Necesito su ayuda inspiró para temprar sus nervios.

¿Complicado?

Sí. Verá, no fui del todo sincero con Rayne. Mi familia esta desahuciada. Mi padre hizo varias inversiones poco afortunadas antes de morir y nos endeudaron. Pasé más de un año recortando gastos y vendiendo mucho de lo que poseemos, pero no es suficiente. Vine al baile de

Lady Poole con la intención de proponerle matrimonio a Lady Adelaide Berwick.

La mirada de Douglas era tormentosa, pero siguió escuchando.

Entonces conocí a Rayne, y todo fue tan perfecto... *ella* fue perfecta. Ni siquiera sabía quién era cuando la conocí. Supe su nombre después de salir del baile. Mi hermana, Zadie, también la había conocido y sabía que era...

¿Una heredera? añadió en voz baja.

Oliver tragó saliva.

Sí. Entonces supe que era ella con quien deseaba casarme. No le conté a Rayne la situación económica de mi familia. Debería haberlo hecho, pero no lo hice.

¿Lo sabe ahora?

Oliver asintió.

Y se niega a hablar conmigo.

El padre de Rayne se cruzó de brazos.

¿Así que quieres que la haga cambiar de opinión y consiga que te acepte de nuevo? No lo haré.

No, eso no es...

Escúchame, Conway. Sé todo sobre las herederas americanas que compran maridos con título, pero mi hija no quiere un título. Quiere amor, como su madre. Haré un cheque por la cantidad que necesites para que te marches. Se le romperá el corazón, pero al menos será libre.

¿Un cheque? repitió confundido.

Sí su tono fue brusco. Puedo pagar fácilmente cualquier deuda que tengas. Pero una vez que lo haga, se acabó. La dejas en paz.

A Oliver se le hizo un nudo en el estómago. Había acudido a Douglas en busca de ayuda, no de dinero.

Señor Egerton, no quiero ni seis peniques de la fortuna de Rayne. Eso es lo que he venido a decirle. Quiero a Rayne. Nada más. He venido a pedirle que redacte un acuerdo que dé a Rayne una prestación pero que me restrinja a mí, como su marido, usar nada de ella. Deje su fortuna a su hermano y a sus hijos. No quiero nada de eso, sólo la quiero a ella.

Tú... frunció el ceño mientras ladeaba la cabeza. ¿Renunciarías a millones de libras para casarte con mi hija?

Pienso renunciar a *todo*, incluida mi casa.

Entonces, ¿cómo te mantendrás a ti y a ella si no tienes su fortuna?

Unas semanas antes de conocer a Rayne, tenía planes de venir aquí durante las vacaciones para reunirme con Lord Fraser y hablar acerca de un empleo con él. Necesita un administrador en Londres para sus propiedades. Ha accedido a darme el puesto. Si lo hago bien el primer año, me subirá el sueldo una cantidad considerable. Mientras Rayne esté cómoda con una modesta casa en Londres, puedo mantenerla, y ella puede usar su prestación como quiera, sin interferencias mías.

¿Sabes algo acerca de administrar propiedades? hubo un sutil desafío en su pregunta.

Lo sé. Puede que sea un lord con título, pero aprendemos a administrar nuestras propiedades desde muy jóvenes. Algunos mejor que otros. Mi padre no era el más hábil, pero creo que yo estoy bien preparado para ello.

Hmm... seguía con los brazos cruzados. ¿Y si aceptas esto y luego cambias de opinión?

Ahí es donde entra el acuerdo. Pensé que podríamos redactarlo hoy y ejecutarlo ante testigos para que no haya dudas sobre mis intenciones.

Si pretendes engañarme, Conway...

No es ningún engaño le aseguró. Cometí un error al creer que la vida nos bendeciría a mí y a mi familia dos veces tanto con amor como con dinero, pero el amor es lo único que *realmente* importa. Fui un tonto al no ver esto antes. Perder hoy la confianza de Rayne me ha hecho darme cuenta de que no puedo vivir sin ella, y todo el dinero del mundo es un pobre compañero cuando un hombre pierde el amor.

¿Cómo has podido enamorarte de mi hija en sólo un par de días? se apoyó en la mesa de lectura más cercana.

Compartió su corazón conmigo desde el momento en que nos conocimos. No me ocultó nada de sí misma. Y todo en ella se siente como un milagro para mí. Un hermoso milagro. Su sonrisa, su risa, su ingenio, su compasión y su valentía. Es una mujer que vive para ser amada. Y sería mi mayor honor ser ese hombre, si ella aún me acepta.

¿Crees que este acuerdo que propones reparará su corazón roto? ¿O lo verá sólo como el comienzo de otro engaño?

Oliver cerró las manos en puños a sus costados, intentando controlar su desesperación por que Douglas comprendiera. Se encontró con los ojos del hombre con mirada firme y palabras inquebrantables.

No lo sé, pero tengo que intentarlo. Lo que compartimos no es ordinario, y tengo que demostrarle que lucharé por recuperar su confianza.

Douglas guardó silencio un largo momento, y por un segundo Oliver temió que no le ayudaría.

Ven, haremos que redacten los papeles y los atestigüen. Entonces podrás encontrar a Rayne e intentar que cambie de opinión.

Consiguieron permiso de Lord Fraser para utilizar su estudio para redactar el acuerdo. Una vez ejecutado y hecha una copia, Oliver cogió la copia enrollada y atada con una cinta. Fue directamente a la habitación de Rayne. Una criada estaba dentro, ordenando la cama.

Disculpe, ¿sabe dónde está la señorita Egerton?

Se fue, milord la criada se inclinó sobre la cama, metiendo bien las sábanas.

¿Se fue? Oliver se atragantó con la palabra.

Sí sacó un par de cartas de su bolsillo y se las entregó. Una iba dirigida a Lord Fraser y la otra a su padre.

Un terrible entumecimiento se instaló en el pecho de Oliver mientras llevaba las cartas escaleras abajo. Llamó a Lord Fraser y al señor Egerton al pasillo para que les entregara las cartas.

¿Qué es todo esto? dijo Fraser mientras escaneaba su contenido. Egerton, ¿su hija se dirige a Londres?

Douglas abrió la carta, la cual era mucho más larga.

Se dirige a la estación de tren de Inverness y piensa esperarme en Londres. Le pido disculpas, Lord Fraser, por su brusca partida.

No hay problema. ¿La muchacha está bien? preguntó, mirando a Douglas y Oliver.

Creo que sí suspiró Douglas. Sólo con el corazón un poco roto.

Lord Fraser, ¿podría prestarme un caballo? intervino Oliver.

Sí, por supuesto los ojos del Lord escocés se entrecerraron. ¿Vas tras ella?

Oliver asintió.

Su partida fue culpa mía.

Ah. Entonces será mejor que te vayas ahora, Conway. Hay varios trenes a Londres al día, podrías perderla le dirigió una mirada significativa y Oliver se la devolvió. Fraser había amado a

una mujer y la había perdido, así que sabía lo que se sentía. Era un dolor sin igual, y no se lo deseaba a ningún hombre.

Oliver no dudó. Corrió hacia la puerta, el acuerdo firmemente guardado en su abrigo. No podía dejar marchar a Rayne, no sin intentar todo lo que estuviera en sus manos para recuperarla.

¡Que Dios te acompañe, muchacho! gritó Fraser mientras se precipitaba en el frío aire invernal.

Necesito un milagro de Navidad. Por favor, déjame llegar a ella a tiempo.

Rayne estaba de pie en el andén, mirando cómo los ayudantes cargaban su equipaje y el de Ellen en el portaequipajes. Faltaban veinte minutos para que el tren saliera de la estación de Inverness. Ellen estaba a su lado.

¿Está segura de que quiere irse?

No puedo quedarme. ¿Verlo allí otra semana? No estoy segura de si mi corazón podría soportarlo cerró los ojos y luego respiró hondo. Vamos a abordar tomaron asiento en el compartimento de primera clase.

Miró sin fijar la vista por las ventanas.

Siento que lo veo en todas partes, Ellen. Lo veo, lo escucho... ¿Escaparía alguna vez de los recuerdos que le rompían el corazón una y otra vez?

¡Rayne! el recuerdo de la voz de Oliver se inmiscuyó en sus pensamientos. Parpadeó para ahuyentar las lágrimas mientras miraba por las ventanas del tren.

El vapor se elevaba y proyectaba sombras a medida que las figuras se acercaban al andén, y la luz del sol iluminaba las altas ventanas de cristal de la estación. Era una extraña mezcla de mundos, la sombría estación y las feroces y relucientes locomotoras rojinegras iluminadas momentáneamente por los rayos de sol antes de que se las tragarán de nuevo las nubes de humo y vapor.

¡Rayne! el grito volvió a sonar, y se incorporó un poco al darse cuenta de que alguien la estaba llamando por su nombre.

Señorita... Ellen señaló una figura semioculta en vapor.

Oliver. Estaba aquí y corría a lo largo del andén, llamándola por su nombre. Incapaz de resistirse, se apoyó en el cristal mientras él se acercaba a la ventana de su compartimento.

Ray... se detuvo, mirándola fijamente. Luego se precipitó hacia la puerta del vagón de primera clase e intentó subir al tren, pero dos empleados lo detuvieron. Lo cogieron por los brazos y lo arrastraron para que no pudiera entrar.

¡Rayne! ¡Por favor, déjame hablar contigo! gritó a través de la ventana. La desesperación marcaba sus facciones, e hizo que su determinación interior de ignorarlo temblara y se estremeciera hasta estar a punto de derrumbarse.

Creo que debería hacerle caso, señorita dijo Ellen. De lo contrario, siempre se preguntará qué ha venido a decirle que no le haya dicho ya. Aún tiene quince minutos antes de que salga el tren.

Rayne asintió y, con las manos temblorosas, se levantó y salió de su compartimento. Pronto Oliver y ella se encontraron en el andén, separados por una distancia de un metro y medio, sin atreverse a respirar.

Por favor... Hay algo que tengo que decirte. Entonces, si todavía te quieres ir, no te lo

impediré metió la mano en su abrigo y sacó un trozo de papel atado con una cinta. Lee esto.

Se acercó a él y lo cogió, quitando con cuidado la cinta. Después de desenrollar el papel, leyó las palabras de la página, palabras que sabía que había escrito su padre porque reconocía su letra. Decía que Oliver no recibiría dinero de su matrimonio y que ella dispondría cada mes de una cantidad para vivir, proporcionada por un fideicomisario, la cual Oliver no podría utilizar.

Miró a Oliver, confundida. ¿Realmente pretendía casarse con ella sin su fortuna?

Oliver, ¿por qué firmaste esto? preguntó con voz temblorosa. ¿Mi padre te obligó?

No. Lo firmé porque te amo. Si eso significa renunciar a todo lo demás, entonces es una elección fácil. Tú eres lo *único* que me importa o hubo vacilación en él mientras hablaba.

¿Pero qué hay de tu casa y tu familia?

No puedo salvar Astley Court sin pagar una gran parte de la deuda a mediados de enero. Lord Fraser me ha cedido su puesto de administrador en Londres, y ganaré lo suficiente para manteneros a ti y a mi familia, pero el dinero que gane no será suficiente para pagar lo que se debe actualmente para conservar Astley. Sin embargo, podremos tener una casa decente en Londres. Viviremos frugalmente durante un tiempo, pero lo suficientemente bien como para no avergonzarnos ahora sí vaciló. No fui sincero contigo desde el principio, al menos no sobre mi situación financiera. Todo lo demás sobre mí, todo lo que compartimos, fue real. No volvería a mentirte, ni siquiera una mentira por omisión, si aún quisieras ser mi esposa... se pasó una mano por el cabello y soltó una risita irónica. Estoy metiendo la pata, lo sé, pero lo que quiero decir es que te adoro, Rayne, y lo daría todo por llamarte mi mujer.

Rayne se mordió el labio mientras una docena de emociones conflictivas luchaban por tomar el mando. El inspector de boletos hizo sonar el silbato y anunció que quedaban diez minutos para abordar.

Bajó la mirada hacia el acuerdo.

Yo... si quería una prueba más concreta de que él la amaba por quien era y no por su fortuna, no había nada mejor que el documento que tenía en las manos. Ya estaba firmado y ejecutado. Eso significaba que su padre debía de haberle creído a Oliver, y eso reforzaba su propio deseo de volver a confiar en él.

Cerró los ojos y escuchó a su corazón. Había amado a Oliver desde el momento en que entró en la biblioteca de Lady Poole, un misterioso príncipe de cabello oscuro salido de algún cuento de hadas. Cuando abrió los ojos, le devolvió el documento legal y la expresión de dolor en sus ojos casi la destroza. Pensó que la había perdido. Se acercó a él y enroscó sus manos enguantadas alrededor de las solapas de su abrigo, tirando de él.

Sí.

Sus ojos verdes se iluminaron con una esperanza tan brillante que casi la hizo llorar.

Le rodeó la cintura con un brazo.

¿Sí?

Ella asintió y enterró la cara contra su pecho.

Sí.

Apretó los labios contra su frente y la coronilla de su cabello, murmurando dulces promesas que le derritieron el corazón porque sabía que Oliver las cumpliría.

¡Oh! se apartó de repente. ¡Mi equipaje! se dio la vuelta para correr hacia el portaequipajes, pero se detuvo con la misma rapidez. Ellen estaba parada a un par de metros, con una pila de maletas a sus pies.

Ellen, ¿cómo...?

Su criada sonrió.

Le dije que Lord Conway era un buen hombre. Creía que arreglaría las cosas, así que fui a buscar nuestro equipaje.

Rayne se apresuró a abrazar a su criada y le susurró un sincero agradecimiento.

Será agradable volver a trabajar para la familia Conway dijo mientras Oliver hacía señas a un empleado de la estación para que los ayudara a llevar el equipaje. Tendrían que alquilar un carruaje, ya que el de Lord Fraser ya debía de estar de camino a la finca.

Una vez sentados, Rayne se apoyó en el costado de Oliver y entrelazó su brazo con el suyo. Él apoyó la mejilla en su cabeza.

Gracias susurró él.

Levantó la cabeza para mirarlo.

¿Por qué?

Por salvarme de una vida de la que me habría arrepentido. Aquella noche que nos conocimos, iba a pedirle matrimonio a Adelaide. Perdí el valor, fui a la biblioteca y te encontré. Pensé que nunca volveríamos a vernos, pero conocerte me mostró lo que realmente quería en la vida. Quería amor, una conexión real.

Rayne lo besó suavemente, con los labios temblorosos.

Gracias por amarme, Oliver. Después de perder a mi madre, me he sentido muy sola, y tú llegaste a mi vida, iluminando el cielo nocturno como una estrella fugaz.

Apoyó la mejilla en su hombro. Su abrigo de lana y el pelaje dorado de su cuello le hicieron cosquillas mientras le robaba otros besos.

Ellen, bendita sea, fingió concentrarse en la lectura de un libro y no ver lo que hacían.

Para cuando regresaron a casa de Lord Fraser, Rayne sentía como si pudiera subir las escaleras volando por la pura felicidad. Oliver ayudó a Ellen y a ella a bajar del carruaje y las acompañó al interior.

Lord Fraser y su padre estaban dentro, esperándolos.

Ah, ¿así que has vuelto con tu bella muchacha? le dijo Lord Fraser a Oliver, pero le guiñó un ojo a Rayne.

Oliver se sonrojó.

Así es luego miró a su padre y le tendió el papel del acuerdo. Él lo cogió, pero estaba más interesado en buscar en el rostro de su hija algún signo de infelicidad. No encontró ninguno.

¿Eres realmente feliz, hija? murmuró.

Sí, ridículamente.

Eso es todo lo que un padre puede pedir la soltó y estrechó la mano de Oliver. Bienvenido a la familia.

Gracias, señor Egerton.

Douglas, por favor sonrió con picardía. Ahora, viendo que nos hemos perdido la mayor parte de las festividades... hizo un gesto con la cabeza hacia el pasillo que había detrás de ellos, donde el ruidoso sonido de la gente cantando villancicos provenía de uno de los salones.

Rayne siguió a Oliver mientras entraban en la sala, y decenas de ojos se posaron en ellos. Adelaide los vio y un destello de ira cruzó su rostro antes de enmascararlo tras una fría y practicada indiferencia. Pero cuando la familia de Oliver los vio, todos comenzaron a sonreír.

¿Saben lo del acuerdo? le preguntó Rayne a Oliver. ¿Se enfadarán?

Everett fue quien lo pensó. Yo me estaba desmoronando y no podía pensar más allá del dolor de perderte, pero él supo qué hacer. Se lo debo. Seguro que se lo ha contado a mamá y a Zadie.

Eso espero. No quiero que tu familia me desprecie.

Oliver se rio.

Ellos también son tu familia y no te despreciarán. Te adorarán, al igual que yo la miró con seriedad. Quiero que tú y tu padre vengáis a quedaros en Astley Court cuando termine la fiesta de Fraser. No la tendremos por mucho más tiempo y quiero enseñártela estrechó sus manos entre las suyas. Y por favor, entiende que no estoy intentando presionarte para que intentes salvarlo. Sólo quiero compartirlo contigo.

Lo entiendo le devolvió el apretón de manos y se unieron a los demás.

Alguien se sentó al piano y Everett empezó a cantar "God Rest Ye Merry, Gentlemen" en un profundo barítono, y Oliver no tardó en unírsele. El corazón de Rayne se alegró al verlos cantar. Pero de repente se tensó cuando Adelaide se sentó a su lado.

Entonces, ¿te ha vuelto a ganar? para sorpresa de Rayne, su tono fue más desconcertado que venenoso.

Rayne la miró con recelo.

Sí.

¿Cómo? ¿Lo hiciste cambiar de opinión sobre el dinero?

No. Él cambió de opinión. Decidió que yo le importaba más que su casa. Fue a ver a mi padre e hizo redactar un acuerdo que no le concede nada. Yo viviré con una pequeña prestación.

La boca de Adelaide se abrió en un gesto de asombro.

¿De verdad hizo eso?

Lo hizo Rayne habría celebrado su victoria, pero algo en Adelaide parecía estar roto ahora. O más bien, la parte rota de sí misma que había ocultado muy bien hasta ahora por fin empezaba a mostrarse.

Siempre pensé que sería yo quien se casaría con él dijo, con los ojos fijos en Oliver, y parte de su amargura pareció desvanecerse mientras un profundo dolor se marcaba en sus facciones.

Lady Adelaide... Todavía hay esperanza para una mujer que vuelve su corazón hacia la bondad. El amor encuentra un camino.

Ella la fulminó con la mirada.

¿Es esa tu manera de decirme que sea amable contigo?

No conmigo, con *todo el mundo*. A los hombres, al menos con los que valen la pena casarse, les atraen las mujeres de corazón abierto y amable. Puedes seguir siendo feroz y orgullosa a tu manera, pero no tienes por qué ser tan cruel con los demás una parte de Rayne estaba desconcertada por el hecho de que Adelaide estuviera hablando con ella después de todo lo que había pasado, pero se compadecía de la mujer por sus sentimientos no correspondidos hacia Oliver. Al echar un vistazo a Oliver y Everett, se dio cuenta de que Everett las observaba, pero apartó la mirada rápidamente.

¿Era posible que Everett estuviera... interesado en Adelaide?

¿Qué hay de Everett? ¿Considerarías alguna vez...? sugirió.

Adelaide resopló.

¿Ese demonio? Desde luego que no. Solía burlarse de mí cuando éramos más jóvenes. Dejaba renacuajos en mis tazas de té, chinchetas en mi silla, siempre me empujaba y me tiraba del cabello. Él y Zadie siempre se reían de mí cuando lograban meterme en problemas.

Oh... lanzó una mirada a Everett, quien volvió a lanzarles una mirada disimulada. A veces un chico no sabe cómo expresar su afecto.

Oh, Everett ciertamente lo hace con las mujeres que le gustan. Yo no soy una de esas mujeres. No hay amor perdido entre nosotros, te lo aseguro. Prácticamente me dijo antes que Oliver nunca se casaría conmigo. Parecía muy feliz con la idea levantó la barbilla y cambió de tema. ¿De verdad has encargado todo un guardarropa de House Worth? Tenía demasiado miedo

de pedirle a mi padre un solo vestido.

Sí. Son caros, aunque no tanto como uno se imagina.

Bueno... espero con ansias ver tu vestido de baile esta noche después de la cena. Lord Fraser va a traer una pequeña orquesta para tocar en el baile de esta noche se levantó y se alejó para hablar con otras damas, fingiendo que no pasaba nada y actuando como siempre.

Zadie se sentó en la silla que Adelaide había dejado libre.

Dios mío, eso pareció bastante civilizado desde el otro lado de la habitación. ¿Lo fue?

De hecho, lo fue, y estoy tan sorprendida como tú.

¿Cuál será el próximo milagro de Navidad? preguntó con una risita.

Me conformaría con una tormenta de nieve que nos diera una blanca Navidad.

Quizá tengamos suerte se inclinó y abrazó a Rayne. Estoy tan contenta de que seamos hermanas.

Yo también admitió, pero se mordió el labio. Siento no haber podido casarme con Oliver sin el acuerdo.

No pasa nada, Rayne. Nos las arreglaremos. Admito que me decepcioné cuando me enteré del acuerdo, pero luego me pregunté qué haría yo en tu lugar. No pude verme aceptando nada menos. Y la felicidad de Oliver siempre nos importará más que el dinero.

Más tarde, mientras la orquesta tocaba y la gente bailaba, empezó a nevar afuera. Oliver la reclamó para casi todos los bailes. Su padre y Lord Fraser habían reclamado a las demás, y Everett, el encantador canalla, había entrado y robado una de las chicas de Oliver, llevándosela antes de que su hermano pudiera intervenir. Pero ahora estaba de nuevo en brazos de Oliver mientras bailaban un vals. Su vestido rojo y crema fluía detrás de ella, y utilizó una mano para coger parte de su cola de seda lejos de sí misma para que pudiera girar en sus brazos.

Luces absolutamente cautivadora dijo Oliver mientras la abrazaba un poco muy cerca, aunque nadie lo juzgó por ello. Iban a casarse mañana por la mañana. Su padre y Lord Fraser habían hablado con el ministro local y todo había quedado arreglado. Rayne no podía haber estado más contenta; sentía como si todo su cuerpo estuviera lleno de burbujeante champán.

Cuando la música terminó finalmente y la gente, adormilada, se dirigía al piso de arriba para pasar la noche, Oliver acompañó a Rayne a su habitación y le robó un suave beso, pero cuando Rayne abrió la puerta, lo cogió de la chaqueta y tiró de él para que entrara con ella.

¿Una luna de miel anticipada? le preguntó mientras se quitaba el abrigo.

¿Te molesta? ella sabía que no, porque sus ojos estaban brillantes y ardientes de deseo.

En absoluto, mientras te conformes con que un marido perverso te enseñe todas las delicias y los placeres más pecaminosos que conoce.

Oh, eso suena encantador jadeó cuando él la hizo girar para inmovilizarla contra la puerta cerrada y quedaron frente a frente. Se aferró a sus hombros mientras él le subía el vestido y se desabrochaba los pantalones.

¿Con la ropa puesta? preguntó ella en un susurro escandalizado.

Oliver asintió y luego le robó la boca con la suya mientras levantaba una de sus piernas para que le rodeara la cintura. Desplazó su cuerpo hacia arriba y se introdujo en su interior.

Rayne se abrió para él y sus penetraciones la llenaron de placer. La intensidad de su acto aumentaba cada vez que Oliver la penetraba profundamente. Esto no se trataba de dulzura y pasiones lentas, sino de un momento de locura salvaje, de la necesidad de volver a conectar después de lo que casi habían perdido. Le besó el cuello y su cálido aliento la hizo sentir un cosquilleo en la espalda que la humedeció aún más. Un instante después, ella se desmoronó y sus paredes internas intentaron retenerlo y no soltarlo jamás.

Oliver gritó su nombre, casi aplastando a Rayne contra la puerta mientras se tensaba y se liberaba dentro de ella. Le enterró la cara en el cuello, besándole el lóbulo de la oreja mientras la mantenía erguida, y luego la puso suavemente de pie, su falda volviendo a caer sobre ella. Sus piernas temblaban como una de las enormes gelatinas moldeadas que se sirven en la cena. Soltó una risita y chilló cuando Oliver la levantó y la llevó a la cama. Se quitó la ropa y luego se tomó su tiempo para quitársela a ella centímetro a centímetro.

Es una pena despojarte de ese vestido, pero te quiero desnuda, mi amor la metió en la cama y se subió a su lado, apretándola contra él.

Rayne soltó un bostezo y sonrió avergonzada, con las mejillas acaloradas.

Lo siento. Hoy siento que he vivido toda una vida de emociones y eso me ha agotado le puso la palma de la mano en el pecho, los latidos de su corazón fueron su consuelo.

Lo has hecho, y ha sido culpa mía. Siento haberte ocultado la verdad. No volveré a hacerlo. Te doy mi palabra.

Gracias, Oliver. Sé que es pedirte mucho que renuncies a tu hogar por mí. Haré todo lo posible para que seas feliz prometió.

Oliver se llevó la mano a los labios y le dio un beso en los nudillos.

Estoy renunciando a Astley Court a cambio del amor de mi vida. Soy yo quien te lo debe todo entrelazó sus dedos con los de ella. Eres mi milagro de Navidad, Rayne. Nunca dudes de eso, ni de mi amor por ti. Sólo lamento no poder ofrecerte un estilo de vida más lujoso.

Levantó la cabeza para mirarlo.

Nunca he necesitado eso. A decir verdad, nunca lo he querido. Sólo he querido amor y un verdadero hogar con una familia de la que mi padre y yo pudiéramos formar parte.

Su futuro marido le sonrió.

Ésos son regalos que estoy seguro San Nicolás entregará entonces, la besó, y ella olvidó todas sus preocupaciones. Sólo le quedaba el amor. Afuera, la nieve seguía cayendo, cubriendo las Tierras Altas de Escocia en un mundo de blanco.

Rayne se casó con Oliver a la mañana siguiente, en una antigua iglesia normanda con una docena de altas vidrieras enmarcadas en los muros de piedra. La luz de la mañana brillaba y salpicaba de colores los bancos de madera. Asistieron una docena de invitados, pero Rayne apenas se percató de su presencia. Estaba de pie junto a Oliver, con un vestido de seda color marfil enhebrado con cientos de perlas en las mangas y el corpiño. Los colores de las vidrieras se reflejaban en su vestido, haciéndola resplandecer. Se sentía como una princesa y sabía que, dondequiera que estuviera su madre, habría sonreído junto con ella.

Luces opalescente dijo Oliver mientras le ponía un anillo en el dedo. Ella tembló un poco. Su cuerpo parecía no poder contener su amor, que estaba a punto de estallar.

El ministro se aclaró la garganta y Oliver borró la sonrisa de su rostro mientras continuaban con sus votos. Rayne quiso memorizar aquel momento. El olor fresco de los lirios en la base del altar, las velas parpadeantes en sus altos candelabros de plata, la sensación de la mano de Oliver sobre la suya. Qué extraño y maravilloso era casarse con el misterioso hombre de la biblioteca de Lady Poole. Ahora comprendía las sombras que habían permanecido en sus ojos aquella noche cuando tuvo que despedirse. No pudo evitar pensar que tal vez su madre había estado allí, un espíritu guía intentando unir a dos corazones solitarios, uniéndolos mediante libros y la luz de las velas en el santuario de una biblioteca.

Sin embargo, todas las sombras y dudas habían desaparecido. Sólo había amor y confianza. Compartieron un beso al ser declarados marido y mujer. Y luego todo fue un borrón de risas y sonrisas, incluso algunas lágrimas, mientras ella y Oliver tomaban un carruaje de vuelta a casa de Lord Fraser, donde continuaron la celebración con un desayuno de boda.

Lord Fraser se levantó y llamó la atención de sus invitados.

Si todos habéis comido suficiente tarta, me gustaría iniciar un reto para que os unáis a mí afuera.

¿En la nieve? preguntó alguien.

Lord Fraser asintió.

Precisamente le lanzó un guiño a Oliver, y él se lo devolvió.

Rayne rodeó el brazo de Oliver con la mano y se inclinó para susurrar:

¿Es esto lo que creo que es?

Sí, lo es. Y te reto, mi amor, a una pelea de bolas de nieve. Ahora ve a ponerte algo abrigado y nos vemos fuera.

Rayne, Zadie y media docena de damas subieron corriendo a cambiarse. Rayne bajó con un vestido de terciopelo rojo y unas botas negras, lista para la batalla. Los hombres ya habían empezado a lanzarse bolas unos a otros y, cuando vieron a las damas, rápidamente unieron sus fuerzas y se volvieron contra ellas. Rayne corrió hacia los hombres, lanzándoles todas las que pudo, hasta que resbaló en un trozo de hielo. Oliver la cogió en brazos y la protegió de la siguiente bola de nieve como el galante caballero que era. La besó profundamente y, cuando se apartó, ella lo golpeó con un puñado de nieve en polvo.

¡Atrevida! la soltó para limpiarse la cara y ella se alejó corriendo por el césped.

La nieve empezó a caer a montones como trozos de algodón, y Oliver volvió a perseguirla, desarmado.

Piedad, mi querida dama, piedad levantó las manos en señal de rendición. La nieve moteaba su abrigo de lana azul marino y su cabello oscuro. Ella se abalanzó sobre él y él la cogió por la cintura, haciéndolos girar en una nube de copos de nieve.

Gracias por perdonarme suspiró Oliver, abrazándola mientras giraban hasta detenerse. Gracias el fuerte calor de su abrazo se sintió un juramento que nunca podría romperse.

Perdonamos a los que amamos, eso es lo que hace que el amor sea la fuerza más poderosa del mundo le devolvió el abrazo, haciéndole saber que siempre se apoyarían mutuamente.

Nunca te mereceré, pero pienso pasar el resto de mi vida intentándolo Oliver le dio uno de esos besos que se derretían en sus labios como el azúcar y perduraban como el vino más dulce. Después la miró fijamente, como si fuera un milagro.

Llevó consigo el recuerdo de aquella mirada hasta Navidad, cuatro días después.

Después de que todo el mundo se hubiera retirado de la fiesta de Navidad, Oliver y ella se sentaron en la cama y él le tendió una caja de terciopelo.

¿Qué es? preguntó al aceptarla.

Perteneció a mi bisabuela, la duquesa de Essex. Mi madre esperaba que yo encontrara pronto una novia, y esto era algo que ambos pensábamos que debía pertenecerte. Espero que te guste. Fue una de las pocas cosas de las que no pudimos desprendernos cuando empezamos a vender gran parte de nuestras pertenencias este último año.

Con dedos temblorosos, Rayne abrió la caja. Había un solo collar de perlas. Brillaban a la luz del fuego con una forma y un color perfectos.

Son preciosas tocó las sedosas perlas y escuchó cómo chasqueaban unas contra otras. Sonrió con picardía. ¿Están malditas como el diamante Koh-i-noor?

Oliver enarcó una ceja con expresión burlescamente seria.

Terriblemente malditas. Quien los lleve puestos debe sufrir mil besos antes de medianoche.

Rayne se dejó caer de nuevo en la montaña de almohadas cuando Oliver empezó a desatar aquella maldición. Pero pronto los besos se hicieron más profundos, y ella suspiró de placer cuando él cubrió su cuerpo con el suyo.

Un buen rato después, Rayne salió de la cama y se puso su camisón. Dejó a Oliver en la cama y se acercó a las maletas de viaje que él había trasladado a su habitación. Rebuscó en el contenido de una de ellas hasta que encontró el acuerdo de conciliación.

¿Rayne? murmuró somnoliento mientras se movía en la cama. Vuelve aquí, amor.

Volvió a la cama, pero no se subió. Sostuvo el acuerdo delante de ella y jugó con los extremos de la cinta negra.

Yo también tengo un regalo para ti se dio la vuelta y se acercó a la chimenea. Él se sentó en la cama, con los ojos muy abiertos.

Rayne, ¿qué estás haciendo? empezó a levantarse de la cama, pero ella fue demasiado rápida y arrojó el acuerdo al fuego.

Oliver cogió su bata y se la puso antes de reunirse con ella junto al fuego para verlo arder.

Sé que mi padre tiene una segunda copia, pero quería que vieras esto. He cambiado de idea. Quiero compartir mi fortuna contigo. Quiero... quiero salvar nuestro hogar.

Ni siquiera has visto Astley Court respondió mientras le ponía las manos en la cintura y la atraía contra él mientras veían arder el papel.

Tú lo amas. Eso es lo único que importa. Una vez me dijiste que la gente debería poder apoyarse en los demás. Pensé que el hecho de que quisieras mi dinero era egoísta, pero te amo y también será mi hogar. Así que eso significa que puedo ser egoísta y salvar Astley Court. La mejor manera de hacerlo es deshacer el acuerdo.

Oliver la abrazó, con la voz algo más áspera que antes cuando dijo:

Nunca te pediría que hicieras esto. No quería que nunca hubiera duda de que te había elegido sólo a ti.

No dudo de ti, Oliver se giró en sus brazos. Ahora tienes que confiar en mí. Confía en que quiero esto para nosotros.

Sus ojos verdes brillaban mientras asentía y la besaba.

Supongo que los milagros ocurren de verdad, ¿verdad?

Rayne le apartó un mechón de cabello de los ojos.

Desde luego que sí. Sobre todo cuando uno hace sus propios milagros sonrió.

Oliver soltó una risita y bajó la cabeza para robarle otro beso.

Felices fiestas, mi amor.

Feliz Navidad corrigió riendo.

Vosotros, los americanos la cogió en brazos y se la llevó a la cama.

EPÍLOGO

Diez meses después

Un fresco viento otoñal movía las hojas rojas y doradas por el sendero que conducía a Astley Court. Everett metió las manos en los bolsillos de su abrigo mientras avanzaba por el camino empedrado. Los imponentes rododendros casi lo separaban de los jardines delanteros y ocultaban su camino a cualquiera que pudiera estar esperándolo en la casa. Ya se le estaba haciendo tarde para la merienda, y su madre sin duda lo reprendería.

Una voz femenina jadeó en algún lugar de la curva.

¡Ouch!

Everett aceleró el paso y siguió el sonido. Irrumpió en el claro de la curva, esperando ver a su hermana o tal vez a su cuñada, pero en su lugar encontró a Adelaide Berwick. Era la última persona con la que hubiera querido encontrarse, sobre todo solo en un jardín. Sentada en el banco de mármol, vestida con un vestido de satén verde, apretando su mano en un puño, lucía como una damisela en apuros, no es que él se sintiera atraído por ese tipo de cosas. *Definitivamente*, no.

¿Adelaide?

Se sobresaltó cuando él pronunció su nombre, dejando caer una rosa al suelo en su prisa. Dada la proximidad de las propiedades de sus familias, no era raro ver a Adelaide adentrarse en los jardines de su familia, del mismo modo que él había saltado a menudo el bajo muro de piedra para ir a pescar al pequeño lago en las tierras de Adelaide.

¡Oh! se levantó del banco para huir, pero Everett la cogió del brazo.

¿Qué ocurre?

Como si te importara espetó.

Everett vio una gota de sangre en la punta de su dedo.

Así que has aprendido que no eres lo único que tiene espinas en el jardín bromeó, sin poder evitarlo.

Adelaide frunció el ceño y apartó su mano.

Vamos, sólo estaba bromeando. Déjame ver volvió a cogerle la mano y sacó un pañuelo de su bolsillo. Lo presionó contra la punta de su dedo índice derecho y lo mantuvo firme. Ambos permanecieron en silencio un largo rato. Los intensos aromas de las flores tardías, mezclados con la brisa del viento otoñal que agitaba los árboles dorados que los rodeaban, crearon un extraño hechizo sobre Everett mientras estudiaba el rostro de Adelaide. Por un momento ella perdió esa mirada fría y odiosa, y hubo una suavidad allí que lo desconcertó.

¿Qué haces aquí? preguntó Everett.

Quería algunas rosas. Las del invernadero de casa no tienen ese... le costó encontrar las

palabras adecuadas. Bueno, tienen un aspecto salvaje, una belleza indómita que nuestras rosas no tienen. No pensé que extrañarías las que tomé.

¿Y por qué necesitas robar nuestras rosas? seguía sujetándole la mano, con el pañuelo enrollado en su dedo.

La franqueza de su expresión desapareció.

Sólo te reirás de mí.

Everett no quería estar de acuerdo, pero en el pasado había encontrado razones para burlarse de Adelaide. Era una criatura tan irritable.

Casi seguro que lo haré, pero cuéntame de todos modos.

Quería coser unas rosas en mi vestido para el baile de esta noche su cara enrojeció como una fresa madura al admitirlo. Sus rizos castaños brillaron a la luz del sol cuando apartó la cara de la de él. Para su propia sorpresa, no se rio.

Ah, lo entiendo. ¿Querías tener un vestido como el de Rayne de las pasadas Navidades? adivinó. Su cuñada había llevado una noche un vestido exquisito con rosas en flor cosidas. Había causado un gran revuelo entre los invitados.

Yo... No resopló.

Llevó una mano a la cintura de Adelaide, rozando con las puntas de los dedos su figura encorsetada. Nunca se había dado cuenta de lo curvado que era su cuerpo, y le resultaba extrañamente excitante tocarla así.

No necesitas rosas frescas, Adelaide. Eres encantadora tal como eres.

¿Sólo encantadora? sus ojos marrones se oscurecieron con aparente desesperanza.

¿Encantadora no es suficiente? puso los ojos en blanco. Eres malditamente exquisita. ¿Ya estás contenta, Maddie? utilizó el viejo apodo con el que se había burlado de ella de niña. Ella odiaba ese nombre, pero de eso se trataba. Él quería ver fuego en sus ojos, no tristeza.

Ella le golpeó el pecho e intentó apartarse.

¡Abusón insensible! ¡No vuelvas a llamarme así! había empezado a llamarla Maddie Addie porque solía burlarse de ella por estar locamente enamorada de Oliver. Luego, de algún modo, se había reducido a Maddie, pero ella seguía odiándolo.

Lo miró fijamente, fuego ardiendo en sus ojos, y algo... cambió entre ellos en un instante. Como el relámpago de una tormenta creciente.

Sin saber qué lo había poseído, Everett la atrajo contra su cuerpo y capturó sus labios. El gemido de indignación que ella soltó se transformó en un jadeo confuso y luego se suavizó en un suspiro de anhelo. Él absorbió todo, fascinado por su dulce sabor. Nunca la había besado, ni una sola vez, y ahora lo lamentaba profundamente. Era una mujer a la que había que besar mil veces al día. Sus labios suaves como pétalos de una rosa estaban hechos para seducir con dulzura, y la ligera curva de su columna dejaba que su mano descansara perfectamente en la parte baja de su espalda mientras disfrutaba de la presión de sus pechos contra el suyo. Dios, podría haberse quedado allí besándola durante días.

No supo por qué se separaron, pero de repente ella se alejó corriendo. Luego se detuvo, mirándolo por encima de su hombro, la cola de su vestido verde crujía sobre las hojas caídas. Parecía una ninfa del bosque asustada, y quiso volver a tenerla entre sus brazos.

Eso era una locura. El loco era él, no ella. Era *Adelaide*, la niña rica mimada que vivía al lado. La chica que se había enamorado de su hermano mayor y nunca miró en su dirección, ni una sola vez. La despreciaba, ¿verdad? Luego desapareció por un sendero del jardín, de vuelta a su finca. Everett se quedó mirando los frondosos rododendros durante un largo segundo y luego reanudó su camino de regreso a Astley Court.

¡Everett! Rayne y Oliver gritaron su nombre al unísono cuando subió los escalones. Rayne sostenía en sus brazos un bulto de alegre arrullo. Un niño nacido apenas un mes antes. Justin Conway, el futuro vizconde Conway.

Siento llegar tarde Everett extendió las manos. Ahora, déjame ver al pequeño cogió al niño de los brazos de Rayne y le sonrió. Justin miró a su tío con expresión seria, sus ojos verdes fijos atentamente en Everett y el ceño fruncido.

Hola, viejo tío bromeó, y luego miró a los nuevos padres. ¿Cómo están todos?

De maravilla dijo Oliver. Douglas y Lady Poole acaban de llegar. Todo está listo para su boda esta tarde.

Excelente no le había sorprendido lo más mínimo saber que el padre de Rayne y Lady Poole se habían unido. Ambos eran de buen corazón y muy adecuados el uno para el otro. Después de que Rayne y Oliver se casaran, el padre de Rayne había decidido quedarse en Londres y no regresar inmediatamente a Nueva York y, naturalmente, se había visto envuelto en las actividades sociales de Lady Poole, lo que había hecho que la viuda y el viudo se enamoraran.

¿Están Zadie y mamá aquí? preguntó.

Ya están dentro dijo Rayne. Zadie está rechazando las atenciones de mis primos. Parecen todos muy prendados de ella.

¿En serio? entrecerró los ojos. ¿Debemos preocuparnos, Oliver?

Oliver sacudió la cabeza con una risa divertida.

Nada de eso. Zadie está siendo cortejada como una reina, y llevan una hora trayéndole té y galletas. Creo que están listos para ponerse las viejas armaduras y salir a luchar por el afecto de su bella dama.

Everett resopló. Zadie sabía manejar a los hombres cuando quería.

Margaret se sorprendió de que no estuvieras aquí primero para comerte todos los sándwiches se burló Rayne. Siento que no queden muchos. Mis primos casi se los han comido todos.

No te preocupes, a la señora Mead siempre le quedan unas cuantas tartas en la cocina para mí.

Everett le dio al bebé otro apretón cariñoso y una sonrisa antes de pasar a Justin a brazos de Oliver. Él miró a su hijo con perpleja fascinación y luego se llevó a la boca la mano increíblemente pequeña del bebé y la besó. Esa imagen estremeció el pecho de Everett. No tenía ningún deseo de casarse, al menos no todavía, pero ver a Oliver tan contento, y abrazando la paternidad de aquella manera, hizo que añorara la paz que se había apoderado de la vida de su hermano.

Entraron en la casa, y Everett miró una vez más hacia los jardines en dirección a Berwick House. Aún podía saborear los labios de Adelaide, y un repentino anhelo le oprimió el pecho.

Debo de estar loco para desearla.

Sin embargo, no podía olvidar aquel singular beso. Algo había cambiado en él, porque sabía que esta noche soñaría con sus labios. Quizás soñaría también con algo más que un beso, y eso era algo peligroso.

Adelaide llegó a su casa, aun aferrándose al pañuelo blanco en su mano. Lo desenrolló de sus dedos y estudió las iniciales *E. C.* cosidas en la tela con hilo azul oscuro y delineado de oro. Un único punto rojo brillante marcaba el centro. Se llevó su dedo palpitante a los labios, pero no sintió sabor a sangre fresca.

Se sentía como una tonta. Recoger rosas para parecerse más a Rayne... ¿Por qué lo había hecho? Estaba celosa, por eso. Rayne siempre se las arreglaba para estar perfecta, en sus vestidos con los nuevos diseños de moda de House Worth de París. La mayoría de las damas como Adelaide llevaban vestidos ingleses más sensatos y bonitos, pero no despampanantes ni atrevidos como los vestidos Worth parisinos.

No era de extrañar que Oliver se hubiera enamorado de Rayne. Adelaide debía de haber lucido tan ordinaria como las demás damas en comparación con la belleza americana. Aquella noche que había conocido a Rayne, se había puesto verde de envidia. Así que había hecho lo que siempre había hecho: recurrir a la mezquindad. Era lo que su madre le había enseñado, atacar primero a aquellos a los que temes. Hacerles daño antes de que ellos te lo hicieran a ti. Había demostrado ser eficaz. Pero, ¿ahora? Ahora pensaba una y otra vez en lo que Rayne le había dicho las Navidades pasadas, en elegir la bondad y no la crueldad.

Adelaide cuadró los hombros y miró hacia atrás, a través del césped de Berwick House, en dirección a Astley Court. No podía borrar el recuerdo de Everett besándola. Everett... Un hombre que ella había detestado desde la infancia. Siendo un adulto, era tolerable hablar con él cuando era necesario, pero... no.

“Pequeña Maddie Addie, pequeña Maddie Addie...”. Aún podía escuchar cómo se burlaba de ella desde la infancia.

Cómo odiaba ese nombre. Parecía tan tonto y común. Y Everett sabía que ella odiaba ese apodo.

Era un bravucón testarudo, pero ese beso... Ese beso había sido como el sueño más maravilloso. No es que Adelaide supiera mucho de besos. Era sólo su segundo beso, después del que le había dado un mozo de cuadra años atrás, cuando tenía dieciséis. No había necesidad de comparar las dos experiencias. La boca de Everett había hecho arder su sangre y la había mareado. ¿No era así como debía ser un buen beso?

Pero en lugar de venir de un pretendiente guapo y educado que llevaba un ramo de flores extravagantes, había venido de Everett Conway. Parecía que la vida siempre encontraba nuevas formas de ser cruel con ella.

Se pasó los dedos por los labios y cerró los ojos, deseando poder olvidar la sensación de su boca y, al mismo tiempo, deseando que nunca hubiera dejado de besarla. Apretó el pañuelo contra su pecho. Una sonrisa se dibujó en sus labios, pero pronto se desvaneció.

No podía enamorarse de Everett. No lo *haría*. Porque había jurado odiarlo por el resto de su vida. Aquel hombre había hecho que su infancia fuera miserable, y un beso no cambiaría eso, por maravilloso que hubiera sido o por lo probable que fuera a soñar con él esta noche.

Maldito seas, Everett murmuró. Maldito seas.

NOTA DEL AUTOR

A veces una historia te coge por sorpresa, y nunca sabes qué cosas mágicas serán descubiertas. El romance ambientado en la época victoriana de Rayne y Oliver fue una verdadera delicia y una aventura para mí de formas que nunca imaginé. Entre diamantes malditos, vagones de tren retumbantes y la atmósfera inquietante y seductora de una brujería en la base de un castillo, hubo tanto que explorar con la trama y, lo que es más importante, con la historia. A continuación, quiero compartir con vosotros un poco sobre algunas de las cosas divertidas que investigué mientras escribía este libro.

Cuando Oliver y Rayne comparten su momento de aislamiento en la biblioteca de Lady Poole, él menciona que su abuela vio el diamante Koh-i-noor durante la Gran Exposición de 1851. De hecho, todo esto es cierto, hasta la descripción de la visión del diamante y el hecho de que más tarde fue tallado a una forma perfecta bajo la indicación del príncipe Albert. También es cierto que la reina Victoria nunca se sintió del todo cómoda llevando puesto el diamante maldito, y su historia está envuelta en un baño de sangre y misterio que se remonta siglos atrás. Y cuando Oliver menciona a su abuela diciendo que mirarlo era como mirar a un abismo negro, también es cierto. Los relatos de los espectadores durante la Gran Exposición mencionan ese extraño y espeluznante fenómeno al contemplar el diamante. Fue una escena que me sorprendió, ya que los propios personajes revelaron el Koh-i-noor en toda su belleza embrujada mientras escribía. Tal y como predijo la abuela de Oliver, acabó en una corona unas generaciones después de la muerte de Victoria. Incluso estaba en la corona que descansaba sobre el ataúd de la madre de la reina Isabel II mientras yacía en su capilla.

En cuanto a las escenas del tren, ¡espero que os hayan gustado! Me parecieron muy interesantes los coches cama Pullman y la descripción de las salas de refrigerios de primera clase. La historia de los trenes es una extensión de la historia de los carruajes, razón por la cual los vagones de tren se llamaban originalmente *carruajes*. Otra verdad fascinante es que la gente creía que viajar en esas terribles locomotoras negras que echaban humo y fuego, o incluso estar cerca de ellas, podía volver loca a una persona. También existía la creencia de que las vibraciones del tren y su ritmo provocaban "histeria" en las mujeres, una forma victoriana de describir la excitación sexual femenina. Muchos seguían creyendo que las mujeres no podían experimentar placer durante las relaciones sexuales (sí, yo también me reí abiertamente de esto y luego negué tristemente con la cabeza). Naturalmente, la idea de que las mujeres viajaran en tren no se veía con buenos ojos por este efecto "histórico", pero más tarde, el viaje en tren resultó ser bastante liberador para las mujeres y fue uno de los pocos lugares donde se permitía que viajaran solas sin hombres ni chaperones. Los trenes, en cierto modo, fueron una fuerza muy poderosa para el movimiento hacia la independencia de las mujeres.

Rayne como heredera americana casándose con un lord inglés a finales de la década de 1880 era algo bastante común. "Comprar un título", como lo llamaban, era algo frecuente. Nueva York estaba inundada de dinero del petróleo y otras fortunas, mientras que la economía inglesa se debilitaba en comparación. La nobleza inglesa intentaba mantener sus propiedades sin vender la tierra. Hombres como Oliver se encargaban de mantener a los granjeros locales y a sus familias, pero con el cambio de la economía, ese modo de vida no sobrevivía. Muchos terratenientes y lores con títulos perdieron sus casas y se vieron obligados a vender sus propiedades debido a las crecientes deudas. Por ello, muchos ingleses se conformaron con perseguir a herederas americanas para salvar sus casas y sus familias. Hombres como el padre de Rayne, Douglas, fueron, sin embargo, muy astutos a la hora de proteger a sus hijas mediante acuerdos con los maridos. A veces los ingleses conseguían su dinero, a veces no.

¿El hechizante escenario de the Witchery by the Castle es un lugar real! Mi única ficción sobre the Witchery es que no empezó a funcionar como hotel hasta 1976. Sin embargo, la construcción, con su melancólico ambiente jacobino, lleva allí varios cientos de años. La historia que Oliver le cuenta a Rayne sobre el uso del edificio es cierta, pero no se convirtió en un hotel hasta el siglo XX. ¡Hoy puedes alojarte allí! Así que la próxima vez que estés en Escocia, puedes pasarte por the Witchery by the Castle para cenar en su restaurante, o puedes pasar la noche en una habitación como hicieron Rayne y Oliver.

Espero que hayáis disfrutado de *Seduciendo a una Heredera en un Tren* tanto como yo disfruté escribiéndolo, y espero que os hayan gustado los pequeños detalles históricos que he incluido para enriquecer la historia.

¡Feliz lectura, queridos!

Lauren Smith

Pasa la página para leer el primer capítulo de *Tentando al Lacayo*, donde una joven heredera adinerada necesita escapar de un cazafortunas y se enamora de un lacayo durante una fiesta en este apasionado romance prohibido.

TENTANDO AL LACAYO

Londres-octubre 1818

Lo que necesitas, querida, es un viaje al campo.

Venetia Dunham estaba recostada en un diván, con una novela gótica abandonada en su regazo mientras miraba la intrincada moldura del techo de su casa de Mayfair. Bajó la mirada hacia quien le hablaba, su abuela, Gwendolyn Dunham, la condesa viuda de Latham.

Para Venetia era la *abuela*, pero para los demás era *Gwen* o *Lady Latham*. La anciana parecía frágil sólo por la fragilidad de sus huesos y el bastón que nunca le faltaba. Pero cualquiera que hubiera tenido una relación pasajera con la condesa viuda sabía que esos huesos encerraban una lengua mordaz y un gran ingenio, y que el bastón era más un arma que una muleta, como atestiguarían muchos hombres jóvenes de la *alta sociedad*.

Era la compañera inseparable de Venetia, el consuelo de su dolorido corazón cuando murió su madre, y su encantadora mentora y querida amiga en los once años transcurridos desde entonces. Aunque pertenecían a generaciones diferentes, tenían un vínculo inquebrantable.

Lo digo en serio, Venetia. Hace un año que murió Andrew. Las dos hemos superado el luto y necesitamos escapar de ese bufón que ha reclamado su título. Hay un número limitado de cosas que uno puede soportar, y la mala compañía es, con mucho, la peor. Gwen estaba sentada con la espalda recta y la boca ligeramente fruncida. Sus palabras tenían un tono tajante, una mezcla de impaciencia y tristeza por la terrible situación en la que se encontraban.

Venetia sonrió un poco cuando su abuela hizo referencia a su primo Patrick, quien se había convertido en el nuevo conde de Latham. Cuando el padre de Venetia había fallecido repentinamente, ella y la abuela se habían convertido en las invitadas inesperadas del hijo de su difunto tío, quien se había hecho cargo de su casa como nuevo propietario.

La abuela, quien no había visto a Patrick desde que era un niño, había pasado cinco minutos a solas con él después del funeral y había declarado que era un canalla. Ahora, un año después, Venetia y la abuela vivían con él y la situación era bastante insoportable.

Si tengo que escuchar hablar más de sus planes para renovar la casa, moriré en ese instante. ¿Una *sala de cartas* para sustituir el salón principal? ¿Planea el tonto dirigir un infierno de apuestas? golpeó con fuerza la alfombra con la punta metálica de su bastón.

Creo que tienes razón, abuela dijo con suavidad. Debemos ir al campo, sólo desearía que pudiéramos ir a nuestra antigua casa de campo. Patrick la había vendido en cuanto había tenido oportunidad. Esa venta en particular había sido muy perjudicial para Venetia. Su padre había dejado una gran suma de dinero en posesión de Venetia en virtud de un fideicomiso administrado por un viejo amigo de su padre, pero la casa y la finca, Latham House, estaban firmemente bajo

el control de Patrick. La pérdida del dinero había enfurecido a su primo, pero había contenido su temperamento. Se sintió aliviada de que no se permitiera el matrimonio entre primos hermanos, pues de lo contrario le habría preocupado que Patrick intentara forzar un matrimonio simplemente para obtener su fortuna. Y el matrimonio era lo último que Venetia quería.

No hace falta tener una casa de campo para visitar el campo sacó una pequeña carta doblada de un bolsillo oculto en sus faldas y la agitó con una sonrisa triunfal.

Venetia se incorporó y dejó su libro a un lado.

¿Qué es eso?

Nuestro escape, querida. Es una carta de Marrian Hampton le pasó la carta.

Venetia se quedó mirando la firma de la carta; sus labios se entreabrieron al escudriñar el contenido.

¿La duquesa de Devon?

Exactamente. Era una gran amiga de tu madre y nos ha invitado a una fiesta dentro de dos días. Yo digo que aceptemos.

Pero, abuela, ¿estás preparada para los rigores de una fiesta? No has estado bien estos últimos meses no había pasado por alto que la abuela dependiera cada vez más de su bastón ni la palidez de su piel. La muerte de Andrew había sido especialmente dura para Gwen.

Gwen hizo caso omiso de las preocupaciones de su nieta.

Pf. No estoy mal, pero me sirve parecerlo.

¿Pero por qué?

Si quieres saberlo, es por Patrick. No lo soporto, ni confío en él. Y como soy tu única compañía de confianza para los actos públicos, mi ausencia por enfermedad te impide pasar tiempo con él, donde podría arrastrarte para casarte con algún amigo suyo. Pero no puedo fingir estar siempre ante las puertas de la muerte para mantenerte a salvo. En algún momento, puede echarme y contratar a un chaperón al que pueda sobornar para que se ausente en el momento en que encuentre la forma de comprometerte con uno de esos amigos.

Venetia trató de no pensar en Patrick cayendo tan bajo como para engañarla para que se casara con uno de sus amigos.

¿De verdad has estado fingiendo estar enferma?

Sí, en su mayor parte. ¿No soy toda una actriz? su risita fue tan animada que hizo que las preocupaciones de Venetia disminuyeran ligeramente. Ahora, ¿qué dices? ¿Asistimos a esa fiesta en el campo?

Venetia volvió a examinar la carta, viendo con bastante claridad la invitación de la duquesa.

Supongo que sería lindo...

En ese momento se abrió la puerta del salón principal y entró Patrick. Llevaba puesto un chaleco de corte fino y unos pantalones a rayas que le sentaban bastante bien. La venta de la finca de su padre había llenado bien los bolsillos de Patrick, y les había dejado claro a Venetia y a su abuela que no tenía miedo de gastarlo.

Ah, Venetia, aquí estás sonrió. Esperaba que estuvieras dispuesta a dar una vuelta por Hyde Park conmigo. Hay algunos amigos que me gustaría presentarte, especialmente el señor Bernard Kenyon. Es un tío encantador, muy enamorado de ti, y sólo te ha visto de lejos. Creo que os llevaríais bien todo el discurso fue pronunciado rápidamente, y era bastante obvio que Patrick no se daba cuenta de que sus motivos eran cegadoramente claros.

Patrick, te lo dije: con mi fideicomiso, no necesito casarme.

La sonrisa de Patrick se desvaneció, y una frialdad brilló en sus ojos.

Sé que crees que eso te satisfará, ahora soy la cabeza de esta familia, y es mi deseo que te

cases.

Venetia se levantó lentamente del sofá. Su temperamento, que rara vez se encendía, había cobrado vida ante la amenaza de su primo. Para su horror, parecía que la abuela tenía razón. No quería creerlo, pero ya no podía negarlo.

Patrick, pongamos las cartas sobre la mesa y hablemos con franqueza. Deseas que me case con uno de tus amigos. No me cabe duda de que el acuerdo consistiría en que este nuevo marido te pagaría con parte de mi dinero del cual él adquiriría el control tras el matrimonio. Estoy en lo correcto, ¿no es así?

El rostro de Patrick se tiñó de rojo y la furia se apoderó de él.

Mira, Venetia. He intentado ser cortés este último año, pero mi amabilidad ha llegado a su fin la cogió de los brazos con fuerza. El agarre fue tan fuerte que Venetia jadeó y sintió un dolor que subió por sus brazos. Le dio una violenta sacudida, y se quedó tan aturdida que no pudo reaccionar.

Pero Gwen sí lo hizo. Con un movimiento fluido, blandió su bastón en un arco similar al de un estoque para caer entre sus cuerpos.

Suéltala, Patrick. Ahora la rudeza de su tono hizo un sonido metálico como si se tratara de una espada de esgrima.

Patrick pareció recuperar la calma y soltó a Venetia, luego dio un paso atrás mientras se acomodaba el chaleco y se aclaraba la garganta.

Mis disculpas, prima. No me lo merecía. Has herido mis sentimientos con tus acusaciones injustificadas. Vuelvo a pedirte que me acompañes a dar una vuelta para conocer al señor Kenyon.

La repentina e inesperada brutalidad de Patrick le había dejado clara una cosa: ella y su abuela no podían quedarse aquí más tiempo.

Iré a ponerme mi traje de montar, si puedes darme media hora hizo todo para controlar su voz y evitar otro arrebato de ira.

Volviéron a él las sonrisas agradables y jovialidad.

Sí, sí, por supuesto, prima luego miró a la abuela. Abuela asintió rígidamente y salió de la habitación.

Ninguna de las dos habló de inmediato, sino que esperaron a que el sonido de unos pasos en el pasillo les asegurara que Patrick ya no las escuchaba.

Santo cielo Venetia se abrazó a sí misma.

No irás a cabalgar con ellos. No lo permitiré declaró Gwen.

Frutó sus brazos temblorosos y al cabo de un momento alargó la mano para coger la de su abuela entre las suyas.

Abuela, debo hacerlo. Y mientras estoy fuera, te encargarás de que tengamos las maletas y estemos listas para irnos al campo.

No quiero que estés a solas con ellos. Podría hacer que su amigo te comprometiera, o algo peor. Por lo que sabemos, ese hombre también tiene un sacerdote esperando allí.

Era una preocupación válida, pero Venetia pensó, o más bien, esperó, que Patrick no estuviera tan desesperado todavía.

Bajó los brazos a sus costados y apretó las manos en puños.

Tengo veinticuatro años. No tengo por qué dejar que nadie me obligue a casarme simplemente por el deseo de evitar el escándalo. La sociedad puede irse al diablo.

Su padre le había advertido antes de su primera temporada que a los hombres no solían gustarles las esposas inteligentes, ni las esposas que querían ser consideradas una compañera en

lugar de una sirvienta dentro del matrimonio. Le había advertido que muchos hombres le dirían cosas agradables y le prometerían la luna, pero que, una vez casada, sus alas serían cortadas como las de pájaro cantor atrapado en una jaula.

La idea la había asustado tanto a los diecisiete años que había evitado felizmente todas las apariciones, salvo las más necesarias, durante su primera temporada. No había conseguido pretendientes debido a su comportamiento casi ermitaño, pero ésa había sido su intención. Era mejor estar sola que sacrificar su felicidad simplemente para casarse.

Gwen suspiró pesadamente.

Querida, escucha a una anciana cuando te dice que los hombres como Patrick son peligrosos, sobre todo cuando creen que no tienen ninguna posibilidad de conseguir lo que quieren mediante el civismo. Nunca debes suponer que estás a salvo de sus planes. Se pueden conseguir matrimonios forzados, y sobornar a los sacerdotes. No, creo que debemos encontrar una solución, pero sé que armarás un escándalo cuando la diga.

La repentina comprensión de las intenciones de su abuela hizo que Venecia sacudiera la cabeza frenéticamente.

No, no, no, abuela.

Sí, querida. Es hora de que te busquemos un marido. Uno que esté a la altura y que tú misma elijas, por supuesto. Pero lo más importante, uno que pueda darle a Patrick una buena paliza cuando lo necesitemos agitó su bastón en el aire como si golpeará a un Patrick invisible en la cabeza.

Ya sabes lo que pienso del matrimonio. Es una trampa, una devaluación de la ya limitada independencia de una mujer.

Sí, lo sé. Pero, Venetia, amor, no todos los hombres son como ese bufón al que llamas primo. Es tu nieto le recordó.

Sí, y su padre, era tan buen muchacho. Hace que uno se pregunte si el pobre hombre fue cornudo, porque ese muchacho es una criatura terrible, y yo haría cualquier cosa por negar cualquier conexión con él cubrió los hombros de Venecia con un suave brazo. Vete a cabalgar si es necesario, y tendré todas nuestras cosas empacadas antes de que vuelvas. No nos quedaremos aquí ni una noche más, nos mudaremos enseguida. Iremos a la fiesta en el campo, y yo nos buscaré un hogar en otra parte de Londres para que no tengamos que volver aquí. Con tu fideicomiso, podremos permitirnos algo bastante adecuado.

Venetia no quería dejar esta casa. Era su casa, no de Patrick, aunque no tenía ningún derecho legal sobre ella. Él era libre de derribarla si lo deseaba.

¿Cómo podemos arreglárnoslas, abuela? preguntó en voz baja. No se refería al dinero. Patrick era su único pariente varón, y era de esperar que tuvieran algún trato con él, pero ni ella ni Gwen lo deseaban. Dos mujeres solas en sociedad, la más joven pronto se convertiría en una vieja solterona, aunque odiaba la idea de que los hombres la calificaran así cuando ella no se sentía ni vieja ni solterona. Sentía como si la mirada desaprobadora de toda la sociedad londinense las reduciría a cenizas si intentaban declarar su independencia de los hombres.

¿Cómo nos las arreglaremos? Gwen le dio un apretón en el hombro. Porque somos damas *Dunham*. Nos mantenemos firmes ante la adversidad. Puede que nos dobleguemos cuando debemos, pero nunca nos quebramos.

Venetia trató de sonreír, pero no lo consiguió. Abandonó el salón principal y se dirigió a su habitación para ponerse su traje de montar. Encontró a su dama de compañía, Phoebe Upton, ordenando los vestidos sobre su cama. Se sintió aliviada de no tener que hacer sonar la campana. Patrick había estado intentando reducir el personal, y la abuela se peleaba con él a menudo por

este asunto. Ya había despedido a varias de las criadas, a pesar de que no era él quien pagaba por sus servicios. Cada vez que esto ocurría, abuela salía de la casa para buscar a las criadas y traerlas de vuelta. Ahora todas temían que sonara la campana del piso de arriba. Para ellas, era la señal de su perdición laboral. Era otro recordatorio de que había llegado el momento de abandonar la casa y escapar de su gran infelicidad.

Buenas tardes, milady Phoebe sonrió. Era una mujer encantadora de unos casi cuarenta años, y una sirvienta experimentada a la que Venetia había confiado durante años los secretos de su corazón.

¿Podrías traerme mi traje de montar, Phoebe? Tengo que salir con Lord Latham.

Phoebe se detuvo bruscamente antes de llegar al armario.

¿Usted qué? preguntó, luego aparentemente se dio cuenta de que se había excedido y se aclaró la garganta. Es decir, ¿qué podría haber ofrecido para que mereciera la pena hacerlo?

Venetia se sentó en su tocador y enterró su cara entre sus manos. Apretó con fuerza sus párpados cerrados hasta que vio destellos blancos. Luego respiró hondo y miró a su criada.

Estoy ganando tiempo, Phoebe. Vamos a dejar este lugar. Mientras cabalgo esta tarde, tú ayudarás a la condesa viuda a empacar todo lo que puedas.

Eso tiene mucho más sentido murmuró. Lo mejor es dejar a ese hombre muy atrás siguió murmurando enérgicamente mientras ayudaba a Venetia a ponerse un traje de montar azul con un trenzado color negro. Cuando terminaron, Venetia se echó la cola de su traje sobre un brazo y volvió abajo. Patrick se paseaba por la entrada, golpeando las palmas de sus manos con sus guantes de montar marrones. La dureza de ese movimiento contradecía su agradable sonrisa.

Ahí estás. Se nos hace tarde. Le dije a Bernard que lo veríamos a las dos y media.

Lo siento mucho se disculpó, aunque no lo decía en serio. Forzó una sonrisa tan genuina que Gwen se habría sentido orgullosa.

¿Nos vamos? Hice que trajeran a los caballos.

Por supuesto Un mozo de cuadra la ayudó a montar, y luego se dirigieron a Hyde Park, que afortunadamente no estaba lejos.

No había conocido a muchos de los amigos de Patrick. Entre estar de luto durante el último año y el hecho de que Patrick claramente prefería estar en su club para socializar que estar con ella y la abuela, significaba que no compartían ningún círculo social. Dada la elección de amigos de Patrick, era sin duda una bendición evitar cualquier conexión con la mayoría de ellos.

Ah, ahí está Patrick señaló a un jinete distante en la entrada del parque. Un hombre montado a horcajadas sobre un caballo castrado ruano agitó su fusta hacia ellos. Venetia intentó mantener la calma y recordar que Patrick no intentaría ninguna estratagema en un lugar tan público. Era tonto, pero no estúpido. Aun así, cogió con fuerza su fusta. La usaría como látigo si intentaban maniatarla.

Hola, Bernard. Te presento a mi bella prima, Venetia. Venetia, el señor Bernard Kenyon.

El hombre, de aspecto no desagradable, le ofreció una sonrisa peligrosa.

Es un gran placer conocerla. Patrick no ha hecho más que hablar maravillas de usted. Sin embargo, me parece que su descripción se quedó bastante corta. No mencionó su cabello rubio como el sol ni sus hermosos ojos castaños. Usted es encantadora.

Simple cumplidos, tal y como había dicho su padre. Pero debajo de esos cumplidos, ¿qué se escondía en el corazón de Bernard? ¿Estaba aliado con su primo para conseguir su fortuna? Apostaría cualquier cosa a que sí.

Gracias, señor Kenyon. Estoy segura de que con el tiempo nos conoceremos mejor, pero si no le importa, me gustaría mucho ejercitar a mi caballo le dio a la bestia, una hermosa yegua

blanca llamada Snow, una suave palmada en el cuello, y luego instó al caballo a un trote rápido. Por mucho que supiera que necesitaba retrasar las cosas para darle tiempo a abuela de hacer las maletas, no quería que este cazafortunas intentara hacerle más falsos cumplidos. La incomodaba. Los dos caballeros pronto la alcanzaron y se colocaron a ambos lados de ella, lo cual la hizo sentirse evidentemente atrapada.

No te asustes, se recordó a sí misma. Pero fue difícil convencer a su corazón para que hiciera caso. Latía demasiado deprisa y un calor inoportuno enrojeció sus mejillas cuando se puso nerviosa. Intentó imaginarse a la abuela ordenándoles a los criados que hicieran las maletas más deprisa, y un sentimiento de esperanza la distrajo brevemente de su creciente pánico.

¿Estarás en Londres este otoño? le preguntó Bernard.

Sí, por supuesto otra mentira, pero la supo llevar muy bien. Si ella y la abuela tenían éxito, tal vez incluso podrían comprar una casa en el campo durante un año y evitar por completo a Patrick.

Son excelentes noticias. Tengo grandes esperanzas de que usted y yo nos conozcamos más le dedicó lo que ella supuso que pretendía ser una sonrisa encantadora. Sin embargo, fue tan claramente una actuación que Venetia casi sintió pena ajena. Disimuló su reacción jugueteando con las riendas.

¿No sería encantador, prima? le instó levantando sus oscuras cejas.

Sí respondió.

Después de la demostración del mal temperamento de Patrick, estaba segura de que podría hacerles daño a ella y a abuela si no tenían cuidado. Era mejor seguirle el juego. Por el momento.

He escuchado que Lord y Lady Helmsley van a celebrar un baile dentro de dos días dijo Bernard casualmente. Pero el ritmo mesurado de su anuncio daba a entender que lo había practicado, sería un honor reclamar su primer baile.

Venetia había sido educada como una dama y en casi todo momento de su vida se había comportado como tal, pero en ese momento no tenía ningún deseo de bailar con él ni con nadie. Así que hizo lo más sensato, aunque poco propio de una dama, y prometió que lo haría cuando no tenía intención de cumplir su promesa.

¿Ves? Qué día tan encantador ha sido Patrick se inclinó hacia ella para susurrarle con una sonrisa de suficiencia. Te dije, Venetia, que te vería casada, y eso será pronto a pesar de su sonrisa, sus palabras destilaban veneno.

Los hombres creían de verdad que las mujeres eran muñecas que había que mover, vestir, jugar y guardar hasta que les apeteciera. Ella no lo permitiría. Estuvo a punto de gruñir por la frustración, pero contuvo las ganas. Había demasiado en juego.

Por mucho que no quisiera estar de acuerdo con Patrick, había llegado a la triste conclusión de que la abuela tenía razón. La única forma de estar a salvo de los planes de Patrick era casarse, pero con alguien que ella eligiera. Alguien que no la amenazara, enjaulara o estrangulara gradualmente a lo largo de las décadas.

Pero, ¿acaso existía un hombre así? ¿Alguien amable, compasivo y apasionado que creyera en la igualdad en el matrimonio? Si existía, haría todo lo posible por encontrarlo y casarse con él.

Le sonrió a Patrick, fue expresión cargada de dulzura azucarada.

Sí, creo que me casaré muy pronto.

¿Creía que podía intimidarla para que se sometiera? Era aún más tonto de lo que la abuela había pensado.

Retuvo a los dos hombres en el parque durante casi una hora y media, y mientras ellos seguían disfrutando del paseo, ella no lo hacía. De repente se estremeció y se inclinó sobre su

silla de montar.

Oh, cielos exclamó dramáticamente, llamando la atención de ambos hombres.

¿Se encuentra bien, Lady Venetia? preguntó Bernard.

Yo... Sí. Es decir... Oh, esto es muy angustiante, pero se trata de una naturaleza femenina, e incluso decirles esto me ha causado bastante angustia.

¿Una naturaleza femenina? dijo Patrick, luego sus ojos se abrieron con horror. Debes desear volver a casa de inmediato.

Sí, pero por favor continúen con su paseo. Sólo me dolería más hacerlos testigo de mi vergüenza al tener que escoltarme a casa. Podría llegar a ser... desagradable.

Los dos hombres se ruborizaron y miraron tímidamente hacia otro lado como colegiales. Venetia contuvo una risita. Los hombres salían corriendo a la primera mención de algo relacionado con el cuerpo femenino que no condujera inmediatamente a su propio placer.

Por supuesto, vete. Estaremos bien, ¿verdad, Bernard?

Desde luego que sí Bernard le ofreció una sonrisa conciliadora. Tuvo que recordarse a sí misma que debía actuar decepcionada antes de girar su caballo en la dirección opuesta.

Cuando llegó a casa, se dio cuenta de que su abuela había conseguido hacer mucho en tan poco tiempo. Delante había una gran carreta cargada con al menos una docena de baúles. Los lacayos apilaban más cajas pequeñas sobre esta. Su carruaje estaba detrás de la carreta, ya preparado para ellas.

Cielos, la abuela ha estado muy ocupada murmuró mientras entraba corriendo a la casa. ¿Abuela? gritó.

Aquí arriba, querida Gwen la miraba desde lo alto de la escalera, con su bastón en mano, pero parecía más animada que nunca. Phoebe estaba lista para ayudarla a bajar.

Ya he conseguido una casa adosada para alojar todo lo que no necesitamos para la fiesta. La mitad del personal se mudará con nosotras para acomodarla, estará lista cuando volvamos de Hartland Abbey.

¿Cómo demonios has encontrado una casa tan rápido?

Los ojos de Gwen brillaron con picardía.

Cuando tienes mi edad, aprendes a planificar. Conseguí la casa hace una semana por si surgía una emergencia. No te lo dije, querida, porque no quería preocuparte.

Llegó al pie de la escalera y Venetia la cogió de la mano que tenía libre, sujetándosela con suavidad.

No más secretos, abuela. Por favor. Si queremos sobrevivir a esto, necesitamos que haya verdad entre nosotras.

¿Sin secretos? Niña, la mitad de la diversión de la vida está en los secretos. Pero sí, estoy de acuerdo con la intención de esos términos. Ahora ven. Phoebe y yo estábamos preparando el carruaje cuando llegaste. Es hora de que nos vayamos a Hartland.

¿No faltan dos días para la fiesta? Seguramente no podemos llegar antes de lo previsto.

Sí, pero necesitaremos alojarnos en una posada durante el camino. Podemos alargar la estancia en la posada un día más y luego terminar el viaje a Hartland.

Parecía que abuela había planeado todo. Venetia debería haberse sentido aliviada, pero no fue así. Su abuela pretendía verla feliz y casada.

Sólo esperaba que la abuela no pretendiera que antepusiera la conveniencia a la felicidad.

Si te gustaría saber qué pasa después, ¡consigue el libro [AQUÍ!](#)

ACERCA DEL AUTOR

Lauren Smith es una abogada estadounidense de día y autora de noche que escribe romances osados y provocativos bajo la luz de la aplicación de la linterna de su teléfono inteligente. Supo que estaba destinada a ser escritora de novelas románticas cuando intentó reescribir toda la película *Titanic* solo para salvar a Jack de ahogarse. Su pasión es conectar con los lectores a través de la escritura de romances emotivos, realistas y sensuales, independientemente de la época. Ha ganado múltiples premios en varios subgéneros románticos.

Para conectar con Lauren, visítala en

www.laurensmithbooks.com
lauren@laurensmithbooks.com

